This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

+ *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
+ *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
+ *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
+ *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at `http://books.google.com/`

Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

+ *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.

+ *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.

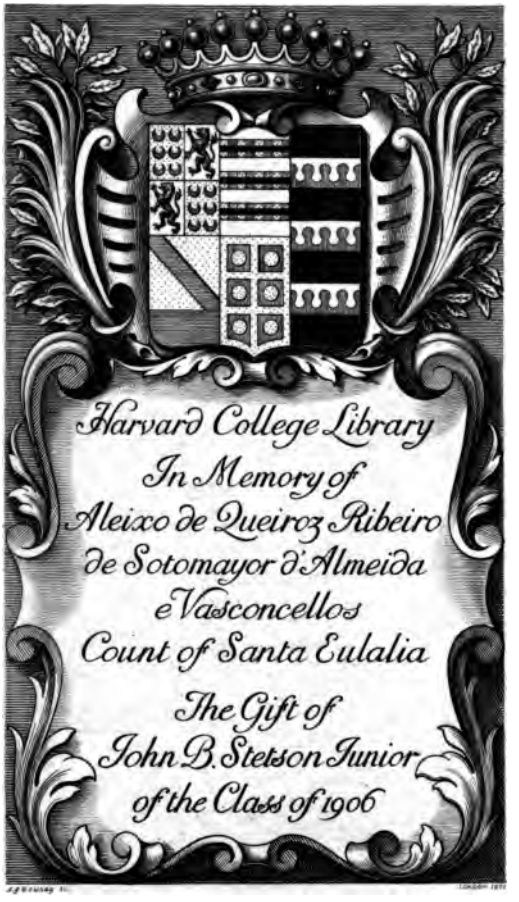
+ *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.

+ *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página `http://books.google.com`

SAL 4340.2.3


Harvard College Library
In Memory of
Aleixo de Queiroz Ribeiro
de Sotomayor d'Almeida
e Vasconcellos
Count of Santa Eulalia
The Gift of
John B. Stetson Junior
of the Class of 1906

scene pres physically —
man in seat.

science + man

SIN RUMBO

(ESTUDIO)

OBRAS DEL MISMO AUTOR

Potpourri—Silbidos de un vago..... 3ª edicion 1 vol.
Música sentimental—Silbidos de un vago 2ª » 1 »

Imprenta de M. BIEDMA, Belgrano 135

EUGENIO CAMBACÉRÈS

SIN RUMBO

(ESTUDIO)

CUARTA EDICION

BUENOS AIRES
FÉLIX LAJOUANE, EDITOR
LIBRAIRIE GÉNÉRALE
51 — CALLE PERÚ — 53
1885

SAL 4348.2.3

HARVARD COLLEGE LIBRARY
COUNT OF SANTA EULALIA
COLLECTION
GIFT OF
JOHN B. STETSON, Jr.

FEB 1 1932

SIN RUMBO

PRIMERA PARTE

I

En dos hileras, los animales hacían calle á una mesa llena de lana que varios hombres se ocupaban en atar.

Los vellones, asentados sobre el plato de una enorme balanza que una corrrea de cuero crudo suspendía del maderamen del techo, eran arrojados después al fondo del galpon y allí estivados en altas pilas semejantes á la falda de una montaña en deshielo.

Las ovejas, brutalmente maneadas de las patas, echadas de costado unas junto á otras, las caras vueltas hacia el lado del corral, entrecerraban los ojos con una espresion inconciente de cansancio y de dolor, jadeaban sofocadas.

Alrededor, á lo largo de las paredes, en grupos, hombres y mujeres trabajaban agachados,

La vincha sujetando la cerda negra y dura de los criollos, la alpargata, las bombachas, la boina, el chiripá, el pantalon, la bota de potro al lado de la zaraza harapienta de las hembras, se veían confundidos en un conjunto mugriento.

En medio del silencio que reinaba, entrecortado á ratos por balidos quejumbrosos y por las compadradas de la chusma que esquilaba, las tijeras sonaban como cuerdas tirantes de violin, cortaban, corrían, se hundían entre el vellon como bichos asustados buscando un escondite y, de trecho en trecho, pellizcando el cuero, lonjas enteras se desprendían pegadas á la lana. Las carnes, cruelmente cortajeadas,

se mostraban en heridas anchas, desangrando.

Por tres portones soplaba el viento Norte: era como los tufos abrasados de un fogon:

«Remedio!» gritó una voz.

La de un chino fornido, retacon, de pómulos salientes, ojos chicos, sumidos y mirada torva.

Uno de esos tipos gauchos, retobados, falsos como el zorro, bravos como el tigre.

El médico—un vasco viejo de pito—se había acercado munido de un tarro de alquitran y de un pincel con el cual se preparaba á embadurnar la boca de un puntazo que el animal recibiera en la barriga, cuando, de pié, junto á este, en tono áspero y rudo:

—«Dónde has aprendido á pelar ovejas, tu?» dijo un hombre al chino esquilador.

—«Oh! y para qué está mandando que baje uno la mano! . . .

—Lo que te está pidiendo el cuerpo á tí, es que yo te asiente la mia . . .

—Ni que fuera mi tata! . . . » soltó el chino y, sacando un pucho de la oreja lo encendió con toda calma, mientras, cruzado de piernas sobre el animal que acababa de lastimar, miraba de reojo al que lo había retado, silbando entre dientes un cielito.

La burla y las risas contenidas de los otros, festejando el dicho como un lazazo agolparon la sangre al rostro de este:

«Insolente!», gritó fuera de sí y al ruido de su voz se unió el chasquido de una bofetada.

Echar mano el gaucho á la cintura y, armado de cuchillo, en un salto atropellar á su adversario, todo fué uno.

La boca de un revolver lo contuvo.

Entonces, con la rabia impotente de la fiera que muerde un fierro caldeado al través de los barrotes de su jaula, el chino amainó de pronto, envainó el arma

cabizbajo y, dejando caer sueltas las manos:

—«Por qué me pega, patron?» esclamó con humildad, haciéndose el manso y el pobrecito, mientras el temblor de sus labios lívidos acusaba todo el salvaje despecho de su alma.

—«Para que aprendas á tratar con la jente y á ser hombre. . . .

Villalba, recíbale las latas al tipo este, páguele y que no vuelva á verlo ni pintado.»

Luego, á los otros:

«Si alguno de vds. tuviera algo que observar, puede ir abriendo la boca; por la puerta caben todos».

El viento entró en remolino. En medio de la densa nube de tierra que arrastraba, se oyó el ruido repicado de las tijeras hundiéndose entre la lana, sonando *como cuerdas tirantes de violin.*

II

Sobre la cumbre de un médano en forma de caballo corcobado, se alzaba el edificio. Un pabellon Luis XIII, sencillo, severo, puro.

Dos cuerpos lo formaban flanqueados por una torre rematada en cono.

En la planta baja, sobre la entrada á la que seis gradas conducían, una marquesa tendía el vuelo elegante de su techo.

Del vestíbulo, por la puerta de enfrente, se pasaba á una sala-comedor. A la izquierda el escritorio, á la derecha una escalera, por la torre, llevaba al dormitorio,

toilette y cuarto de baño de la planta superior.

Más arriba, en el alero, piezas para criados, dando al resto de la casa hasta la cocina y dependencias del sótano, por otra escalera chica de servicio.

Sin que alcanzaran á estorbar la vista, al frente, la bóveda viva de una calle de paraisos abriéndose en ancho semicírculo de tuyas al rededor de la casa; atrás, hacia las otras dependencias de la estancia, un patio sombreado por parrales y, á los lados, los montes de duraznos y de sauces partidos en cruz por largos caminos de álamos, se divisaba desde lo alto la tabla infinita de la pampa, reflejo verde del cielo azul, desamparada, sola, desnuda, espléndida, sacando su belleza, como la mujer, de su misma desnudez,

Una faja de nubes amarillas, semejantes á un inmenso trebolar en flor, coronaba el horizonte.

A lo lejos, vapores blancos flotaban como agua sobre el campo.

El sol ardiente de Noviembre bajaba por el cielo como una garza sedienta cayendo á beber en la laguna.

Cerca, sobre una loma, la mancha gris de una majada.

Acá y allá, sembradas por el bañado, puntas de vacas arrojando la nota alegre de sus colores vivos.

Las perdizes silbaban su canto triste, melancólico. Los gilgueros y benteveos, cansados, se ganaban á hacer noche en la espesura del monte, los teros, de á dos, bichaban cuidando el nido y, azorados ante el vuelo de un chimango ó la proximidad de un hombre cruzando el campo, se alzaban en volidos cortos, se asentaban ahí no más, corrían, se paraban, se agachaban y, aleteando soltaban su grito autero.

Al vaiven tumultuoso de la hacienda, á los ruidos del tendal, al humear de los fogones, al hazinamiento de bestias y de gente, de perros, de gatos, de hombres y mujeres viviendo y durmiendo juntos, echados en monton, al sereno,

en la cocina, en los galpones, á toda esa confusion, esa vida, ese bullicio de las estancias en la esquila, un silencio de desierto había seguido.

Ni aun el viento dormido parecía querer turbar la calma inalterada de la tarde.

En el balcon abierto de su cuarto, largo á largo tendido sobre un sillon de hamaca, alto, rubio, la frente fugitiva, surcada por un profundo pliegue vertical en medio de las cejas, los ojos azules, dulces, pegajosos, de esos que es imposible mirar sin sufrir la atraccion misteriosa y profunda de sus pupilas, la barba redonda y larga, poblada ya de pelo blanco no obstante haber pasado apenas el promedio de la vida, estaba un hombre: Andrés.

III

Al través del humo de su cigarro, su mirada vagaba perdida en el espacio.

Era la serie de cuadros del pasado, desvanecidos, viejos unos, borrados por el tiempo como borra la distancia los colores, los otros frescos, vivos, palpitantes.

Las reminiscencias de la primera infancia, los seis años, la escuela de mujeres, la maestra—Misia Petronita—de palmeta y pañuelo de tartan, la cartilla, Astete y, luego, las grandes, hoy marchitas, madres, abuelas muchas de ellas.

Después, Mister Lewis, su colegio de varones, almácigo de comerciantes, el es-

píritu positivo y práctico del padre queriendo hacerle entrar teneduría, aleman, inglés, meterlo en un escritorio.

La oposicion empecinada y paciente de la madre ciega de cariño, soñando otras grandezas para su hijo, cómplice inconciente de su daño, dispuesta siempre á encubrirlo, á defenderlo, á encontrar bien hecho lo que hacía, á ver en él á una víctima inocente del despotismo paterno, y triunfando al fin con el triunfo del mañoso sobre el fuerte.

Una vez—y el recuerdo de este lejano episodio de su vida se dibujó claramente en su memoria—una vez, había llegado á Buenos Airea una francesa vieja, zonza, flaca y fea, pero. . . . era artista, cantaba en Colon.

Enardecido al calor de una de esas fantasías de adolescente, que tienen la virtud de trasformar en un eden el camarin hediondo á cola y á engrudo de las cómicas, hacerse presentar á ella por el empresario, un italiano viejo, corrompido, y

mandarle en la noche del estreno diez mil pesos en alhajas, todo fué uno.

Por error, la cuenta cayó en manos del padre.

Una escena violenta se siguió. Fastidiado, declaró el viejo que cerraba los cordones de su bolsa.

El hijo, insolente, replicó alquilando un cuarto en el Hotel de la Paz.

Empezaron entonces los manejos de la madre, las tácitas contrariedades, los enojos, los obstinados silencios de dias, de semanas, esa muerte á alfilerazos, esa guerra sorda y sin cuartel de las mujeres que acaba por convertir el hogar en un infierno.

A poco andar, llegaba á manos del hijo una carta escrita así:

« Si no te bastan quince mil pesos por mes, toma treinta mil, pero vuelve. »

La universidad, pensaba Andrés, época feliz, haragan, estudiante y rico!

El Club, el mundo, los placeres, la savia de la pubertad arrojada á manos llenas, perdidos los buenos tiempos, árido por

falta de cultivo y de labor, baldío, seco el espíritu que tiene en la vida, se decía, como las hembras en el año, su primavera de fecundacion y de brama.

Después, oh! después es inútil, imposible; es la rama de sauce enterrada cuando ya calienta el sol.

Vanos los esfuerzos, la reaccion intentada, los proyectos, los cambios vislumbrados á la luz de la razon pasagero rayo de sol entre dos nubes.

Vanos los propósitos de enmienda, el estudio del derecho un instante abrazado con calor y abandonado luego bajo el golpe de maza del fastidio. El repentino entusiasmo por la carrera del médico, la camaradería con los estudiantes pobres de San Telmo, el amor al anfiteatro, muerto de asco en la primera autopsia.

Vanas más tarde las veleidades artísticas, las fugazes aspiraciones á lo grande y á lo bello, las escuelas de Roma y de Paris, el Vaticano, el Louvre, Los Oficios, los talleres de los maestros Meissonier, Monteverde, Madrazo, Carrier-Be-

leuse, entrevistos y dejados por otra escuela mejor: el juego y las mujeres; la orgía.

Y en un momento de empalago, de cansancio, de repugnancia profunda, los viajes, la Rusia, el Oriente, la China, el mundo y siempre y en todas partes, bajo formas varias y diversas, el mismo fondo de barro.

Seco, estragado, sin fé, muerto el corazon, yerta el alma, harto de la ciencia de la vida, de ese agregado de bajezas: el hombre, con el arsenal de un inmenso desprecio por los otros, por él mismo, en que había venido á parar, qué era al fin?

Nada, nadie. . . .

Qué antecedentes, qué títulos tenía á la consideracion de los otros, al aprecio de sí mismo?

No haber llegado á tirar por falta de tiempo, antes que lo ganara el hastío, los restos de lo que supo ahorrar su padre.

« Ah! sí, » esclamó Andrés con un jesto de profundo desaliento, arrojando la punta de su cigarro que le quemaba los labios, « chingado, miserablemente chingado! . . . . »

La noche había llegado, tibia, trasparente.

Una niebla espesa empezaba á desprenderse de la tierra.

El cielo, cuajado de estrellas, parecía la sábana de una cascada inmensa derramándose sobre el suelo y levantando al caer la polvareda de su agua hecha añicos en el choque.

Andrés, apoyado á la reja del balcon, miró un momento: «Uff! . . . . » hizo cruzando los brazos en la nuca y dando un largo y hondo bostezo, «qué remedio!.....,mañana iré á ver á la china esa.»

Encendió luz, ganó la cama y abrió un libro.

Media hora después cerraba los ojos sobre estas palabras de Schopenhauer su maestro predilecto: «el fastidio da la nocion del tiempo, la distraccion la quita; luego, si la vida es tanto más feliz cuanto menos se la siente, lo mejor sería verse uno libre de ella.»

IV

El sol, á plomo, quemaba, blanco como una bola de vidrio en un crisol.

Los pastos marchitos habían dejado caer sus puntas, como inclinando la cabeza agobiados por el calor.

Echados entre las pajas, entre el junco, en los cardales, al reparo, ni pájaros se veían.

Solo un hombre, envuelta la cabeza en un ancho pañuelo de seda, iba cruzando al galope.

Los chorros de sudor de su caballo jadeante regaban la rastrillada. El ginete

llevaba las riendas flojas. De vez en cuando lo animaba castigándolo en la paleta con el rebenque doblado.

Después de largo rato de andar, halló á su paso rodeada una majada.

Las ovejas, gachas, inmóviles, apiñadas en densos pelotones, parecían haber querido meterse unas en otras buscando sombra.

A corta distancia estaba el puesto: dos piezas blanqueadas, de pared de barro y techo de paja.

A la izquierda, en ángulo recto, una ramada servía de cocina. A la derecha, un cuadro cercado de cañas: el jardin. En frente, entre altos de viznaga, un pozo con brocal de adobe y tres palos de acacio, en horca, sujetando la roldana y la huasca del balde. Más lejos, protegido por la sombra de dos sauces, el palenque.

Bajo el alero del rancho, colgando de la última lata del techo, unas bolas de potro se veían. Tiradas por el suelo, acá y allá, contra la pared, prendas viejas:

un freno con cabezada, una bajera, una cincha surcida arrastrando su correa:

« Ave María purísima! » gritó el que acababa de llegar, sin bajarse de su caballo.

Un perro bayo, grande, ligero como volido de perdiz, se fué sobre él:—« Ave María purísima! » repitió dominando la voz furiosa del animal que, con los pelos parados, se abalanzaba al estribo:

—« Sin pecado concebida! » contestaron entonces desde adentro, « fuera Gaucho. . . . fuera. . . . fuera! . . . . »

Y hablando al recien venido:

—« Apéese, patron, y pase adelante » esclamó por la puerta entreabierta una mujer, mientras asomando con esquivez la cara, una mano en la hoja de la puerta, se alzaba con la otra el ruedo de la enagua para taparse los senos.

—« Tome asiento D. Andrés y dispense, ya voy, » prosiguió desde la pieza contígua así que Andrés hubo entrado.

Seis sillas negras de asiento de madera, una mesa y un estante de pino queriendo imitar caoba, eran los muebles.

A lo largo de la pared, clavadas con tachuelas, se veía una serie de caricaturas del « *Mosquito,* » regalo del mayoral de la galera: el General Sarmiento vestido de mariscal, el Doctor Avellaneda, enano sobre tacos de gigante, el brigadier, D. Bartolo Mitre, en la azotea de su casa, el Doctor Tejedor, de mula, rompiendo á cozes los platos en un almacen de loza, la sombra de Adolfo Alsina llorando las miserias de la patria! . . . .

—« Qué estaba haciendo Donata?

—Sesteando, D. Andrés.

—Solita?

—Sí, sola.

Tata se fué al pueblito esta mañana de madrugada. »

Al oírla, un gesto de satisfaccion asomó al rostro de Andrés.

Luego, apagando el ruido de sus pasos, caminó hasta la abertura de comunicacion entre ambas habitaciones, mal cerrada con ayuda de una jerga pampa, y allí, por una endija, echó los ojos.

Dos cujas altas y viejas, separadas una

de otra por un cortinado de zaraza, varias sillas de palo y paja torcida, una caja grande para ropa, una mesa con floreros, una imágen sagrada en la pared y, en un rincon, un lavatorio de fierro con espejo, completaban el ajuar del dormitorio comun.

Donata, atareada, iba y venía por el cuarto, se vestía.

Acababa de trenzarse el pelo largo y grueso, con reflejos azules como el del pecho de los renegridos.

El óvalo de almendra de sus ojos negros y calientes, de esos ojos que brillan siendo un misterio la fuente de su luz, las líneas de su nariz ñata y graciosa, el dibujo tosco, pero provocante y lascivo de su boca mordiendo nerviosa el labio inferior y mostrando una doble fila de dientes blancos como granos de mazamorra, las facciones todas de su rostro, parecían adquirir mayor prestigio en el tono de su tez de china, lisa, lustrosa y suave como un bronce de Barbedienne.

Andrés, inmóvil, sin respirar siquiera,

la miraba. Sentía una estraña agitacion en sus adentros, como la sorda crepitacion de un fuego interno, como si repentinamente, á la vista de aquella mujer medio desnuda, le hubiesen derramado en las venas todo el estinguido torrente de sangre de sus veinte años.

Ella, sin sospechar que dos ojos hambrientos la devoraban, proseguía descuidada su tarea, mientras, deseosa de evitar á Andrés el fastidio de la espera, de cuando en cuando le hablaba:

—« Y Vd., patron, con tanto sol, qué milagro? »

Se había sentado; iba á ponerse las medias.

Al cruzar una sobre otra las piernas, alzándose la pollera, mostró el pié, un pié corto, alto de empeine, lleno de carne, el delicado dibujo del tobillo, la pantorrilla alta y gruesa, el rasgo ámplio de los muslos y, al inclinarse, por entre los pliegues sueltos de su camisa sin corsé, las puntas duras de sus pechos chicos y redondos.

Descorriendo de golpe la cortina, Andrés entró:

—« Solo por verte á tí, mi hijita, he venido! »

Y en la actitud avarienta del que teme que se le escape la presa, arqueado el cuerpo, baja la cabeza, las manos crispadas, un instante se detuvo á contemplarla. Después, fuera de sí, sin poder dominarse ya, en el brutal arrebato de la bestia que está en él corrió y se arrojó sobre Donata:

« Don Andrés, qué hace por Dios! » dijo esta asustada, fula, pudiendo apenas incorporarse.

A brazo partido la había agarrado de la cintura. Luego, alzándola en peso como quien alza una paja, largo á largo la dejó caer sobre la cama.

La tocaba, la apretaba, la estrujaba, le llenaba de besos locos la boca, el seno, las piernas.

Ella, pasmada, absorta, sin atinar siquiera á defenderse, acaso obedeciendo á la voz misteriosa del instinto, subyugada

apesar suyo por el ciego ascendiente de la carne en el contacto de ese otro cuerpo de hombre, como una masa inerte se entregaba.

De pronto, dió un agudo grito de dolor y soltó el llanto. . . .

Breves instantes después, con el gesto de glacial indiferencia del hombre que no quiere, Andrés tranquilamente se bajaba de la cama, daba unos pasos por el cuarto y volvía á apoyarse sobre el borde del colchon.

« Pero, qué tienes, qué te pasa, por qué estás ahí llorando, zonza! . . . . » dijo á Donata inclinado, moviéndola con suavidad del brazo, « qué te sucede, dí, ni tampoco un poquito me quieres, que tanto te cuesta ser mía? ».

Y como ella, entregada toda entera á su dolor y á su vergüenza, vuelta de espaldas, encogido el cuerpo, la cara oculta entre las manos, continuara derramando copiosas lágrimas:

—« Vaya, mi alma, no sea mala, déme un besito y no llore.

—D. Andrés, por vida suya,, déjeme!»

Hubo un largo momento de silencio; se oía solo el zurrido de las moscas pululando en las rendijas por donde entraba el sol.

«Bueno, ingrata,» esclamó por fin Andrés deseoso de acabar cuánto ántes, violento de encontrarse allí, con ganas de irse «ya que tan mal me tratas, me retiraré, qué más!

Y despacio, mientras se dirijía hácia la puerta:

«Después, cuando se te haya pasado el enojo volveré, si acaso,» agregó levantando con toda calma la cortina de jerga y saliendo á montar á caballo, entre risueño y arrepentido de lo que había hecho, como harto ya.

L

V

Abandonado Andrés á su negro pesimismo, minada el alma por la zapa de los grandes demoledores humanos, abismado el espíritu en el glacial y terrible «nada» de las doctrinas nuevas, prestigiadas á sus ojos por el triste caudal de su esperiencia, penosamente arrastraba su vida en la soledad y el aislamiento.

Insensible y como muerto, encerrado dentro de las paredes mudas de su casa, días enteros se pasaba sin querer hablar ni ver á nadie, arrebatado en la corriente destructora de su siglo, pensando en él, en los otros, en la miseria de vivir, en el amor—un torpe llamado de los sentidos,

la amistad—una ruin esplotacion, el patriotismo—un oficio ó un rezago de barbarie, la generosidad, la abnegacion, el sacrificio — una quimera ó un desamor monstruoso de sí mismo, en el cálculo de la honradez, en la falta de ocasion de la virtud ; y nada ni nadie hallaba gracia ante el fuero inexorable de su amargo escepticismo. Ni aun el afecto de la madre, hijo tan solo del propio sufrimiento al ver sufrir á los hijos; ni aun Dios, un absurdo espanta pájaros inventado por la collonería de los hombres.]

Y era un desequilibrio profundo en su organismo, desigualdades de carácter, cambios bruscos, infundados, irritaciones sin causa ni razon, las mil pequeñas contrariedades de la existencia exasperándolo hasta el parosismo de la ira, determinando en él una estraña perturbacion de facultades, como un estado mental cercano de la locura.

Durante las lentas y abrumadoras horas de la siesta, en la escasa media luz de sus postigos entornados, repentina-

mente solía tirarse de la cama y abrir su balcon de par en par.

A la vista de la tierra reseca y partida en grietas por el sol, de los pastos abatidos y marchitos, en presencia del viento exhalando el monótono gemido de su voz al desgarrarse en su choque contra las copas de los árboles, ó levantando á lo lejos la espiral de negros remolinos, como humaredas del campo en combustion, un fastidio inaguantable, un odio una saciedad de aquel cuadro mil vezes contemplado lo invadía.

Daba un golpe rabioso á la ventana, echaba aldaba á los postigos y en las densas tinieblas de su casa convertida en un sepulcro, se arrojaba de espaldas á la cama y fumaba, incesantemente, unos tras otros paquetes enteros de cigarrillos turcos, su tabaco favorito, ó en un rincon, sentado, los codos sobre las rodillas, la cabeza entre las manos, permanecía ensimismado é inmóvil largo tiempo.

De pronto, un deseo violento de salir,

de andar, una fiebre, un furor de movimiento lo asaltaba.

Ensillaba él mismo su caballo y, contra el viento, lagrimeándole los ojos, silbándole los oídos, galopaba, corría, devoraba locamente las distancias.

O la pasion de la caza llegaba á absorberlo por completo y se levantaba entonces al alba y en su afan de matar y de hacer daño, ganaba el campo.

Los altos de aves, de patos, de batitues, de perdizes, eran arrojados después á los perros y á los cerdos. Su paladar no podía soportar esas comidas.

Otras vezes, en sus horas de calma y de quietud, como si su mal compadecido, de tarde en tarde, hubiese querido hacerle la limosna de una tregua, tendido sobre su hamaca á la sombra de los paraisos de la quinta, una pequeñez, un detalle lo atraía; cualquier ínfimo accidente de la vida animal en sus manifestaciones infinitas.

Eran, ya las largas filas de hormigas

yendo y viniendo por la cinta gris de sus caminos, deteniéndose, cruzando las patas, como dándose la mano al encontrarse y prosiguiendo luego atareadas, unas con carga, otras de vacío, su trabajo paciente y previsor.

Ya el hábil manejo, la cábula astuta de los sapos en su guerra sin cuartel contra las moscas, tirándoles á traicion, en un descuido, la certera estocada á fondo de sus lengüetazos.

Ya algun hornero arruinado por la maldad de los hombres ó la inclemencia del tiempo, caida y rota su casa, obligado á alzarla de nuevo, trabajando acá y allá, contra el pozo, en el borde de los charcos y, una vez hecha la mezcla, preparado el material, volando á emplearlo en el edificio admirable de su nido con la ayuda de su pico, como un albañil con la de su cuchara.

Una tarde después de comer, Andrés, fumaba paseándose frente á su casa.

De pronto, sintió un tumulto, dió vuelta y vió á Bernardo, su gato, su bestia

preferida, el único ser entre los seres que lo rodeaban, para el cual, por una aberracion acaso lógica del estado mórbido de su alma, tenía siempre un mimo, una caricia, perseguido de cerca por el perro del capataz.

Como una pelota de goma, el animal acosado, loco, saltó, se subió á la copa de un árbol, junto á un nido de benteveos.

La hembra entonces, alarmada, creyendo en una agresion, encrespó furiosa las plumas; gritaba, se agitaba, golpeaba desesperadamente el pico contra un gajo.

El gato, por su parte, haciendo caso omiso de aquella vana ojarasca y todo estremecido aun por la inminencia del peligro, clavaba las uñas en el árbol y los ojos en el suelo donde, lamiéndose el hocico y sacudiendo la cola con un movimiento nervioso de culebra, su terrible adversario lo acechaba.

Un momento, se detuvo Andrés á contemplar la escena.

Era eso el órden, la decantada armo-

nía del universo; era Dios aquello, revelándose en sus obras! . . . .

Pero, bruscamente, tomando parte él tambien en la querella, entró á su casa sacó su revólver y dejó tendido al perro de un balazo.

Luego, trepado al árbol con el auxilio de una escalera de podar que había allí cerca:

« Pobrecito Bernardo, casi me lo han muerto! » dijo alargando á este la mano suavemente.

A su contacto, el gato, ofuscado, dió vuelta y le metió las uñas.

« Canalla! » esclamó Andrés, « esas son las gracias que me dás, es así como me pagas. . . .

Pareces hombre tú! »

VI

Había fiesta en el pueblito.

Un viejo rico, ladron de vacas, creyendo pagar las hechas y por hacer con andar metido en las iglesias y dar su plata á los frailes, generosamente acababa de donar un flamante y relumbroso altar mayor.

El hecho se celebraba.

En su calidad de vecino importante del partido, Andrés naturalmente fué invitado.

Así como en diversa situacion, habría agarrado la misiva y héchola pedazos sin más vuelta, ese día en un revuelo antojadizo de su espíritu, porque sí:

« Iré, » se dijo y mandó echar la tropilla y atar á cuatro caballos su carruage.

VII

La plaza, un alfalfal cruzado por filas de paraisos entre los que, de trecho en trecho, anchos claros se veían como afrentas de la seca y las hormigas al rostro de la estética, ostentaba multitud de tiras de coco blanco y celeste flameando al tope de astas de tacuara.

En las pulperías, los «mamaos», quemaban gruesas de cohetes.

Los muchachos, en ronda, agarrados de las manos, saltaban gritando.

Los caballos atados á los postes de las veredas, asustados, se sentaban, reventaban los cabestros, las riendas.

De vez en cuando, un carricoche pasaba sonando con un ruido de matraca. Lo envolvía una nube de polvo.

En el átrio, los hombres se reunían. El Juez de Paz, el Comandante, el médico, el boticario, el Comisario de Polícia, el maestro de escuela, los dueños de las casas de negocio, municipales ó personajes influyentes, los ases, en un grupo.

Un poco más allá, pisando un poco más abajo, el gremio de dependientes rodeando al empleado telegrafista.

En la calle, junto al cordon de la vereda, las últimas cartas, el chiripá y la camiseta, se cortaban solos.

Las mujeres, hechas un cuero de escuerzo enojado, de á dos, de á tres, iban entrando.

Todo en ellas juraba, blasfemaba de verse junto, desde el terciopelo y la seda hasta el percal. Surtidos completos de pacotilla alemana, salidos de los registros de la calle de Rivadavia, habían hallado allí su *debouchê.*

La campana, rajada, con voz de vieja llamaba á misa.

Adentro, el cura, un vizcaino carlista cuadrado de cuerpo y de cabeza, hombre

de pelo en pecho y de cuchillo en la liga, se disponía á oficiar pomposamente en el altar, objeto de la fiesta.

Concluida la ceremonia religiosa, la concurrencia fué invitada á reunirse en el salon municipal donde un refresco había sido preparado.

Los brindis no tardaron en dejarse oir, brindis de cerveza y de *asti spumante* disfrazado de *champagne*.

El Juez de Paz, Presidente de la Municipalidad de pié, decorosamente tomó la palabra y dijo:

«Señores;

Designado por mis honorables cólegas y á nombre de la corporacion que presido, cábeme el honor, á mí, modesto y humilde obrero, de dirijiros la palabra en este memorable dia que jamás se borrará de nuestros recuerdos.

Con el corazon henchido de cristiano gozo, habeis asistido señores, como buenos católicos que sois, al grandioso espectáculo de la ceremonia en que nuestro digno prelado, (el cura aquí presente), aca-

ba de inaugurar solemnemente el magnífico altar que un ilustre patriota y venerable anciano, (aquí presente tambien), en un acto de generoso desprendimiento tuvo á bien donar á la Iglesia de este pueblo.

Es, á no dudarlo señores, un gran paso el que hemos dado en el sentido del adelanto de la localidad.

Pero me veo forzado á declararlo: él no basta.

Tenemos altar, señores, es cierto, pero yo pregunto, qué ganamos con eso si carecemos de templo?

El local que hoy sirve á ese importante objeto, indigno de la pompa y augusta majestad del culto de nuestros padres, reducido é incapaz, por otra parte, para contener á los innumerables fieles que en alas de la fé, se congregan fervorosos á encomendar sus almas á la divina Providencia del Creador, es de todo punto inadecuado á los fines á que se halla consagrado.

Otra necesidad no menos sentida é imperiosa, señores, es la de una casa apropiada para escuela.

Más de las tres cuartas partes de los niños del partido (sensible y doloroso me es decirlo,) más de las tres cuartas partes de esos niños que hoy son una esperanza risueña de la patria y que mañana serán una hermosa realidad, viven sumidos en la ignorancia y la abyeccion que ella enjendra, debido solo á la falta de un edificio espacioso y cómodo donde sus tiernos corazones (y es así, señores, como las pequeñas causas producen los grandes efectos), donde sus tiernos corazones puedan concurrir á recibir la semilla fecunda de la educacion comun que, arrojada en tierra argentina, produce, señores, el árbol generoso de la libertad!

Sí, señores, lo digo sin vueltas ni rodeos, con la franqueza brutal de un pecho republicano, la inercia nos mata, nos consume, es necesario que la iniciativa individual, esa iniciativa progresista y salvadora, se haga sentir de una vez si queremos llegar á ser grandes y á que se nos trate con respeto, si anhelamos realizar en nuestra esfera, el gran programa del *self*

government, (gobierno de lo propio) merced al cual las naves de la orgullosa albion surcan hoy con sus aceradas proas los mares de polo á polo.

Que una comision de vecinos se constituya, (y desde ya me permito proponeros su nombramiento inmediato), se constituya digo, con la mision de recabar del superior gobierno su eficaz y salvador concurso en bien de esta apartada y lejana localidad.

Ese concurso, señores, abrigo la conviccion firme y profunda, no nos ha de ser rehusado.

Abonan mis palabras las nobles prendas de carácter del Exmo. Señor Gobernador de la Provincia, de ese ciudadano ilustre y preclaro, exaltado á las altas regiones del poder por el potente soplo de las auras populares y que, con aplauso universal, rige hoy, señores, los destinos de esta benemérita provincia, inspirándose en las fuentes del más puro y acrisolado patriotismo, faro de eterna luz á cuya sombra marchan los pueblos por la senda del

progreso y de la civilizacion, hacia su prosperidad y engrandecimiento futuro en los siglos venideros!....

He dicho.»

Se oyó un torrente de aplausos desbordante, atronador; el orador fué calorosamente felicitado por sus colegas.

Luego, sin demora y por general asentimiento, se procedió á dar forma á la idea.

A título de ser Andrés, segun se aseguró, condiscipulo y amigo del Gobernador, álguien propuso que fuera aclamado el nombre del primero en calidad de miembro de la diputacion.

Pero aquí, como volcando un chorro de agua fria sobre aquel loco entusiasmo:

—«Me van vds. á permitir señores, que les dé sencillamente un consejo?» dijo Andrés con un gesto de impaciencia disimulado apenas en la correccion y cultura de sus modales.

—«Si señor, hable, hable don Andrés....

—Déjense de perder su tiempo en Iglesias y en escuelas; es plata tirada á la calle.

Dios no es nadie; la ciencia un cáncer para el alma.

Saber es sufrir, ignorar, comer, dormir y no pensar, la solucion exacta del problema, la única dicha de vivir.

En vez de estar pensando en hacer de cada muchacho un hombre, hagan un bestia.... no pueden prestar á la humanidad mayor servicio.»

Luego, como aligerado del peso de la carga de bilis que acababa de arrojar, impasible sacó el reloj.

«Las cuatro de la tarde y ocho leguas de camino por delante.

Queden vds. con Dios!»

Y salió con todo aplomo dejando visco de apampado á su auditorio.

VIII

Apenas sus amores, si es que amor podía llamarse su comercio con Donata, bastaban á llenar algunos instantes de su vida.

De vez en cuando iba al rancho, la veía, pasaba una hora con ella si la hallaba sola. Buscaba una escusa y se volvía si daba con el padre, ño Regino, un servidor antiguo de la casa, asistente del padre de Andrés en las patriadas de antaño contra la tiranía, uno de esos paisanos viejos cerrados, de los pocos que aun se encuentran en la pampa y cuyo tipo va perdiéndose á medida que el elemento civilizador la invade.

Había visto niño á Andrés, le llamaba el patron chico y tenía con él idolatría; era un culto, una pasion.

Donata, por su parte, como esas flores agrestes que dan todo su aroma, sin oponer siquiera á la mano que las arranca la resistencia de espinas que no tienen, en cuerpo y alma se había entregado á su querido.

Huérfana de madre, criada sola al lado de su padre, sin la desenvoltura precoz, sin la ciencia prematura que el roze con las otras lleva en los grandes centros al corazon de la mujer, ignorante de las cosas de la vida, conociendo solo del amor lo que, en las revelaciones oscuras de su instinto, el espectáculo de la naturaleza le enseñaba, confundía la brama de la bestia con el amor del hombre.

Andrés la buscaba, luego la quería.

No sabía más y era feliz.

Viva, graciosa, con la gracia ligera y la natural viveza de movimientos de una gama, cariñosa, ardiente, linda, pura, su posesion, algo como el sabor acre y fresco

de la savia, habría podido hacer la delicia de su dueño en esas horas tempranas de la vida en que el falso prisma de las ilusiones circuye de una aureola á la mujer.

Hoy, era apenas un detalle en la existencia de Andrés.

Una cosa, carne, ni álguien siquiera. Menos aun que Bernardo, el gato, el animal mimado de su amante.

En épocas, sin embargo, solía Andrés repetir con más frecuencia sus visitas; se informaba de las salidas de ño Regino al campo ó al pueblito, él mismo lo alejaba, le creaba ocupaciones, le ordenaba trabajos en la hacienda de que era el viejo capataz; mandaba parar rodeo, hacer recuentos, galopar la novillada, inventaba mil pretestos para poder estar solo con Donata, mostrándole así un apego, un interés que la infeliz en su ignorancia, aceptaba como pruebas de cariño y que eran solo en Andrés otras tantas caprichosas alternativas de la fiebre del deseo.

IX

Una vez tuvo un antojo, un refinamiento de estragado: verla desnuda en sus brazos, dormir con ella:

—«Ño Regino,» dijo al viejo, «necesito que vd. me haga un servicio.

—Mande patron.

—He comprado afuera una punta de vacas, previa vista, y quiero que vd. me las revise antes de cerrar el trato.

—Galopiaré patron.

—Cuándo se vá?

—Esta tarde mesmo puedo ensillar, si le parece.

Le pegaré con la fresca,

—Y Donata?

—Donata dice?

Se quedará no más....

—Sola?

—Oh, y si nó, quién se la va á comer en las casas!

Ahí tambien le dejo al peoncito pa un apuro.

—Qué, no tiene miedo de dejarla sola con el peoncito?

—Miedo....

Y de qué voy á tener miedo?

—Es que el muchacho ese es medio hombrecito ya, y vd. sabe que el diablo las carga....

—Buen gaucho pa un desempeño!» dijo soltando la risa ño Regino.

«Qué va á ser eso señor, si es como rejusiléo en tiempo de seca!

Ni tampoco vaya á creerla tan de una vez amarga á mi hija, patron;» agregó con un ciego engreimiento de padre, «que sea capaz de abrirle el pingo así no más á cualquiera.

Desde chica la he enseñao á que viva sobre la palabra como animal de trabajar

en el rodeo y no es por alabarla señor, pero me ha salido medio halaja la moza.

—Bueno, ño Regino» dijo Andrés sonriéndose él tambien, «vaya con Dios, alístese y vuelva por la carta órden.»

X

A eso de las diez de la noche, Andrés se apeaba en un bajo y ataba su caballo á unos troncos de duraznillos.

Era cerca del rancho de Donata.

Gaucho había salido al trote, á recibirlo. Pero gaucho no le ladraba ya; era su amigo ahora.

Medio arrastrándose por entre el pasto, agachando la cabeza y meneando la cola de alegría, le lamía las manos, lo olfateaba.

Un momento después, ambos se dirijían á la casa.

El muchacho dormía tirado en la ramada.

Donata, prudentemente, solo había de-

jado abierta la ventana que miraba al lado opuesto. Andrés pasó por esta y entró.

Un olor á claveles y á mosquetas, con mezcla de malva y yerba buena, zahumaba la habitacion.

Bajo la imágen santa y entre los dos floreros adornados con las flores del jardin, ardía una vela de sebo:

—«Por qué has dejado luz?

—Por tata,» contestó ella acurrucada entre las sábanas, «siempre que se ausenta prendo una para que la vírgen lo ampare.

—La vírgen?

Hombre no me parece mala la idea....

Quiere decir que si le prendieras dos, te vendería su proteccion por partida doble... A no ser que tu vírgen sea una vírgen tramposa, capaz de robarte la plata.

Voy á ponerle otra más.»

Y diciendo y haciendo, pasó á la pieza contigua, encendió un fósforo y volvió poco después acercando repentinamente al rostro de Donata la vela que traía en la mano.

como erizado al contacto de un bicho asqueroso y repugnante.

Sentía una picazon, un insoportable escozor en todo el cuerpo. Llegó á creer que las chinches lo estaban devorando; encendió luz y miró: no encontró nada.

Escitado, sin embargo, inquieto, febriciente, se movía sin cesar de un lado á otro, se revolvía desesperado sin poder pegar los ojos, se acostaba de espaldas, sobre el flanco se quitaba las sábanas de encima, sacaba las piernas fuera del colchon.

Ah! su casa, su cuarto, su cama el aire puro de sus balcones abiertos! . . . .

Bien merecido lo tenía; qué demonios le había dado por meterse en un rancho miserable á dormir con una china! . . .

Al fin, no pudiendo aguantar más aquel infierno, de un salto se levantó, fué y abrió la ventana.

Junto con la luz pálida de la luna, entró la brisa fresca de la noche.

Como un sediento, abrió la boca y se puso á beberla á tragos.

Después, en la penumbra, miró á Donata. Las sábanas colgaban de la cama. Estaba desnuda toda; dormía profundamente, como un tronco.

« Uff!!» hizo Andrés, y agarrando en monton el bulto de su ropa, huyó de allí, salió á vestirse fuera.

XI

Era de noche aun.

Una de esas noches de Abril diáfanas y serenas, en que el cielo alumbra acribillado de estrellas como si el globo de la luna, hecho pedazos, se hubiese desparramado por las tinieblas.

De vez en cuando, se oía el ruido de las tropillas, el cencerro de las yeguas maneadas junto al corral.

Atados al palenque, los caballos ensillados relinchaban.

Los peones, en la cocina, alrededor del fogon, tomaban mate; en cuclillas unos, otros cruzados de piernas, los demás sentados sobre un tronto de sauce, sobre una cabeza de vaca.

Hablaban de sus cosas, de sus prendas, de sus caballos perdidos cuyas marcas pintaban en el suelo con la punta del cuchillo, de alguien que andaba á monte «juyendo» de la justicia por haberse desgraciado, bastante bebido el pobre, matando á otro en una jugada grande.

No faltaba alguno entre ellos, medio morado para el rumbo en una noche oscura ó muy enteramente hacienda para un pial de volcado ó para abrir las piernas en toda la furia, que costeara la risa y la diversion de los otros.

Ya iba siendo hora; se alcanzaba á ver el lucero.

Y la conversacion recayó sobre los trabajos de ese dia: la capa, la yerra.

A las mentas, algunos forasteros habían caido:

—« Y vd. D. Contreras, no es que andaba medio medio mal con el patron?

—Qué le hemos de hacer al dolor, amigo, los hombres pobres necesitamos de los ricos. »

Era el chino de la esquila; se había

presentado á Andrés en la tarde del dia anterior.

—« Sé que está con miras de herrar patron, y vengo á que me dé trabajo.

« No has de andar con buenas intenciones tú » se dijo aquel fijándolo con desconfianza; luego:

—« Tengo completo el personal » secamente le contestó.

—El mayordomo, » insistió el otro « me había informado de que faltaba un peon de á caballo. . . .

—Bueno, amigo, vaya y desensille; mañana trabajará, » repuso Andrés, cambiando repentinamente de resolucion, solo á la idea de que el chino pudiera llegar á figurarse que él le había tenido miedo.

Por una de las ventanas de la capilla, como, entre ellos, llamaban los peones de la estancia al pabellon de Andrés, acababa de verse luz.

Villalba, el mayordomo, llegó á la puerta de la cocina:

« Vaya, pues; ya está despierto el patron » á ver si suben á caballo y salen de

una vez!» dijo dirigiéndose á los peones los que pocos minutos después se perdían en rumbos diferentes.

A medida que iba amaneciendo, se oía á la distancia los alaridos de la gente.

La hacienda, hilada, disparaba, semejante entre las sombras mal disipadas aun á una bandada de enormes cuervos volando á ras del suelo.

El campo, estremecido, temblaba sordamente, como tronando lejos.

A eso de las seis, los animales paraban en el rodeo. Algunos caminaban, iban y venían; las madres mujían en busca de sus hijos; los estraviados de las mismas puntas se juntaban; los más pesados se habían echado.

Sobre la estensa faja multicolor que dibujaban, solía alzarse la maziza corpulencia de algun toro trabajando, mientras de trecho en trecho, los peones escalonados, inmóviles, parecían como los postes de un corral.

El señuelo, cincuenta colorados con un

madrino negro de cencerro, pastaba á pocas cuadras:

«Puede ir principiando Villalba,» ordenó Andrés · que en ese momento llegaba de galope.

El mayordomo á su voz, haciendo cordon seguido de la peonada, atropelló, bruscamente cortó una punta del rodeo y con la ayuda del señuelo, entre todos la arrearon al corral.

Cuatro hombres entraron á caballo y ocho á pié, cerrando estos la tranquera junto á la que varias marcas se enrojecían al calor de una enorme fogata de osamentas.

Pronto todo ya, se dió comienzo al trabajo.

Los cuatro de á caballo sacaban de entre la hacienda, agolpada contra los postes del corral, otros tantos terneros enlazados.

Los de á pié, echando berija, los pialaban, ó prendidos de la cola los volteaban á tirones.

Una vez caidos y maneados, el mayordomo marcaba,

Al asentar el fierro, un humo negro y denso se desprendía, el cuero chirriaba, el animal bramaba de dolor.

A los más grandes un viejo los castraba; y había de ser viejo, sus años lo abonaban.

El calor, el encierro, los golpes que llevaban, el tumulto, la vecindad de los hombres, provocaban el enojo de algun toro ó de alguna vaca vieja que, solos se cortaban del monton, agachaban la cabeza, olfateaban la tierra, la escarbaban, sacudían las astas y atropellaban bufando.

El corral se trasformaba entonces en una plaza; el trabajo se convertía en una lidia.

Al grito de «¡guarda!» los peones azorados daban vuelta, cuerpeaban al animal, corrían, gambeteaban. Muy apurados, ganaban los postes ó se echaban de barriga, chuleándolo por fin en medio de una algazara salvaje, infernal, así que lograban salvar el bulto.

Un toro hosco, morrudo y bien armado, se mostraba, sobretodos, emperrado, recalcitrante

Varias vezes había hecho zafarrancho entre la gente:

«Póngale el lazo á ese y métanle cuchillo en la berija á ver si se le quitan las cosquillas» dijo Andrés caliente ya con el animal.

«Para mejor», agregó dejándose caer al corral, «es más criollo que un zapallo y más feo que un viento de cara!»

No bien oyó la órden de Andrés, sin hacérselo decir dos vezes, Contreras castigó, cerró las piernas, revoleó y enlazó al toro de las astas.

Este, furioso, se le fué encima, llegando á peinar de un bote la cola del caballo.

Luego, de revuelo, enderezó al grupo donde se encontraba Andrés, en ese instante de espaldas, hablando con Villalba.

Con toda intencion el chino hizo pié echado sobre el pescuezo de su montura. El lazo, roto en el tiron, azotó el aire y pasó silbando como una bala;

«Guarda, patron!» se apresuraron todos á gritar, cuando el toro, sobre Andrés, humillaba ya para envasarlo, pudiendo apenas este trepar á los palos del corral, no sin antes tener partido el pantalon de una cornada:

«Por qué no le has dado lazo?

Es esta la segunda vez que tratas de madrugarme, canalla..... no te mato de asco!....» esclamó Andrés trémulo de rabia.

Nada contestó el gaucho. Se le vieron solo blanquear los ojos en una mirada de soslayo, traidora y falsa como un puñal.

XII

El frío picaba ya; los dias se acortaban.

Parecía ser hora de sol alto, cuando de pronto oscurecía y la noche llegaba sola, triste, negra, eterna hasta la mañana siguiente.

En un último esfuerzo del calor, el pasto, regado por los aguaceros de otoño, empezaba á querer brotar. En vano; las primeras heladas lo mataban chiquito; el campo, cubierto por el manto de vidrio de la escarcha, como envuelto en un sudario amanecía blanqueando, mientras los árboles perdían sus hojas una á una y mostraban el enredado laberinto de sus gajos

secos, sobre el que las altas siluetas de los álamos se destacaban como esqueletos de gigantes.

Era á principios de Mayo.

Andrés había dispuesto que le alistaran su carruaje para la mañana siguiente.

Se volvía.

Donata, á caballo, seguida de Gaucho, había llegado á la estancia.

Con pretesto de entregar la ropa de Andrés, que ella lavaba, subió al piso superior donde se encontraba aquel preparando su balija:

—«Es cierto lo que me ha dicho Tata, D. Andrés?» preguntó desde el umbral, tímidamente, bajando la vista, mientras en un movimiento nervioso y maquinal, retorcía el pañuelo entre sus manos, un pañuelo blanco de algodon.

—«Qué te ha dicho?

—Que vd. se va mañana.

—Es cierto.

—A la ciudad? siguió ansiosa.

—«Sí, á la ciudad, y de ahí?»

No obstante todo su empeño por di-

simular la pena que la embargaba, un estremecimiento agitaba sus labios, poco á poco los ojos se le preñaban de lágrimas.

Al fin, siéndole imposible dominarse, silenciosamente se llevó el pañuelo á la cara.

Un gesto de contrariedad y de impaciencia asomó al rostro de Andrés:

«Esas tenemos?

Mira, mi hijita, déjate de venir á fastidiarme, á mí no me gustan las mugeres lloronas» dijo duramente.

«Qué, te sorprende que me vaya, ignoras que paso los inviernos en Buenos Aires, á qué vienen esos llantos, entonces?

Sobretodo, si me voy, no es para no volver....

Sabe que le habia dado fuerte á vd. mocita!....» siguió con gesto menos seco y como movido á lástima al contemplarla.

«Por qué no dice que quiere que me la lleve á vd. tambien!....

Es lo único que le faltaba....»

Y dirigiéndose á la mesa de luz á encender un cigarrillo: «vaya, amiga,» agregó en tono alegre y jugueton, nada de zonseras ni de historias, sea discreta y ayúdeme....

A ver, ponga ahí encima esas camisas.

—Qué va á ser de mí, Virgen Santa!» murmuró Donata entre sollozos.

—«Qué vá á ser de tí?

Nada, pués, hija; vas á quedarte aquí tranquilamente con tu padre hasta que vuelva yo.

—Ah! D. Andrés, pobre de mí, vd. me ha hecho desgraciada, qué vá á decir tatita!....

—Que yo te he hecho desgraciada, que qué va á decir tu padre....

Francamente, no te comprendo Donata, veamos, esplícate, qué es lo que te pasa?

—Qué me ha de pasar, que estoy embarazada!....

—«Zas!» soltó Andrés, medio queriendo inmutarse.

«Sería la primera vez!» agregó como hablando solo, mientras una lijera alteracion en el eco de su voz parecía acusar la impresion estraña y nueva que le habían producido las palabras de Donata.

«Mi hijita, te equivocas.... no puede ser.... ó por lo menos, es muy difícil,» siguió visiblemente preocupado, apesar de la tranquila seguridad que afectaba.

«De todos modos» acabó por esclamar resueltamente, después de un momento de silencio, «lo que sea será.... no. te aflijas, aqui estoy yo!....»

Y en un espontaneo y generoso arranque acercándose á su querida, la atrajo y le dió un beso.

Ella, entonces, más conforme:

—«Y cuándo piensa volver?» se aventuró á preguntar.

—Pronto, dentro de un mes, antes acaso.

Entretanto, te lo repito, puedes estar tranquila, que yo no te he de dejar desamparada.

Ahora, véte, retírate, no ha de faltar quién ande hablando, si ven que te quedas mucho tiempo aqui conmigo, pretestó, y, esperimentando la necesidad de quedarse solo, la despidió con dulzura acompañándola hasta la puerta.

«Bien podría el diablo haber metido la mano!....

Pero... y las otras, entonces, las mil otras?

Bah!.... otra cosa es con guitarra....» pensó, «muy baqueteadas, las otras!....»

XIII

Reñido á muerte con la sociedad cuyas puertas él mismo se habia cerrado, con la sociedad de las mugeres llamadas decentes, decía, por rutina ó porque sí, con una fé más que dudosa en la virtud, negando la posibilidad de la dicha en el hogar y mirando el matrimonio con horror, buscaba un refugio, un lleno al vacío de su amarga misantropía, en los halagos de la vida lijera del soltero, en los clubs, en el juego, en los teatros, en los amores fáciles de entretelones, en el comercio de ese mundo aparte, heteróclito, mezcla de escorias hu-

manas, donde el oficio se incrusta en la costumbre y donde la farsa vivida no es otra cosa que una repeticion grosera de la farsa representada.

---

el italiano / aires decaden inmigrantes

XIV

Pocos dias después de su llegada á Buenos Aires, se hacía en Colon un ensayo general de «Aida», ópera de estreno de la gran compañía lírica italiana contratada por el maestro Solari.

Andrés, á título de viejo camarada del empresario, tenía acceso libre, vara alta en el teatro. Ocupaba cada año uno de los palcos de la escena.

A lo ancho del lóbrego pasadizo que del vestíbulo llevaba á bastidores, un tabique portátil de madera había sido atravesado.

Los profanos, apeñuzcados, porfiaban por entrar, apuraban el recurso de sus cábulas:

« Qué, ya no me conoce vd. á mí?

No embrome, compañero, qué le cuesta!..

Este viene conmigo, ché., déjelo pasar...

Está Solari adentro? yo soy su amigo, hágalo llamar, dígale que fulano lo busca... »

Tiempo perdido.

El portero, sordo, inexorable, con cara de rabia, obstinadamente les cerraba el paso:

« Tengo órdine del siñor impresario para non decar entrar á naidie. »

En esas, atinó á llegar Andrés.

No sin trabajo había logrado abrirse camino hasta allí.

El italiano, al verlo, se hizo á un lado se sacó el sombrero y solícito, obsequioso, con gesto zalamero y mirada derretida:

«Pase, Sr. D. Andrés,» dijo.

Un coro de destempladas protestas y de insultos acogió la odiosa escepcion del empleado, mientras por entre una doble hilera de músicos y de coristas, y una nube espesa de humo hediondo á tabaco italiano y á letrina, Andrés llegaba al fondo del zaguan, doblaba á la derecha y se metía en su palco.

Todo en la escena estaba dispuesto ya. Un telon viejo había sido corrido ocultando el paredon del fondo.

A uno y á otro lado, hacia la sala, varias sillas se veían reservadas á las primeras partes.

La luz de tres brazos dobles de gas encendidos sobre la orquesta, al flotar indecisa por las tinieblas desiertas del edificio, imprimía á este un sello estraño, fantástico imponente.

Vagamente, en la penumbra, el angosto y profundo coliseo despertaba la idea de una boca de monstruo, abierta, enorme.

Por entre los últimos lienzos empezaban

á asomar las cabezas mugrientas de los comparsas.

Un hombre, el avisador, distribuía los cuadernos en los atriles de la orquesta, mientras largo á largo por el tablado, preocupado y solo, el empresario esperando la hora se paseaba:

—«Cómo está, mi querido maestro,» preguntóle Andrés con acento cariñoso, abriendo la rejilla de su palco.

—«Oh! D. Andrés, tanto gusto de verlo,» esclamó Solari y se acercó.

Luego sacudiendo la mano de su interlocutor.

«Qué tal, como va?

Y sin esperar, «bien y vd?

—Qué dice ese bravo elenco?

—Es de *cartello*, sabe.... yo le garanto... los primeros artistas. .el cuartetto de la «Scala,» no hay que decir...

—Sí, pero no veo figurar en él, ni á Gayarre, ni á Masini, de quien vd.. nos hablaba, creo?

—Y qué valen, ni Masini, ni Gayarre confronto de Guadagno ...esta es la cosa... dos enanos y un coloso.

—Qué diablo de maestro este,» murmuró Andrés y se sonrió.

«Pero... y la Patti,» agregó, «ó en su defecto, la Albani ó la Van Zandt, no era que alguna de las tres iba á venir?

—La Patti, la Patti... pide cincuenta mil francos por noche, la Patti... esta es la cosa!

—Y la Albani?

—*Andata!*

—Y la Van Zandt?

—Un mosquito!...

—No nos la trae, entonces?

—No, pero les traigo á una Amorini, esta es la cosa.

—Amorini, dice?

No sé quién es.

—Artista jóven, *magari*, pero una celebridad, organo estupendo, talento inmenso. Acaba de hacer un fanatismo, pero, un

fanatismo loco en la Scala... esta es la cosa.

—Déjese de fanatismos y vámos al grano: es bonita?

—*Roba fina*, un bonbon!...

Pero, honesta, sabe!... Oh! por esto, yo le garanto, una señora...

Viene con el marido, el conde Gorrini, de Florencia.

—Ah! ah!...

Y la contralto?

—La Machi?

Espléndida, un vozon!

—Y?....

—No hay tampoco que pensar. Es hija de familia ella, la mama la acompaña.

—Bueno, bueno, bueno... como quien dice un par de bravas Lucrezias?

Pero... me presentará, supongo?

—Ah! cómo no!

Yo siempre soy gentil con mis amigos. . .

—Buen pícaro es vd!»

Entretanto, al ruido de una campana que el *butafuori* acababa de hacer oir entre telones, los músicos iban ocupando, sus puestos sacaban sus instrumentos, los afinaban en un desconcierto agrio, irritante.

Las masas, coristas y comparsas, relegadas al fondo del escenario, hablaban bajo.

Los artistas de sombrero á un lado y baston de puño de marfil, se ensayaban á media voz, examinaban el teatro como por encima del hombro, iban y venían afectando darse un aire de importancia.

De pronto, se oyó un susurrro, un cuchicheo; los grupos se abrieron con curiosidad y con respeto, la atencion general quedó un momento en suspenso.

Era la prima donna, la célebre Amorini que triunfalmente hacía su entrada envuelta en pieles y terciopelo.

Solari al verla, anticipándose, le ofreció galantemente el brazo, la trajo y la

sentó en la primera silla de la derecha junto al palco donde se hallaba Andrés.

Ella, sonriente y majestuosa, con esa majestad postiza de las reinas de teatro, en la que asoma siempre una punta de oropel, distribuía graciosos saludos de mano y de cabeza á sus compañeros de arte, entre los que descollaba la jigantesca corpulencia de Guadagno.

Alta, morena, esbelta, linda, sus ojos hoscos y como engarzados en el fondo de las órbitas, despedían un brillo intenso y sombrío; el surco de dos ojeras profundas los bordeaba revelando todo el fuego de su sangre de romana.

Desnuda, se adivinaba en ella la garra de una leona y el cuerpo de una culebra.

Andrés, mientras los otros se acercaban á saludarla, la envolvió en una larga mirada escudriñadora y codiciosa.

Luego, en una seña, solicitando de Solari el cumplimiento de su promesa, instintivamente inclinó el cuerpo hacia afuera sobre el antepecho del palco:

—«Señora Amorini,» dijo el empresario, «me va á permitir . . . este caballero desea hacer la relacion de vd.»

Y después de presentarlo:

«Uno de mis amigos más queridos del Rio de la Plata.»

Cambiadas algunas frases banales:

—«No era vd. señora, una estraña para mí» empezó Andrés.

«He tenido antes ocasion de admirar todo su hermoso talento.

—Ah! sí, dónde?» preguntó la artista con interés, volviendo á medias la silla.

—«Donde se hizo vd. oir antes de cantar en la Scala.

—En Cremona, hace dos años?

—Justamente, hace dos años, en Cremona.

—*Caro quel Cremona!* . . .

Fué un continuo triunfo para mí. El público me adoraba. . . .

Pero entonces, señor,» prosiguió, «somos dos viejos conocidos nosotros? . . .

Podría atreverme á esperar que, de hoy en más, quiera vd. ser un amigo para mí?

—Señora....

—Vivo en el «Hotel de la Paz». Mi marido y yo, tendremos muchísimo placer en que vd. se digne honrarnos con sus visitas,» agregó designando á un hombre que en ese momento se acercaba.

Era jóven, blanco, fresco, bonito, de bigotito negro retorcido; fumaba *cavours*, usaba cuellos escotados y cuernos de coral en la cadena.

—«Maestro, maestro!» llegó gritando azorado el *butafuori*,» es imposible contener á la gente, quieren por fuerza entrar.

—He dicho que no quiero yo que nadie me pise el teatro durante los ensayos.

—Sí, pero es que van á echar la puerta abajo: son más de doscientos...

—Echarme la puerta abajo, á mí.... *Sangue della Madonna!*» rugió Solari y, furioso corrió hacia afuera.

Pero, ahí no más, se detuvo, pareció reflexionar y, un momento después, girando tranquilamente sobre sus talones:

—« Eh! . . . . déjelos, hombre, » esclamó con aspecto resignado y manso.

« Qué le vamos á hacer.... no los puedo echar, esta es la cosa.... han de ser amigos.... precisa tener paciencia.... »

En un instante los de afuera, como muchachos que salen de clase, pataleando, invadieron los palcos y la platea.

El ensayo entretanto había empezado.

El maestro Director caballero Grassi, como rodando por entre los atriles, no sin esfuerzo había conseguido izarse hasta su asiento.

Con la delicadeza con que un pintor de miniaturas maneja su pincel, empuñaba la batuta, dibujaba los últimos compases de la romanza: *Celeste Aida*, mientras la Amorini abandonaba su silla y Andrés, en *tête-a-tête*, quedaba conversando con el marido:

—« Hermosa ciudad Buenos Aires, se-

ñor, me ha dejado sorprendido. Nunca me figuré que en América hubiese nada igual.

—Vd. cree?

—La belleza de sus edificios, el ruido, el vaiven, el comercio que se observa en sus calles, esa multitud de trenvías cruzándose sin cesar al ruido de sus cornetines, producen en el estrangero una impresion estraña y curiosa, un efecto nuevo de que no tenemos idea en nuestras antíguas ciudades italianas.

Yo amo el movimiento, la locomocion, la vida activa, los viajes.

Por eso, con grave perjuicio de nuestros intereses, nos ve vd. en América, habiendo rehusado del empresario Gie doscientos cincuenta mil francos por la escritura que nos ofrecía para la gran estacion de Covent-Garden.

Tengo un carácter muy jovial yo,» prosiguió Gorrini sin detenerse, « lo contrario de mi señora. Ella jamás sale de casa, á no ser para ir al teatro....

Me gusta la animacion, el mundo, la sociedad....

Aquí tambien, segun me ha informado el amigo Solari, la gente es muy alegre, tienen vds. numerosos centros sociales?

—Sí señor, es cierto, hay varios clubs.

—El del Progreso, creo, es el más aristocrático, se dán en él bailes suntuosos?

—Es en el que dicen que hay más gente decente.

—Tendría vd. algun inconveniente en presentarme como socio?» largó el italiano muy suelto de cuerpo, con la facilidad con que habría podido pedir á Andrés el fuego de su cigarro.

—«Presentarlo?» dijo este como no oyendo bien.

Y después de vacilar un segundo: «con muchísimo gusto, señor» esclamó resueltamente, «es lo más fácil.

—«Otra de mis grandes pasiones ha sido siempre la caza.

En el Cairo, donde mi señora y yo,

pasamos un año contratados, organizábamos magníficas partidas entre amigos.

Vd. sabe que el *gibier*, patos, perdizes, becacinas, abunda de una manera estraordinaria á orillas del Nilo.

—Pués lo que es aquí tampoco falta, podrá vd. cazar hasta cansarse, dar pábulo á su pasion.

—Deveras, dónde, léjos?

—No señor.

Y, desde luego, me permito poner á la disposicion de Vd. una propiedad que poseo á pocas horas de Buenos Aires, donde esos bichos pupulan por millares.

—Bravo, bravo!» esclamó Gorrini apoderándose con entusiasmo de las manos de Andrés.

Y efusivamente:

« Es vd. una persona muy simpática: El corazon me dice que vamos á ser los dos grandes y buenos amigos!.... »

—« Yo te he dar amigo, á tí y Club, y bailes y patos.... » murmuró Andrés

entre dientes, levantándose á fumar un cigarro en el antepalco y á conversar con Solari que en ese momento acababa de golpear la puerta.

Pero la hora del *baccará* se acercaba.

Fastidiado, harto de las repeticiones del ensayo y no obstante las elocuentes miradas de la primadonna, la corriente de simpatía, la tácita inteligencia que parecía querer iniciarse entre los dos, Andrés, después de pasar una parte de su noche en el teatro, tomó el sombrero y salió con intencion de ir al Club.

Mientras, por el largo corredor y lejos ya de la escena, se dirijía á la calle, entre una espantosa, atroz, infernal esplosion de ruidos, confusamente alcanzó á distinguir la voz de Grassi que se desgañitaba gritando:

« *Questa non é una banda di música.... questa é una banda di assassini !....*

XV

En el Club, los hombres serios, los pasivos, lectores de diarios de la tarde y jugadores de guerra y de chaquete, poco á poco habían ido desapareciendo.

Sus mujeres y sus nanas temprano los obligaban á ganar la cama.

Los muchachos, los nuevos, de vuelta de sus corridas, el ánimo lijero, el apetito aguzado, de á cuatro trepaban los escalones, iban á parar al comedor.

Acá y allá, por las salas de juego, la guardia vieja—media docena de recalci-

trantes emperrados—de los del tiempo de la otra casa—entre bocanadas de humo y tragos de cerveza, mecánicamente echaban su sempiterna partida de *Chinois*, cantaban sus quinientas.

En un rincon, á media luz, una mesa redonda y una carpeta verde esperaban.

Eran las doce; una hora más, é «iba á armarse la gorda.»

Andrés, en vena esa noche, por escepcion solo llegó á perder diez mil pesos.

perder (las apuestas)

XVI

Dos dias después tuvo lugar el debut.

El teatro lleno, bañado por la luz cruda del gas, sobre un empedrado de cabezas levantaba su triple fila de palcos, como fajas de guirnaldas superpuestas, donde el rosado mate de la carne se fundía desvanecido entre las tintas claras de los vestidos de baile.

Encima, la cazuela, inquieta, movediza, bullanguera, sugiriendo la idea de una gran jaula de urracas. Más arriba, la raya sucia del paraiso.

Tras del telon, en la escena, los ejipcios y los negros de Amonasro confundidos, hablaban, se paseaban.

De pronto, sin reparo, eran llevados por delante; dos maquinistas cruzaban al trote con un trasto á cuestas, deshacían los grupos á empujones.

Al golpe de un martillazo se agregaba una blasfemia, el crujir de la madera alternaba con las risotadas y los gritos.

El director de escena trataba en vano de imponer silencio. El escenógrafo, parado bajo el arco de boca, observaba el efecto de un lienzo nuevo, combinaba la luz con el gasista.

Los amigos de la Empresa, entrometidos, estorbaban, se mezclaban al tumulto, de paso se les iba la mano con alguna bailarina, mientras en el confuso tropel de los últimos momentos, el toque de la campana, anunciando la hora, ahogaba el eco de la voz de los artistas que desde sus camarines se ensayaban:

—« Vea, mire como tiemblo, » dijo la

Amorini á Andrés, sola con este en su salita; y le alargó la mano, una mano cargada de sortijas, afilada, carnosa, blanda, suave.

Era cierto, le temblaba, estaba fria.

Él, sin contestar, se la apretó con dulzura:

—« Que vergüenza, tener miedo, vd.! » esclamó después afectando burlarse de ella.

—« Que quiere..... amor propio de artista!

Cuando se ha conquistado un nombre, se teme comprometerlo. Hoy, un debut me cuesta más que al principio de mi carrera. »

Y retirando con suavidad la mano que Andrés, lejos soltar, mantenía oprimida entre las suyas, fué y se sentó en frente, á pocos pasos.

Los ojos de aquel se detuvieron entonces en el pié de la primadonna, cuyos dedos se dibujaban calzados por los dedos de seda de la media, en la inflexion elegante de su pierna, á la vez esbelta y gruesa, que

el recojido de su pollera de Aida descubría hasta más arriba de la rodilla.

Andrés la analizaba con el golpe de vista seguro y rápido de los maestros, curiosa y encendida la mirada, y el pié, y los dedos del pié sobretodo, así ceñidos, apesar suyo lo atraían, secretamente provocaban su lascivia en un refinamiento de estravío sensual.

Pero ella:

—« Qué mira? » dijo encogiéndose de pronto y llevándose el vestido hacia adelante.

—« Lo que el público entero va á mirar....

Por qué me quiere privar á mí de lo que concede á todos?

—Oh! el público.... el público no me importa.... el público no es nadie por lo mismo que son todos.

Sola aquí con vd., es otra cosa.... no puedo.... me da vergüenza... » hizo la artista mimosamente, con una graciosa mueca de infantil coquetería.

La puerta acababa de abrirse empujada con violencia:

—« Marietta, Marietta mía, » entró diciendo muy aflijido Gorrini, « van á alzar el telon, estás ya pronta?

—Sí, estoy pronta ya, dí que pueden empezar, que voy al instante, » repuso aquella despidiendo con un gesto al « primo-donno. »

Luego, mientras delante del espejo, emocionada y nerviosa, daba el último toque á los detalles de su toilette:

—« Va á su palco?

—Cómo no.

—Sí, sí, vaya, lo miraré, su presencia me dará valor....

Aunque, nó, » cambió después bruscamente, « quédese, voy á cantar muy mal, lo siento; no vaya le suplico, si me silban no quiero que esté vd. »

Y dando un hondo y afanoso suspiro y apretándose el corazon como para que no se le saltara del pecho, salió envuelta

en un amplio chal que la sirviente al pasar le había echado sobre los hombros.

« Loca linda!... » pensó Andrés viéndola alejarse.

« Bueno.... qué más.... le haremos el gusto!...

Me iré á conversar con Solari. »

En la seguridad de encontrar á este, se dirijió á la sala de la empresa.

Era una pieza á la que el pasadizo de salida daba acceso y que había sido amueblada con trastos viejos del teatro.

Allí se refugiaba el empresario en las situaciones difíciles y allí estaba.

Sentado en un sillon monumental de yeso blanco con filetes amarillos, el tradicional sillon de los Alfonsos y de los Silva de antaño, encendía un cigarrillo negro, lo fumaba, lo mascaba, se le apagaba, lo volvía á encender, lo tiraba y sobre ese, empezaba otros.

Profundamente preocupado, ansioso, febriciente, esperaba el momento supremo

de la prueba, el fallo inapelable del soberano.

La primadonna, entretanto, acababa de entrar en escena.

Los aplausos de unos pocos saludándola, habían sido sofocados por un «pst!...» imponente, universal que sonó en el ámbito de la sala como si abriéndose las puertas de pronto, la hubiese cruzado una gran ráfaga de viento.

Tentado de mortificar al empresario, de divertirse un momento á costa de este, meciéndolo:

—«Hum!» empezó Andrés con un gesto de mal augurio, «parece, Dios me perdone, que el aumento de precios va haciendo su efecto....

—Quieren que me arruine, entonces, que yo no viva?

Quieren que les dé la crema de los artistas y no los quieren pagar!...

—Tambien tiene razon vd. en lo que dice....

Pero vaya á hacerle entender razones

al público.... No le entran ni á garrote; lo sangran y se enoja.

—Que me subvencionen.... esta es la cosa!...

—Claro.

—Natural....

—Ahí van á concluir.... » siguió Andrés llamando la atencion del empresario y aplicando el oído á los ecos perdidos de la escena, « aguarde..... á ver si aplauden.»

Nada. Hubo un silencio helado, sepulcral.

—« Francamente, yo soy furioso! » esclamó Solari clavando los ojos en el techo y tirando con rabia el pucho de su negro.

—« Deje de estarse aflijiendo antes de tiempo, hombre.... mire que es maula vd....

Ahora viene la romanza, espérese, puede que estalle la bomba. »

En efecto, al terminar Aida su frase: «*numi pietá del mio martir!* » el teatro entero, como sacudido por la descarga de

una pila, rompió en aplausos estruendosos, prolongados, repetidos.

Varias vezes la primadonna fué aclamada:

—«No le dije! si el público suele ser como mancarron bichoco; lo que necesita es que se le calienten las macetas.

—Vamos á ver nosotros tambien, ché, yo me entusiasmo!» y relampagueándole los ojos, el empresario, loco de alegría, corrió á su palco.

Durante los pasajes de efecto, se mostraba muy ufano. Mientras se cantaba el tercer acto, fué y ocupó la silla del medio.

Abierta y plácida la espresion de su semblante, cruzaba los brazos sobre el antepecho, inclinaba el cuerpo hacia adelante, enviaba á los artistas la caricia de sus miradas simpáticas y sonrientes, y volviendo la cara hácia la sala, orgulloso, como diciendo al público: «Qué tal!» él era el primero en batir palmas.

XVII

Hubo cena después de la funcion celebrando el triunfo.

En la sala de uno de los departamentos del primer piso, ocupado por la diva en el Hotel de la Paz, una mesa largamente servida había sido preparada.

La caoba de los muebles y la pana mordoré, las cortinas ajadas de un blanco sospechoso, las cenefas polvorientas, la luna turbia de los espejos, el reloj y los candelabros de zinc, los paños de crochet, la alfombra sucia y escupida,

todo ese tren inconexo y charro de ajuar de hotel, hasta el papel desteñido, desprendiéndose de las paredes por las esquinas, arriba, parecían afectar un aire alegre de fiesta en la profusa iluminacion de la vasta pieza.

El lugar de honor había sido destinado para Andrés.

Á la izquierda de la Amorini se sentaba el empresario.

En frente, á uno y otro lado del marido, la soprano ligero y la Machi.

Venían después, *pêle-mêle,* Grassi, los demás artistas de la compañía y algunos italianos amigos de Solari.

El obsequio ofrecido por Andrés á la Amorini, espuesto en una de las cabezeras del salon, monopolizaba las miradas, fué, durante los primeros momentos, el tema obligado de la conversacion:

Sobre un simple pié de boj, una cinta volante de violetas. En medio, las iniciales de la artista. Las letras eran de camelias blancas; los puntos, dos enormes solitarios de brillantes.

Gorrini, placentero, esplicaba, insistía en alta voz sobre los detalles, elogiaba el esquisito gusto de Andrés; los hombres y las mujeres contemplaban atraídos.

La Machi sobre todo, seducida, subyugada, como si la fuerza de un misterioso iman irresistiblemente determinara el movimiento de sus ojos, solo los apartaba de las piedras para fijarlos sobre Andrés.

En la espresion absorta de su rostro, algo como un mal encubierto reflejo de celos y de envidia parecía asomar.

El fuego de su mirada negra se velaba por momentos, su boca, malamente contraida en una tiesura de los labios, en vano se esforzaba por mostrarse risueña y complacida.

Y las piedras brillaban como dos pedazos del sol entrando por el agujero de una llave...

Andrés, sin detenerse en aquella muda escena, sin que se le ocurriese sospechar siquiera las impresiones que agi-

taban á su *vis-a-vis*, tranquilamente había empezado á tomar unas cucharadas de caldo.

De pronto, sintió que un pié tocaba el suyo, como solicitando su atencion. La Amorini, inclinada, murmuraba disimulando sus palabras:

—«Observe á la Machi, sufre, la rabia la devora.

—Sufre?... por qué,» preguntó Andrés del todo ageno á las pequeñas miserias de aquella guerra entre mujeres.

«Por qué?

Nada más que porque Vd. ha tenido la fineza de ser galante conmigo y ella, la pobre! no ha recibido ni una flor.

Porque es así no más, porque es mala y porque me odia.

—Sí?» repuso él maquinalmente, distraido por el espresivo avanze de su vecina, mientras resuelto á no dejar pasar la ocasion que de suyo se le brindaba, adelantaba su pierna hasta rozar primero, hasta oprimir después la

pierna de la prima donna, que ella no retiró.

Sin embargo, la conversacion había empezado á animarse haciéndose general.

Se habló, naturalmente, de teatros y de artistas. Todos eran malos, detestables, infames, con escepcion de los presentes.

Guadagno se proclamó sencillamente el primer tenor del siglo.

Solari, muy formal, aseguró que él había tenido el talento de reunir la flor y nata de los cantores.

La Scala y Colon eran hoy las dos primeras escenas líricas del orbe; Buenos Aires, el Petersburgo del arte musical.

Los elogios se prodigaban, los parabienes se cruzaban.

Se insistió acerca del éxito soberbio del estreno, bebiéndose á él muchas copas de Champagne.

La interpretacion del papel de Aida fué

objeto, por parte de los amigos italianos, de felicitaciones ardientes y entusiastas, que la Amorini, indolentemente apoyada al respaldar de su silla, se dignaba acojer con una benévola sonrisa de satisfaccion en los labios.

El intenso sacudimiento nervioso de una noche de debut, el natural sentimiento de orgullo por el triunfo alcanzado, acaso la presencia de un hombre como Andrés, despertando todos sus secretos instintos de mujer en esos momentos de dulce y profunda lasitud que siguen al lleno de las grandes aspiraciones, daban á su semblante, á su actitud, á los movimientos blandos de su cuerpo, á sus posturas pegajosas de gata morronga, un esquisilo sabor sensual.

Su boca entreabierta, mostrando el esmalte blanco y húmedo de los dientes, era una irresistible tentacion de besos, sus ojos cansados, ojerosos, un manantial de lujuria.

Algo como el acre y estimulante aròma

de las flores manoseadas se desprendía de toda su persona.

Pero Andrés, para quien las palabras de la prima donna habían sido una especie de alerta, halagado en su amor propio, á la vez que estimulado por la belleza tosca y vulgar de la contralto, directamente había empezado á responder á las marcadas insinuaciones de que se veía objeto, diciéndose que no era en suma de despreciar aquel mazizo pedazo de carne.

Sin amor, sin querer, sin poder tenerlo, apenas movido por un débil interés carnal, esa y la otra y todas eran lo mismo.

Buscaba solo en el favor de las mujeres, de cualquiera mujer una mera distraccion, una tregua, siquiera fuese pasajera, al negro cortejo de sus ideas, al tormento de su obsesion moral.

Avezado, por lo demás, hecho á ese género de empresas, iniciado en todos los secretos resortes del amor ligero, llevaba á tambor batiente su campaña.

Mientras, dueño del campo por un lado, enredaba entre las suyas las piernas de la soprano, arrojaba á la contralto el dardo agudo de sus miradas, derramaba sobre ella, como un fluido misterioso, el irresistible hechizo de sus ojos, que en su elocuencia muda encerraban, un mundo de promesas.

Pero, de pronto, desprendiéndose de Andrés en un movimiento brusco:

«*D'uno spergiuro non ti macchiar; prode t'amai; non t'amerei spergiuro!*» lanzó la primera de aquellas dos mujeres modulando rabiosamente la frase del maestro, haciendo vibrar en su voz todo el profundo acento de despecho de que en ese instante se sentía dominada;

—«*Brava, brava!*» esclamaron los otros en coro, estraños á la causa de aquella insólita esplosion y creyendo en una reminiscencia de artista orgullosa de su triunfo, «*magníficamente*, prosiga Vd. señora Amorini.

—Cómo es eso de prosiga Vd!» intervino Solari con viveza, haciendo pesar sus derechos de empresario, *niente affato!* mañana hay funcion.

—Ya que el señor Solari se opone á que yo cante, toque Vd. señorita Machi, Vd. que es una completa profesora en *todo*,» dijo entonces la prima donna apoyando con marcada intencion sobre la última palabra.

Luego, mientras los invitados abandonaban sus asientos y en grupos rodeaban el piano, donde la contralto correctamente había empezado á preludiar, estrechando á Andrés bajo el arco de una ventana:

—«No quiero» dijo la Amorini con voz precipitada y seca, «que vuelva Vd. á mirar á la Machi como lo acaba de estar haciendo.

—Yo, señora!

—Oh! es inútil que finja.

Los he estado observando y he visto todo.

—Y bien, suponiendo que así sea,» repuso Andrés sin rodeos, decidido á tomar la plaza por asalto, á sacar partido del estado de nerviosa exaltacion en que se hallaba la artista, «si accedo á lo que me pide, qué me va á dar Vd. en cambio?

—Todo, con tal de que no vuelva á hacer el amor á esa mujer.

—Deveras, todo?

—Todo,» repitió ella con firmeza.

—« Espéreme sola mañana aquí.

—Y mi marido?

—Despídalo con un pretesto cualquiera.

—Sola, aquí, en un hotel!...

Nos pueden sorprender, es imposible.

—Salga, en tal caso.

—Adónde?

—Mire, tenga confianza en mí.

Mañana, á la hora que Vd. me indique, un carruaje la va á aguardar allí, á la vuelta, frente á la pared del con-

vento,» dijo Andrés designando la calle de Reconquista.

—« Mañana no; mañana canto.

—Pasado mañana, entonces, á las tres.

—Pasado mañana, sea,» esclamó ella como resolviéndose de pronto, después de un momento de vacilacion y de duda.

« Pero, me promete, no es verdad, me jura ser mio, esclusivamente mio? » insistió apretándole la mano con pasion.

—« Se lo juro. »

XVIII

En la calle de Caseros, frente al zanjeado de una quinta, había un casucho de tejas medio en ruinas.

Sobre la madera apolillada de sus ventanas toscas y chicas, se distinguían aun los restos solapados de la pintura colorada del tiempo de Rosas.

Sin salida á la calle, un porton contiguo daba acceso al terreno cercado todo de pared y comunicando con el cual tenía la casa una puerta sola.

Por ella, se entraba á una de las dos

únicas habitaciones del frente, cuyo interior hacía contraste con el aspecto miserable que de afuera el edificio presentaba.

Era una sala cuadrada grande, de un lujo fantástico, opulento, un lujo á la vez de mundano refinado y de artista caprichoso.

El pié se hundía en una espesa alfombra de Esmirna.

Alrededor, contra las paredes, cubiertas de arriba abajo por viejas tapizerías de seda de la China, varios divanes se veían de un antiguo tejido turco.

Hacia el medio de la pieza, en mármol de Carrara, un grupo de Júpiter y Leda de tamaño natural.

Acá y allá, sobre piés de onix, otros mármoles, reproducciones de bronces obcenos de Pompeya, almohadones orientales arrojados al azar, sin órden por el suelo, mientras en una alcoba contigua, bajo los pesados pliegues de un cortinado de lampás *vieil or*, la cama

se perdía, una cama colchada de raso negro, ancha, baja, blanda.

Al lado, el cuarto de baño al que una puerta secreta practicada junto á la alcoba conducía, era tapizado de negro todo, como para que resaltara más la blancura de la piel.

Sobre uno de los frentes, un gran tocador de ébano mostraba mil pequeños objetos de *toilette:* tijeras, pinzas, peines, frascos, filas de cepillos de marfil.

Allí recibía Andrés á sus amigas; allí esperó á la Amorini.

Al subsiguiente dia de la cena y poco después de la hora fijada, el porton, abierto de par en par, se cerraba sobre un carruaje de alquiler que acababa de entrar.

Andrés, saliendo de la casa corrió á abrir la portezuela.

Pero como la prima donna, que en aquel llegaba, recelosa ante el aspecto poco hospitalario del sitio, mirando con desconfianza titubeara:

—«Venga,.... no tema....» esclamó Andrés alargándole la mano para ayudarla á bajar.

Tuvo, al poner el pié en el umbral, un gesto de sorpresa:

—«Por qué tan lindo aquí y tan feo afuera?

—Porque es inútil que afuera sepan lo que hay adentro.

—Vd. vive aquí?

—A ratos,» dijo Andrés y se sonrió.

Algunos instantes trascurrieron en la inspeccion curiosa del recinto; en el cuarto del toilette, en el exámen minucioso de las telas, de los bronces, de los mármoles, de las riquezas acumuladas por Andrés.

Por fin, después de haber entornado los postigos al pasar cerca de la ventana, delicadamente tomó aquel de la cintura á la Amorini y la sentó en un divan.

Le desató la cinta de la gorra, el tapado, empezó á sacarle los guantes.

Entonces, con aire pesaroso, en un aparente tono de tristeza, como si arrepentida de lo que había hecho, un remordimiento la asaltara:

—«Qué va á pensar Vd. de mí,» empezó ella desviándole la mano con dulzura, «qué va á creer?

Va á figurarse sin duda que yo soy como las otras, como una de tantas mujeres de teatro...»

Un beso audaz, traidor, uno de esos besos que se entran hasta lo hondo, sacuden y desarman á las mujeres, cortó de pronto la palabra en los labios de la artista.

Estremecida, deliciosamente entrecerró los ojos.

Andrés continuaba besándola. Le besaba la cara, las orejas, la nuca, le chupaba los labios con pasion, mientras poco á poco, sobrescitándose él tambien, en el apuro de sus dedos torpes de hombre, groseramente le desprendía el vestido, hacía saltar los broches rotos del corsé.

Ella, caída de espaldas, encojida, murmuraba frases sueltas:

«No,... déjeme... mi marido... me hace daño... no quiero!....»

Débilmente entretanto se defendía, con la voluntad secreta de ceder, oponía apenas una sombra de resistencia.

Medio desnuda ya, Andrés la abrazó del talle y la alzó.

Sin violencia la prima donna se dejó arrastrar hasta la alcoba. Los dos rodaron sobre la cama.

El seguía, despojándola del estorbo de sus ropas. Ella ahora le ayudaba. Enardecida, inflamada, febriciente, arrojaba lejos al suelo la bata, la pollera, el corsé, se bajaba las enaguas.

Era un fuego.

Arqueada, tirante en la cama, encendido el rostro, los ojos enredados, afanoso y corto el resuello, abandonada á las caricias locas de su amante, su boca entreabierta y seca, la comba erizada de su pecho, su cuerpo todo entero.

«Más....» murmuraba agitada, palpitante, como palpitan las hojas sacudidas por el viento, «más....» repetía con voz trémula y ahogada, «te amo, te adoro.... más....» ávida, sedienta, insaciable aun en las espasmos supremos del amor.

XIX

Locamente enamorada de su amante, presa de uno de esos sentimientos intensos, repentinos, que tienen su esplicacion en la naturaleza misma de ciertos temperamentos de mujer, sin reservas la prima donna se había dado á su pasion, y las citas en la casa de la calle de Caseros se repetían con más frecuencia cada vez.

No era, como al principio, de tarde en tarde, si sus tareas del teatro llegaban á dejarla libre, en las noches en que no le tocaba cantar, cuando los ensayos no reclamaban su presencia.

Era todos los dias, durante horas en-

teras; siempre, sin descanso, una fiebre, un arrebato, una delirante orgía, una eterna bacanal.

Andrés, sin embargo, harto de aquella vida, profundamente disgustado ya:

« Cuánto más fácil es hacerse de una mujer que deshacerse de ella! » pensaba un dia, mientras recostado sobre uno de sus codos, arrojando el humo de un cigarrillo, friamente contemplaba á la Amorini en una de sus entrevistas con él.

La prima donna, después de haber pasado largas horas en brazos de su amante, se vestía.

Qué lejos estaba el momento en que el cuerpo de su querida, ese cuerpo que hoy miraba con glacial indiferencia, había tenido el lúbrico poder de despertar sus deseos adormecidos!

Y recordó la noche del debut, los detalles de la escena en el camarin de la cantora, las frases tiernas, las miradas, los apretones de mano cambiados en los silencios elocuentes del principio.

La veía sentada como ahora enfrente de él, envuelta entre los pliegues caprichosos de su fantástico trage, mostrando el mórbido y provocante contorno de su pierna, su pié pequeño y arqueado, cuyos dedos, como dedos desnudos de mulata, tan estrañadamente habían llegado á conmoverlo.

Sentada como ahora....

Y, sin embargo, qué diferencia enorme, cuánto cambio en quince dias!

Por qué, qué causa había podido determinar en él tan rápida transicion?

Era el suyo uno de tantos tristes desengaños, la realidad brutal, repugnante á vezes, descorriendo el velo de la fantasía, disipando el misterioso encanto de lo desconocido?

No. Jóven, linda, apasionada, ardiente, rodeada como de una aureola del prestigio de la escena, qué más podía pedir un hombre como él á su querida.

Y en presencia de aquel espléndido cuerpo de mujer revelando sus encantos,

ostentando todo su inmenso poder de seduccion, como haciendo alarde de sus galas infinitas, deslumbrado, humillado, vencido, volvía contra él sus propias armas.

Sí, él, él, no ella,

Nada en el mundo le halagaba ya, le sonreía; decididamente nada lo vinculaba á la tierra. Ni ambicion, ni poder, ni gloria, ni hogar, ni amor, nada le importaba, nada quería, nada poseía, nada sentía.

En su ardor, en su loco afan por apurar los gozes terrenales, todos los secretos resortes de su ser se habían gastado como se gasta una máquina que tiene de contínuo sus fuegos encendidos.

Desalentado, rendido, postrado andaba al azar, sin rumbo, en la noche negra y helada de su vida....

Pero, entonces, por qué andar; por qué vivir?

Y la idea del suicidio, como una puerta que se abre de pronto entre tinieblas, atrayente, tentadora, por primera vez cruzó su mente enferma.

Matarse....

Sí, era una solucion, una salida, un medio seguro y fácil de acabar....

Pero la Amorini, vestida ya, había pasado al cuarto de toilette:

—« Tengo un proyecto, Andrés mio, » esclamó parada delante del tocador.

La enorme masa de su cabellera desgreñada y suelta, había caido como una negra túnica de pieles en derredor de su busto, se peinaba.

—« Proyecto, dices? » hizo Andrés maquinalmente arrancado á sus tristes reflecciones por la voz de su querida.

—« Ah! pero un proyecto espléndido, magnífico! »

Esa noche, 25 de Mayo, había funcion; por primera vez en el año se cantaba « Los Hugonotes. »

Ella iría al teatro temprano: él por su lado iría tambien, entraría y, antes de que encendieran las luzes, se metería en su palco sin ser visto.

—« Y?

—Y, no comprendes?

Es bien sencillo, sin embargo, correré á darte mil besos, tendré la inmensa dicha de ser tuya un instante más, en secreto, entre las sombras, como dos enamorados que se aman por primera vez.

Qué buena farsa para los otros!...

Lástima, deveras, que no esté el teatro lleno!» agregó soltando el alegre estallido de una carcajada.

« No te parece original y tierno y poético á la vez?

—Uf!... » hizo él despacio.

Luego, en alta voz:

—« Me parece simplemente un desatino.

—Un desatino..... y por qué? » se apresuró á protestar la artista volviendo de la pieza contigua y sentándose sobre el borde de la cama, junto á Andrés.

—« Porque pudiendo vernos aquí libre y tranquilamente, nó sé porqué nos toma-

ríamos la molestia de ir á hacerlo en el teatro ú otra parte.

—Sí, sí, te ruego, no seas malo, dí que sí....

—Imposible.

Como hoy con amigos en el café de Paris.

—Busca una escusa ó vé á comer después.

Tus amigos te esperarán.

—No; es un capricho tonto el tuyo, No quiero.

—Y bien, suponiendo que así sea..... no puedo tener un capricho, por ventura, un antojo, y si quiero yo....?

Qué te cuesta complacerme, complacer á tu mujercita que tanto te ama!....» insistió con caricias en la voz, mimosamente, inclinada sobre Andrés, pasándole la mano por el pelo y envolviéndolo en el perfume tibio de su aliento.

—« Pueden vernos, descubrirnos....

—Quién, si no hay nadie en el teatro á esa hora?

—Cualquiera, tu marido por ejemplo.

—Oh! mi marido.... no te preocupes por tan poco: no estorba, ese.

Tiene mucho qué hacer á la hora á que voy al teatro yo; come á las seis.»

Pero, como asaltada de improviso por una idea:

—«Qué, tendrías miedo, serías un cobarde tú.... » prosiguió mirando de cerca á su querido, fijamente, con la marcada intencion de herirlo.

« Miedo yo, de tu marido!... »

Y una sonrisa de soberano desprecio asomó á los labios de Andrés.

Luego, acentuando sus palabras con un gesto de resignacion y de fastidio profundo:

« Bueno.... iré!...» dijo accediendo por fin.

XX

Hacía un tiempo seco y frío.

Después de haber llovido todo el día, una de esas lluvias sordas, en uno de esos dias sucios de nordeste, el pampero, impetuosamente, como abre brecha una bala de cañon, había partido en mil pedazos la inmensa bóveda gris.

Las nubes, como echadas á empujones, corrían huyendo de su azote formidable, mientras bajo un cielo turquí, reanimada por el aliento virgen de la pampa, la ciudad, al caer la noche, parecía envuelta en un alegre crepúsculo de aurora.

Agitada, bulliciosa, la poblacion había invadido las calles.

En masa, como las aguas negras de un canal, iba á derramarse á la plaza de la Victoria, desfilaba á ver los fuegos.

Fiel á la tradicion, el barrio del alto invadía las galerías de Cabildo, la Recoba, las veredas.

Los balcones, las azoteas, se coronaban á su vez.

Abajo, entre el tumulto, los italianos de la Boca, encorbatados, arrastraban á sus mujeres, cargaban á sus hijos.

Dos bandas de música tocaban. La Catedral, la Pirámide, la plaza toda, resplandecía suntuosamente, en un deslumbramiento de gran café cantante, y mientras los cohetes voladores estallaban semejantes á las chispas de algun enorme brasero, los muchachos alborotados, en pandilla, disparaban á agarrar las cañas.

Insensible al encanto de las fiestas populares, antipático al vulgo por instinto, enemigo nato de las muchedumbres, An-

drés penosamente iba cruzando por lo más espeso del monton.

Exasperado, maldecía, blasfemaba.

No obstante su descreimiento, su manera de encarar las cosas y la vida, se decía que algo más soñaron acaso merecerse los revolucionarios argentinos, que lo que, en la exacerbacion violenta de su espíritu, calificaba de indecente mamarracho.

Por fin, codeado, estrujado, pisoteado, llegó al teatro.

Un grupo de coristas y comparsas estacionaba en la puerta.

De la boletería salía un olor rancio á viandas.

Sin detenerse, siguió Andrés por el zaguan, desierto en aquel instante y negro como una cueva.

Allá, solamente, en el fondo, á media luz, un pico de gas pestañeaba en la corriente de aire.

Mientras iba avanzando y cerca ya de la escena, le pareció que un rumor llegaba hasta él.

Apurado, sin mirar, dió vuelta y entró á su palco donde poco después se le fué á reunir la prima donna:

—«Hace mucho que viniste?» preguntó á esta.

—«Nó, recien en este momento llego, por qué?

—Porque me había parecido oir antes como el roze de un vestido.»

No hablaron más.

Y las escenas de la calle de Caseros, en el gran silencio del teatro despoblado, tornaron á repetirse.

Pero una voz sonó de pronto:

«Dónde está mi mujer?

Era Gorrini que interpelaba á la sirviente, la que sin saber qué contestar, turbada, tartamudeaba.

«Dónde está mi mujer?» repitió aquél duramente, fuerte.

Entonces, abriéndose la puerta del camarin contiguo—el camarin de la contralto:

—« Busca vd. á su señora, señor Gorrini? » esclamó esta en un tono incisivo de ironía, con inflexiones perversas en la voz.

Y sin dar tiempo á que el otro hablara.

« Me parece que la he visto entrar allí » agregó saliendo al pasadizo y apuntando al palco de Andrés.

—« Ah!..» se limitó á hacer el marido y, comprendiendo, llevó el cuerpo hacia adelante con marcada intencion de retirarse.

Pero bruscamente se detuvo, pareció reflexionar y ante una sonrisa que fué un chuzazo en boca de la contralto, estrechado, entre la espada y la pared, estalló al fin é hizo una escena.

Llamó, gritó, pateó, entró al camarin, volvió á salir, corrió por último á golpear la puerta del palco:

«Dónde está mi mujer. Marietta... Marietta... abran, *corpo della madonna!*...no hay nadie aquí?.... »

Irritado apesar suyo, sin querer estarlo, sin darse cuenta de que lo estaba, mareado,

entusiasmado como se entusiasman los cobardes, al eco guerrero de su propia voz, sacudía la puerta con violencia.

Andrés, entretanto, conservando una perfecta sangre fría:

«Ni hables, ni te muevas,» murmuró al oído de su querida, mientras la empujaba al otro estremo, contra la reja del palco.

Luego, abriendo la puerta:

—«Estoy yo,» esclamó cuadrado en el umbral, «qué se le ofrece?

—Mi mujer?...

—A mí me pregunta por ella!

Esplíqueme más bien con qué derecho se permite vd. venir á meter las narizes donde nadie lo llama.

—Busco á mi mujer...

—Y qué tengo yo que hacer con su mujer!

Vaya á buscarla á otra parte, si se le ha perdido.

—Es que me habían dicho...

—Qué le han dicho.... qué me importa á mi lo que le hayan dicho!...

—Perdone... disculpe vd.,. yo creía...» repuso Gorrini balbuciente, batiendo en retirada, visiblemente desconcertado ante el aplomo de Andrés.

Todo parecía, pues, concluir allí, el peligro haber sido conjurado, cuando en mala hora para la primadonna, el marido, al volverse, alcanzó á verla cruzar corriendo el escenario.

Dominada por el miedo, confundida, había abierto la reja creyendo poder escapar por ese lado:

«Infame!» voziferó Gorrini y furioso, hizo ademan de arrojarse sobre la cantora.

Pero fuertemente Andrés lo había detenido ya del brazo:

—«Salga,» le dijo queriendo por lo menos evitar el escándalo en el teatro, «venga conmigo, nos esplicaremos afuera.»

Y en la creencia de que el otro lo seguiría, por entre un grupo de artistas, músicos y coristas que habían ido llegando y que atraídos por los gritos se juntaban, precipitadamente salió él mismo.

En vano en la calle esperó cinco, diez minutos; el otro no aparecía.

Tuvo entonces una idea: ir al Café de Paris donde sus amigos comían, y encargar á alguno de ellos del asunto.

XXI

Se empeñaba en desafiar á Gorrini:

—«Pues señor, esto si que está gracioso, le soplas un par de bravos cuernos y, como si no le bastara al infeliz, pretendes ahora agujerearle el cuero!» dijo uno de los de la rueda, el conocido más viejo y más íntimo de Andrés, una antigua camaradería de colegio.

Háganme vds. el favor,» continuó dirigiéndose á los otros, afectando tomarlo á risa y á juguete, «bonito papel iba á hacer su escelencia, lucido iba á quedar saliendo

á romper lanzas en descomunal combate, nada menos que con todo un señor primo donno!...

No te faltaba otra cosa para acabar de acreditarte ante el respetable público....

Hombre, hombre, si eso ni decente es, ni serio, ni racional siquiera.

—Me tiene caliente el italiano.

—Has comido?

—No.

—Claro, pues, estás hablando de hambre...

Atempérese S. E. tome asiento, coma y déjeme hacer.

Ya verás cómo sin necesidad de que corra ni tampoco una sola gota de sangre, te arreglo yo el negocio en tres por cuatro. Gorrini es mi grande y buen amigo; respondo de todo.

—Aquí no hay más arreglo ni más nada que romperle el alma al tipo ese.

—Siempre estarás en tiempo para hacerlo, nada pierdes con esperar.»

Los otros, á su vez, intervinieron, trataron de calmar, de disuadir á Andrés.

Él se obstinaba, rabioso, con una espresion arisca en la mirada, presa de una sorda crispacion nerviosa.

Al fin, de mala gana, obsedido, acabó por consentir. Pero era valor entendido que, no solo no daba esplicaciones, sinó que por el contrario las exigía por haber tenido el otro la audacia y la insolencia, decía, de ir á golpearle el palco.

XXII

Una hora más tarde, el oficioso interventor cruzaba la calle, subía las escaleras del «Hotel de la Paz» y llamaba á la puerta de Gorrini.

—«Conozco, señor,» empezó por declarar á este muy serio, después de un espresivo y silencioso apreton de manos, «el desgraciado incidente de esta tarde.

Debo agregar que Andrés, muy prevenido contra vd., ignora por completo el paso que me he permitido dar.

Si aquí he venido, es tan solo obede-

ciendo á inspiraciones propias y en el deseo de evitar las deplorables consecuencias á que, mal interpretado, podría arrastrar un acto de su señora, impremeditado, indiscreto si se quiere, pero perfectamente correcto en sí mismo.

—Oh, señor!» hizo Gorrini muy digno, alzando el brazo en un elecuente gesto de protesta.

Sí, cierto; tenía mil veces razon, las apariencias condenaban á Andrés y á la Amorini y sin embargo nada más natural, nada en el fondo más sencillo ni más fácil de esplicar, que lo que entre ambos había pasado.

La serenidad y la calma cuadraban bien en ciertas situaciones de la vida, la pasion solía ser un pésimo consejero, las cosas más vulgares y más simples bastaban muchas vezes á poner de manifiesto lo que, en un primer momento podía ofrecerse al espíritu ofuscado, afectando caracteres y colores muy diversos....

—«Pero, en fin, señor, que es lo que quie-

re vd. decir... podré saberlo?» interrumpió Gorrini dando visibles muestras de impaciencia.

—«Esto, sencillamente, y me consta, porque jamás tuvo Andrés secretos para mí y porque soy su íntimo amigo.

Si algo pues existiera entre la señora Amorini y él, yo sería el primero en conocerlo.»

Había dispuesto ciertos arreglos en su palco. Yendo á comer al Café de Paris, de paso, se le ocurrió ver lo que había hecho el tapizero, y entró al teatro.

Mientras abría el palco, desde la puerta de su camarin atinó á distinguirlo la Amorini que en ese instante acababa de llegar.

Buenamente se acercó, hablaron, se pusieron ambos á conversar de cosas sin importancia, cuando, de pronto, oyendo que la voz de Gorrini la llamaba, sorprendida y temerosa á la vez de que fuera censurada su conducta, de que su inocente entrevista en aquel lugar del teatro oscuro

y solitario, despertara las sospechas de su esposo, bruscamente, en un primer arranque irreflexivo, entró al palco y se ocultó, no obstante las instancias en contrario y las observaciones de Andrés.

Después, era tarde ya; volver sobre la imprudencia cometida habría sido declararse delincuentes sin razon.

Qué hacer, cómo salvarla, cuál era el deber de Andrés?

Claro, negar que allí estuviera. No le quedaba otro camino y fué lo que hizo.

Lo demás, el marido lo sabía.

Hubo un silencio incómodo, violento.

Los dos, perplejos, habían bajado la cabeza, evitaban el encuentro de sus miradas.

Pero Gorrini, al fin, poniéndose de pié:

—«Gracias, gracias... es vd. un caballero, un completo caballero... vd. sí!...» esclamó súbitamente.

Se había apoderado de las manos de su interlocutor. En una vehemencia de espansion, calorosameute las sacudía.

Luego, con paso agitado y seco, púsose á caminar largo á largo por el cuarto, empezó á lamentarse en alta voz.

Todo era inútil, todo para él había concluido en el mundo, el terrible golpe que acababa de sufrir lo dejaba postrado para siempre, la infame lo había hecho eternamente desdichado, en un momento había echado por tierra sus mas gratas ilusiones, envenenado su existencia, cubierto su nombre de ignominia, lo había traidoramente escarnecido, deshonrado á él, un noble, un conde, un hijo de ilustre raza, á él que todo lo abandonara, porvenir, familia, patria, que todo sacrificara por ella... y tanto que la había querido... infame, infame, infame!....

XXIII

Solari declaraba que la verdadera víctima era él.

Que el buen nombre de su teatro, la reputacion de sus artistas, sufriría con todo aquello, que la historia, corregida y aumentada, corría ya de boca en boca, que la compañía se desacreditaba á los ojos del público, y que quien, en fin de cuentas, salía perdiendo, era el empresario.

Para eso servían los amigos!....

Se preparaba á quebrar con Andrés, á recibirlo con una piedra en cada mano.

No quería saber más nada, tener tratos ni contratos con él; estaba cansado de que, de puro bueno, lo esplotaran.

Inquieto y movedizo como una fiera enjaulada, esperaba á Andrés en la sala de la Empresa.

Al ver que, una vez terminada la funcion, salía este del brazo de la prima donna, fué y se le puso por delante:

—«Adónde van vds?

—A dormir,» repuso Andrés «supongo que ya es hora.

—Así, juntos los dos se retiran?

—Y de ahí, que hay con eso?

—Quisiera decirle, una palabra Andrés,» prosiguió con reserva el empresario, «vd. permite señora Amorini?...

—*Faccia pure....*»

Se lo llevó aparte y en voz baja:

—«Hace mal en andar con esta.

He hablado con Gorrini, yo no respondo de nada si llegan vds. á encontrarse.... Se lo aviso como amigo, no vaya á suceder

alguna desgracia sea prudente, el hombre está furioso, es una tigra!...

—Tigra dice?» esclamó Andrés soltando una carcajada, diga más bien un carnero!...

Y á la vista y paciencia de todos salió con la cantora y se la llevó á dormir á su casa.

Al día siguiente el marido se embarcaba.... á esperar á su muger en Rio Janeiro.

Fecha

XXIV

Llevado por un sentimiento de pundonor, siguió Andrés, arrastrando la cadena de sus amores, fué el amante titular de la Amorini durante el resto de la temporada, viviendo confesadamente con ella en el hotel.

La comunidad de esa vida, las mil pequeñas miserias de la existencia, palpadas en la estrecha intimidad de cada instante, desvaneciendo hasta la más remota sombra de una ilusion, poco á poco colmaron la medida, acabaron por operar en él una total trasformacion.

Una de esas hostilidades sordas, implacables, se declaró contra la artista en el ánimo de Andrés.

La indiferencia del principio, el cansancio, el empalago que el amoroso ardor de su querida llegara á producirle, inconcientemente se habían trocado al fin en una antipatía invencible, en una aversion profunda.

Era mala, ruin, ordinaria, vulgar.

Sin dotes, sin talento, sin esos arranques secretos y misteriosos del alma, sin esa esquisita susceptibilidad nerviosa que enciende la chispa inspiradora, el fuego á cuyo calor brotan y se abren bajo otro cielo las sensitivas sublimes del arte, cantaba como cantan los bachichas, por oficio, porque sí, probablemente porque habiendo abierto la boca un día, descubrió que tenía voz.

En « Lucrezia », se abocaba furiosa con Maffio y con los otros, al pronunciar la frase: *Nessuno in questa sala....*

En «Faust», se remilgaba toda, se fruncía para decir: *vanarella sono adessa.*

Repetía las cosas al reves, como lora, no le daba, no caía, no entendía, era decididamente una bruta!....

Y hasta era fea: tenía los ojos metidos en la nuca, la punta de la nariz medio de lado, las orejas mal hechas, la boca grande, los brazos flacos y las piernas peludas, como piernas de hombre.

Todo en ella había concluido por darle en cara, por cargarle, le chocaba, lo exasperaba.

Sus gestos, su figura, sus palabras, el eco de su voz, su modo de sentarse, de estar, de caminar.

En la mesa olía la comida y usaba escarbadientes.

Además, era zurda y le daba por querer hablar en español, por llamar á Andrés *anquel* mío, *marrido mío*, *querrido* mío, y por preguntarle si él tambien la *amava*, de noche, en la cama.

Había momentos en qué tentaciones brutales lo acometían: estrujarla, estropearla, insultarla, matarla y matarse él.....

Qué ganaba con vivir, para qué servía?.... llegaba á esclamar acariciando más y más la idea de acabar por pegarse un tiro, familiarizado ahora con ella.

Sí, desahogar su rabia por algun acto salvaje de violencia, vengarse de su suerte en su querida.

Pero una invencible y oculta repugnancia, un pudor de hombre lo contenía, desarmaba su brazo una súbita compasion.

Infeliz, qué culpa tenía!..... quererlo?.....

Y arrepentido, irritado contra él mismo, humillado á la idea de su propia indignidad, pacientemente se resignaba á esperar.

No sería eterno su tormento, en suma, tendría un fin....

Solari iría á abrir el teatro en Rio Janeiro; tarde ó temprano se vería libre de ella.

XXV

Buscaba entretanto mil pretestos para poder alejarse de su lado, le rehuía, mintiendo ocupaciones y quehaceres, trataba de pasar sus días fuera del hotel.

Alegaba deberes, compromisos, enfermos de su familia, amigos que se ausentaban, negocios que no hacía, citas, entrevistas, asuntos en la Bolsa que no pisaba jamás.

Se encerraba en su casa; no leía.

Esclusivista intratable, nada admitía que no fuera de su escuela, para él, no

había mas Dios, ni más santos que los suyos.

Quería que se cortara por lo sano, en carne cruda, verdad, realidad, vida.

Lo demás, era como asistir á una funcion de títeres, espectáculo bueno para idiotas y muchachos.

Apenas, de tarde en tarde, le era dado saborear algun primor, la última novedad, el último rasgo de alguno de los maestros.

Maquinalmente, donde el movimiento automático de sus piernas lo llevaba, en su escritorio, en su sala, se dejaba estar.

Por qué se quedaba allí, qué hacía?

Nada, no se daba cuenta, no sabía.

(Era como un abotagamiento, como un letargo intelectual, pero un letargo conciente, no dormía y sin embargo no pensaba, la vida animal solo persistía, semejante á una máquina en reposo que tuviera encendidas sus hogueras.)

Una vaga y misteriosa melancolía parecía flotar en la atmósfera de aquella

casa inhabitada de soltero. Dominaba una impresion de soledad, de tumba, entre aquellos muros encerrados; los muebles severos, viejos; lóbregas, oscuras las alfombras; las colgaduras sombrías, las tapizerías antiguas de Beavais desvanecidas, sin color, como ostentando en sus tintas desteñidas las canas de su edad.

Andrés, de pronto, salía.

En un anhelo de movimiento, en un deseo, en una necesidad de ruido y de tumulto, vagaba por las calles más centrales.

Pasaba por el club; la fuerza de la costumbre lo hacía entrar.

Nadie había á esa hora, ó á nadie hablaba.

Los altos de diarios, alineados sobre la larga mesa de la sala de lectura, solían tentarlo alguna vez. Los abría, trataba de recorrerlos; pero bruscamente los hacía luego á un lado arrugando el papel con un gesto de impaciencia; se ocupaban solo de política y la política—un

mercado de conciencias en la plaza de la República—le había inspirado siempre la repugnancia más franca y más cordial.

Daba órden de atar; llegaba hasta Palermo.

Aquel ridículo etalage, aquella rueda de gente en coche, yendo y viniendo, girando apeñuzcada entre polvo, impensadamente despertaba en él la idea de un remolino de hacienda resabiada.

Los cocheros de bigote eran su bestia negra, no los pasaba, no los podía sufrir.....

Canallas y todos tenían bigote!.....

Se volvía.

A duras penas se arrastraba así hasta la hora de comer y de ir al teatro.

Durante la funcion, por verse libre de mirar á la Amorini y por no oírla, se metía en el escritorio de la Empresa; bebía cerveza y hasta fumaba negros con Solari.

Pero á Solari ahora, le había dado por burlarse de él, lo miraba con cara de

risa y le palmeaba familiarmente las espaldas, diciéndole: mi primodonno.

Irritado, exacerbado, salía entonces á la calle, iba á otros teatros, estaba diez minutos y se mandaba mudar dado á los diablos, renegando contra las empresas, llamando perros á los artistas.

Caía al Club después de media noche, al baccará su gran recurso. Pasaba horas enteras sobre la carpeta viviendo la vida artificial del jugador, escitado, nervioso, febriciente, perdiendo lo que no podía perder, pagando un olvido momentáneo al precio loco de los últimos restos de su haber.

Se levantaba al fin, mareado, abrumada la cabeza, los ojos sumidos y vidriosos, seca la garganta, oprimido el pecho, sediento de aire.

Eran, entonces, las largas caminatas, sin plan ni rumbo, al través de la ciudad desenvolviendo el recto y monótono cordon de sus calles solitarias, la sucesion interminable de sus casas saliéndole al

encuentro, como mirándolo pasar en la muda indiferencia de sus postigos cerrados.

Las mismas acerbas sujestiones de su mal, más negras, más dolorosas cada vez, como recrudece el dolor en las crisis de las enfermedades sin cura á medida que la muerte avanza.

Y al respirar el aire fresco y puro de la noche, las ráfagas del viento de tierra con olor á campo y con gusto á savia, se sentía de pronto poseido por un deseo apremiante y vivo: volverse. Una brusca nostalgía de la Pampa lo invadía, su estancia, su libertad, su vida soberana, fuera del ambiente corrompido de la ciudad, del contacto infectivo de los otros, lejos del putrílago social.

Pero el recuerdo de Donata encinta de él, la idea de que un hijo, un hijo suyo iba á ser el fruto de sus tratos con aquella desgraciada, penosamente entonces trabajaba su cabeza enferma, lo afectaba.

Engendro del azar, obra de un capri-

cho fugaz, de un antojo brutal en una hora de estravío, por qué nacía, á qué venía trayendo en la frente la marca impura de su orígen!

Y un sentimiento complejo lo agitaba, hecho de dolor, de vergüenza, de pesar, donde se mezclaba ese secreto orgullo de la generacion, el grito de la naturaleza vencedora llenando implacable y fatalmente su taréa, donde la voz ciega del cariño, de un cariño inmenso, infinito, acababa por estallar en él venciendo la resistencia de humanas preocupaciones, acallando sus alarmas, conmoviendo estrañamente todas las ocultas fibras de su ser.

Hijo natural, hijo de china.... qué le importaba, al fin, si era su sangre!

Se daría á él en cuerpo y alma, lo querría, lo adoraría, con la adoracion predilecta de los padres por el hijo que nace desdichado, haría de él una fuerza, un carácter, todo un hombre, lo avezaría á la lucha, le daría la dureza del bronce y el temple del acero.

Sobre todo, era hijo suyo, él lo impondría.... El mundo, soberbio y cruel con los de abajo, era servil y ruin con los de arriba.

Un nombre, una fortuna, oro, eso bastaba, eso abría de par en par todas las puertas, daba todo: honra, talento, probidad, reputacion, fama, respeto, todo lo allanaba, todo lo brindaba, llevaba hasta la alcoba de la vírgen.

Insensiblemente, absorbido, cabiloso, se encontraba de pronto en algun estremo de la ciudad, el Retiro, el Once, las barrancas del Sud.

Daba vuelta y deshacía lo andado.

Su orgullo luego se abatía, un desaliento lo postraba. Quién era él para lanzar el anatema de su desden sobre los otros, de dónde sacaba su influencia, su prestigio?

Era, acaso, en el desperdicio de las fuerzas vivas de su naturaleza, en su pasado, en ese pasado vergonzoso de desenfreno y despilfarro, que hacía estribar su estúpida altivez!

Qué rumbos había seguido, qué rastros había dejado, qué cosa había hecho en toda su vida, buena, digna, noble, útil, sensata siquiera!....

Y hablaba de su hijo, de formarlo y educarlo..... Infeliz! el hecho solo de tener por padre á un bellaco como era él, bastaba para hacer la desesperacion y la desgracia de cualquiera ...

Su situacion de fortuna, el estado más difícil cada vez de sus recursos, recargando el cuadro de sombras negras, aumentaba la amargura de esas tristes horas de abstraccion.

Él que no se había preocupado jamás de esas miserias, él que había vivido habituado á ver en el dinero solo un dócil instrumento de placer, que lo había arrojado siempre á manos llenas, sin contar, se sublevaba ahora ante la idea de la pobreza, se la reprochaba como un crímen...

Pocos dias antes, por llenar sus compromisos haciendo honor á su palabra,

cantidades perdidas al juego, noche á noche, en el Club, se había visto en la necesidad de hipotecar su estancia, lo único que de su herencia le quedaba.

Sus gastos, sus carruajes, sus caballos, su querida regiamente mantenida por él, todo ese lujoso tren de vida, devoraba por otro lado fuertes sumas.

Un paso más, era la ruina, la miseria, el fin!...

Y deshecho, destroncado, rendido de cansancio, agobiada el alma bajo el peso del remordimiento, perseguido por la obsesion del hijo que no tenía, con la conciencia de sus treinta años de vida miserablemente malgastada cayendo sobre él como una maldicion, de día claro, muchas vezes, llegaba á la puerta del hotel y atado al carro de sus amores, tiraba de la campanilla como un buey tira del yugo.

XXVI

« Marietta:

« Aborrezco las despedidas.

« Jamás á nadie he dicho adiós. Ni
« aun á mi madre, muerta ausente yo
« de su lado.

« Las reputo un inútil sufrimiento, co-
« mo un lujo de dolor, como enterrarse
« uno más una espina, ó un puñal.

« Discúlpame, pues, si no mantengo la
« promesa que te hice de acompañarte
« hasta abordo.

« Sé feliz y trata de volver á juntarte
« con Gorrini.

« Condenada á vivir rodando por el
« mundo como bola sin manija, te con-
« viene un hombre. Aunque sea un hom-
« bre de paja como tu marido.

« Mal acompañada, andarás siempre
« mejor que sola.

« Perdona los disgustos que te he cau-
« sado; mis genialidades, mis arranques,
« mis rarezas, y si algo te ha de quedar de
« mí en el corazon, trata de que sea un
« poco de lástima, antes que de aversion
« ó de despecho.

« Nos volveremos á ver?

« Quién sabe!... probablemente no... »

« Y á los infiernos abanico que se aca-
bó el verano! » hizo Andrés como qui-
tándose de encima un peso enorme.

Firmó, metió el papel junto con veinte billetes de mil francos en un sobre y llamó al sirviente:

«Esta carta á su direccion. Entréguela en manos de la persona misma y vaya á esperarme al *Once*.

Tiene una hora: el tren sale á las tres.»

Luego, sin perder un solo instante, atareado, con el nervioso apuro de un colegial en vacaciones, empezó á hacer su maleta.

Agarraba lo primero que le caía á mano, medias, camisas, calzoncillos, metía todo al azar, lo arrugaba, lo estrujaba, lo empujaba, lo hacía caber como quien hace caber lana en los buches de un colchon.

Y con la idea persistente y fija de su hijo, devorado por la fiebre del deseo, en el ardiente anhelo de ver, de saber, sin poder esperar más, queriendo acercarse cuando menos, ya que le era imposible llegar el mismo día, cinco minutos después corría á tomar el tren sabiendo que iba á tener que dormir en el camino.

XXVII

Pasó la noche sentado sobre una silla en una de esas piezas de hotel de pueblo de campo, roñosas y pulguientas, mirando la cama con horror, hirviendo en chinches probablemente, sin querer acostarse ni aun vestido.

Al través de los tabiques de lienzo, llegaba hasta él el áspero ronquido del sueño de sus vecinos. Un olor acre á pucho de cigarrillo del país había filtrado por las grietas de la pared, apestaba el cuarto, mientras remolineando en torno de

su cabeza sin cesar, una nube hambrienta de mosquitos dejaba oir su chirrido exasperante.

Al alba, sin poder aguantar más, abrió la puerta.

Garuaba; un agua desmenusada, en polvo, como bocanadas de vapor condensadas en la atmósfera.

Sin un relámpago, sin un trueno, en la tristeza gris de un cielo bajo y chato, las nubes pasaban corriendo del sudeste; hacía frio.

Los peones, llegados desde el día antes del establecimiento de Andrés y levantados ya, se ocupaban en enganchar el carruage, una especie de silla de posta ancha con pescante, tirada á cuatro caballos:

—«Y, alcanzaremos á ponernos en el día?» dijo Andrés dirijiéndose al que hacía cabeza.

—«Quién sabe patron!

Los caminos han de estar pesados y los arroyos crecidos. Ha llovido fuerte toda la noche.»

Repentinamente tuvo una idea: preguntar; ellos eran de la estancia, debían saber, podría salir de dudas así.

Pero una secreta repugnancia lo detuvo, un inconfeso pudor de poner en boca de aquella chusma lo que tan de cerca le tocaba.

Una sonrisa, una palabra de comentario osada ó desmedida, lo habría herido como un ultraje brutal, como una profanacion de lo que en los trasportes de su soñado afecto, consideraba ya sagrado para él:

—«Aten de una vez y péguenle sin lástima...

Aunque revienten los mancarrones y quede el tendal por el camino, quiero llegar hoy á la estancia,» se limitó á agregar entonces secamente, volviendo á dar órden al sirviente que cargara su balija.

Pocos momentos después, en medio de un copioso golpe de agua, el carruage se ponía en marcha.

Penosamente los caballos lo arrastraban,

forcejeaban enterrándose en las huellas de las calles convertidas en un espeso barrial.

Por entre los cristales empañados, Andrés al salir á campo abierto, tendió la vista.

El campo era un mar, las lagunas desbordadas se juntaban; desde lo alto de la loma cuya cima desenvolvía la cinta negra del camino semejante á un puente sin fin, solo las poblaciones, los montes de las estancias alcanzábanse á distinguir como islas á lo lejos.

Ni un caballo, ni una vaca, ni un pájaro, tras de la inmensa cortina de agua sacudida por el azote furioso del sudeste, descolgándose á torrentes, como empeñada en llenar el aire después de haber cubierto el suelo;

«Dia cochino, solo esto me faltaba!» murmuró Andrés hablando solo, exasperado y rabioso ante la pérdida de tiempo que la lluvia le originaba, en presencia de ese nuevo obstáculo opuesto como de intento al colmo de sus deseos.

Maquinalmente permaneció un instante inmóvil. Miraba correr el agua á chorros sobre la tersa superficie de los cristales.

Luego, bruscamente, acostándose á lo largo de los asientos, recojió las piernas y se echó encima una manta de viaje.

Sentía el cuerpo dolorido, entumecido, por la noche sin descanso que había pasado en el hotel.

Una profunda lasitud se apoderaba de él en el monótono repique de la lluvia contra la tolda del coche. El desliz de este, blando y silencioso sobre la tierra empapada, suavemente lo mecía. No tardó en cerrar los ojos y en dormir.

XXVIII

Era grande su hijo, grande y poderoso.

Había vencido, había llegado, oprimía con orgullosa planta las alturas, las masas subyugadas lo endiosaban, tenía en su mano el cetro de los genios.

Y él, Andrés, su padre, lo contemplaba....

Pero incoherente luego, informe, como se borran las imágenes en un teatro de sombras chinescas, la luminosa vision se disipaba envuelta en las caprichosas redes

de la fantasía, y de la vaga y opaca nebulosa provocada por el sueño en el cerebro de Andrés, repentinamente un monstruo se desprendía.

Un monstruo horrible, un enano deforme, de piernas flacas y arqueadas, de cabeza desmedida, de frente idiota.

Los músculos tirantes, inyectadas las venas del pescuezo, como á estremo de reventar bajo la piel amoratada y fofa, en el enorme esfuerzo, un sonido inarticulado atinaba solo á salir de su garganta, estridente, cágrio, semejante al grito avieso de la lehuza.

Había una plaza... mucha gente.

El monstruo echaba á correr, se convertía en un chancho, retozaba, se perdía en el tumulto, entre las piernas de los hombres, bajo las polleras de las mugeres, y hombres y mugeres embestidos por él, caían unos sobre otros, en monton.

Luego, más allá, en un claro, aparecía de nuevo, saltaba, era un escuerzo ahora, se hinchaba, se agrandaba; los otros se

echaban sobre él, se empeñaban en aplastarlo á tacazos.

Pero Andrés desesperado lo defendía, á empujones, á golpes ensanchaba el claro, contenía á la muchedumbre, se arrojaba jadeante encima de él, le hacía un escudo con su cuerpo, y como amparan las comadrejas acosadas á sus crías se lo echaba al seno y disparaba.

Una algazara salvaje lo perseguía entonces. Gritos, alaridos, carcajadas:

«Su hijo, su hijo, es su hijo!»

Él humillado, confundido, rojo de rubor y de vergüenza, pero lleno el corazon de amor, de un amor desnatural, insensato, de un sentimiento inhumano, imposible, absurdo, loco, afanosamente se alejaba con su preciosa y repugnante carga, seguía huyendo con el escuerzo en el seno.

La impresion de aquella piel pustulosa y fria de reptil en contacto con su piel, todo entero lo erisaba, la rechifla sangrienta, el grito atroz:

«Su hijo, su hijo, es su hijo!» como el cintarazo de una verga zurriaba en sus oídos.

Vacilaba, tropezaba, sin saber cómo se enredaba y caía debatiéndose en el suelo presa de una angustia horrible...

Y la grita mientras tanto se acercaba, atronadora, infernal, semejante al rujido de una ráfaga de borrasca.

Su angustia redoblaba, se arrastraba oprimido sin poderse levantar, le faltaba aire, se ahogaba, se moría.

Prodigiosamente, sin embargo, sus piernas adquirían la elasticidad y la fuerza de un resorte de acero. Volaba entonces; y zanjas, pueblos, campos, paredes, rios, todo pasaba revuelto, turbio, confundido en una velocidad vertiginosa de bala, todo quedaba allá, lejos, á trasmano, un gran silencio se hacía, una quietud, una inconciencia poco á poco lo invadía, dulce, lenta, progresiva, como la estincion del brillo de una braza bajo la ceniza que gradualmente la cubre.

Y todo,todo era mentira. Ni él tenía hijo, ni había existido tal monstruo; el enano, el chancho, el escuerzo, eran quimeras, vanos delirios de su mente en una hora de pesadilla.

Y soñando al fin que había sido un sueño aquello, acababa por soñar que se encontraba en viaje, que se iba á Europa, que estaba abordó, tranquilamente acostado en su camarote del vapor.

De pronto, en un balance, creyó que el buque se tumbaba. Sobresaltado, se sentó y abrió los ojos...

El carruaje acababa de ladearse, sumido hasta la masa en una encajadura vieja de carreta.

---

su cabeza sin cesar, una nube hambrienta de mosquitos dejaba oir su chirrido exasperante.

Al alba, sin poder aguantar más, abrió la puerta.

Garuaba; un agua desmenusada, en polvo, como bocanadas de vapor condensadas en la atmósfera.

Sin un relámpago, sin un trueno, en la tristeza gris de un cielo bajo y chato, las nubes pasaban corriendo del sudeste; hacía frio.

Los peones, llegados desde el día antes del establecimiento de Andrés y levantados ya, se ocupaban en enganchar el carruage, una especie de silla de posta ancha con pescante, tirada á cuatro caballos:

—«Y, alcanzaremos á ponernos en el día?» dijo Andrés dirijiéndose al que hacía cabeza.

—«Quién sabe patron!

Los caminos han de estar pesados y los arroyos crecidos. Ha llovido fuerte toda la noche.»

Repentinamente tuvo una idea: preguntar; ellos eran de la estancia, debían saber, podría salir de dudas así.

Pero una secreta repugnancia lo detuvo, un inconfeso pudor de poner en boca de aquella chusma lo que tan de cerca le tocaba.

Una sonrisa, una palabra de comentario osada ó desmedida, lo habría herido como un ultraje brutal, como una profanacion de lo que en los trasportes de su soñado afecto, consideraba ya sagrado para él:

—«Aten de una vez y péguenle sin lástima...

Aunque revienten los mancarrones y quede el tendal por el camino, quiero llegar hoy á la estancia,» se limitó á agregar entonces secamente, volviendo á dar órden al sirviente que cargara su balija.

Pocos momentos después, en medio de un copioso golpe de agua, el carruage se ponía en marcha.

Penosamente los caballos lo arrastraban,

lo seco, mientras agarrando el campo por suyo, las manadas de yeguas, friolentas, con los pelos parados, retozaban entre el agua.

Era como una aurora de vida y de alegría.

Medio dormido aun asomóse Andrés por uno de los cristales:

—«Qué pasa?» preguntó.

—«Que nos hemos encajado, señor; pero no ha de ser nada, vamos á prender las cuartas.»

Y metiéndose los dedos en la boca, el cochero, de pié sobre el pescante, dió un silvido agudo y prolongado llamando á los dos peones que arreaban la tropilla.

Andrés miró el reloj: eran las doce.

En medio dia había andado apenas diez leguas y le faltaban otras diez.

Apuró de nuevo á su gente:

—«A ver, esas cuartas si se mueven, parecen napolitanos vds!...» gritó á los de la tropilla que en ese instante se acercaban.

Maquinalmente permaneció un instante inmóvil. Miraba correr el agua á chorros sobre la tersa superficie de los cristales.

Luego, bruscamente, acostándose á lo largo de los asientos, recojió las piernas y se echó encima una manta de viaje.

Sentía el cuerpo dolorido, entumecido, por la noche sin descanso que había pasado en el hotel.

Una profunda lasitud se apoderaba de él en el monótono repique de la lluvia contra la tolda del coche. El desliz de este, blando y silencioso sobre la tierra empapada, suavemente lo mecía. No tardó en cerrar los ojos y en dormir.

XXVIII

Era grande su hijo, grande y poderoso.

Había vencido, había llegado, oprimía con orgullosa planta las alturas, las masas subyugadas lo endiosaban, tenía en su mano el cetro de los genios.

Y él, Andrés, su padre, lo contemplaba....

Pero incoherente luego, informe, como se borran las imágenes en un teatro de sombras chinescas, la luminosa vision se disipaba envuelta en las caprichosas redes

de la fantasía, y de la vaga y opaca nebulosa provocada por el sueño en el cerebro de Andrés, repentinamente un monstruo se desprendía.

Un monstruo horrible, un enano deforme, de piernas flacas y arqueadas, de cabeza desmedida, de frente idiota.

Los músculos tirantes, inyectadas las venas del pescuezo, como á estremo de reventar bajo la piel amoratada y fofa, en el enorme esfuerzo, un sonido inarticulado atinaba solo á salir de su garganta, estridente, cágrio, semejante al grito avieso de la lehuza.

Había una plaza... mucha gente.

El monstruo echaba á correr, se convertía en un chancho, retozaba, se perdía en el tumulto, entre las piernas de los hombres, bajo las polleras de las mugeres, y hombres y mugeres embestidos por él, caían unos sobre otros, en monton.

Luego, más allá, en un claro, aparecía de nuevo, saltaba, era un escuerzo ahora, se hinchaba, se agrandaba; los otros se

echaban sobre él, se empeñaban en aplastarlo á tacazos.

Pero Andrés desesperado lo defendía, á empujones, á golpes ensanchaba el claro, contenía á la muchedumbre, se arrojaba jadeante encima de él, le hacía un escudo con su cuerpo, y como amparan las comadrejas acosadas á sus crías se lo echaba al seno y disparaba.

Una algazara salvaje lo perseguía entonces. Gritos, alaridos, carcajadas:

«Su hijo, su hijo, es su hijo!»

Él humillado, confundido, rojo de rubor y de vergüenza, pero lleno el corazon de amor, de un amor desnatural, insensato, de un sentimiento inhumano, imposible, absurdo, loco, afanosamente se alejaba con su preciosa y repugnante carga, seguía huyendo con el escuerzo en el seno.

La impresion de aquella piel pustulosa y fria de reptil en contacto con su piel, todo entero lo erisaba, la rechifla sangrienta, el grito atroz:

XXIX

Había escampado.

Una raya de luz partía en dos el horizonte, se divisaba al oeste como un arco iris acostado.

Las nubes, después de descargar su enorme peso de agua sobre el suelo, livianas, se remontaban. Bajo el espacio ensanchado, la calma empezaba á renacer.

Los gallos, desde las casas, cantaban aleteando; se escuchaba á la distancia el balido de las majadas; desconfiados, los teros observaban, se hacían chiquitos en

lo seco, mientras agarrando el campo por suyo, las manadas de yeguas, friolentas, con los pelos parados, retozaban entre el agua.

Era como una aurora de vida y de alegría.

Medio dormido aun asomóse Andrés por uno de los cristales:

—«Qué pasa?» preguntó.

—«Que nos hemos encajado, señor; pero no ha de ser nada, vamos á prender las cuartas.»

Y metiéndose los dedos en la boca, el cochero, de pié sobre el pescante, dió un silvido agudo y prolongado llamando á los dos peones que arreaban la tropilla.

Andrés miró el reloj: eran las doce.

En medio dia había andado apenas diez leguas y le faltaban otras diez.

Apuró de nuevo á su gente:

—«A ver, esas cuartas si se mueven, parecen napolitanos vds!...» gritó á los de la tropilla que en ese instante se acercaban.

Ellos, en silencio, se bajaron y cincharon preparando sus lazos.

Largo rato se perdió en sacar el coche. Uno de los caballos, redomon y pesado ya, no tiraba; lo mudaron. La otra cuarta se cortó en un cimbronazo á destiempo; fué necesario echarle un nudo, ponerla de dos.

Pronto todo en fin, el cochero desde arriba, revoleando el látigo, animó con la voz á sus dos yuntas, se oyó el chasquido de unos cuantos rebencazos, los animales hicieron pié, y el carruaje, en un crujido, como si lo arrancara el tiron un grito de dolor, empezó á moverse despacio, pesadamente salió de su honda encajadura y el lento viaje pudo continuar.

Más tarde, frente á una pulpería, Andrés quiso dar un resuello á los caballos, dijo á sus hombres que almorzaran.

Él mismo bajó, recordó que había pasado más de veinte y cuatro horas sin comer, prefiriendo ese largo ayuno y el

pan y el pedazo de queso criollo que le iban á vender, á los guisos del hotel donde el dia antes se había limitado á pedir una taza de café.

Largas horas se sucedieron luego, hastiosas, cansadoras, avanzando el carruaje á duras penas por una zona de tierras anegadizas, teniendo que relevar los caballos trecho á trecho, y solamente al caer la noche pudo llegar Andrés al arroyo limítrofe de su campo.

Allá, en frente, la ancha faja de monte de la estancia se proyectaba desigual y caprichosa sobre la recta matemática del suelo, alzándose abultada, al seguir el arranque impetuoso de los álamos, deprimida en la espesura chata de los sauces y paraisos. Semejante en la penumbra á algun enorme cuerpo de animal echado.

Y cerca, á la izquierda, junto á las eses de plata del arroyo, el rancho de Donata coronaba una eminencia, quebraba en su blanco moginete los últimos rayos de la luz crepuscular.

Los peones, de á caballo, tanteaban la hondura buscando un paso.

Andrés entretanto, atraida la mirada, se había apeado.

Una insólita impresion lo dominaba en presencia de aquel cuadro familiar á sus ojos sin embargo. Una emocion desconocida y estraña inmutaba su semblante.

De pié, junto al carruaje, paseaba la vista lentamente, obstinadamente, de la estancia á la poblacion del puesto y de éste á aquella.

Al fin, inmóvil, absorto en la contemplacion del rancho, palpitándole el pecho, apretada la garganta, como si un mundo de sentimiento se despertara en tumulto desde el fondo de su corazon aletargado, sintió que los ojos se llenaban de lágrimas que no podía, que no sabía llorar él, el descreído.....

Y la blanca imágen de su hijo atravesó el cristal turbio de su llanto.

Pero, bruscamente, al oir á su lado la

voz de uno de los peones, avergonzado dió la espalda.

Su entereza, su orgullo de hombre se resistía á que lo sorprendiera así, llorando, otro hombre:

—«Qué quiere?» dijo.

—«Vamos á tener que nadar, patron, el arroyo no da paso.

—Nadaremos.

—Pero, la volanta, es fácil que se vuelque en la mucha juria de la correntada.

—Y para qué están los caballos?

Bájese y déme el suyo,» esclamó Andrés vuelto ya de su emocion, recobrando un completo dominio sobre él mismo.

—«Se va á mojar, señor....

—Y de ahí, qué hay con eso!

—Como disponga, patron, usted es dueño.»

XXX

En un momento se había sacado las botas, el paletot, subió á caballo, resueltamente enderezó cuesta abajo y se echó al agua.

Pero, ahí no más, el caballo perdió pié, sumido, arrebatado por la corriente, mientras dejando Andrés resbalar el cuerpo por un lado, envuelta la mano izquierda en un mechon de crin, porfiaba con la rienda en la derecha por dar direccion á su montura como prendido á la caña de un timon.

yuxtaposición de hombre y "bruto"

Fué entonces una lucha tenáz, encarnizada.

El hombre y el bruto apareando sus esfuerzos, corriendo juntos, en un mismo anhelo de vida, el mismo mortal azar.

La inteligencia, el instinto por un lado; por el otro la fuerza inconciente y ciega de la naturaleza desquiciada.

Andrés sabía nadar, era robusto. Con las piernas, con el brazo que le quedaba libre, se empeñaba en avanzar, hacía frente á la corriente, le metía hombro, empujaba á su caballo cuya mole lo oprimía como si de intento el arroyo se lo echara encima.

El animal, medio ahogado, paradas las orejas, el hocico abierto, entrecortado el resuello, se debatía aturdido, ajitaba jadeante sus patas en un galope imposible, resoplando de sorpresa y de terror al sentir que la tierra le faltaba.

Un instante, los peones que azorados seguían desde la orilla las angustiosas peripecias de aquel drama, pudieron es-

perar que Andrés, suspendido y como anclado por una amarra invisible en el mismo medio del torrente, iba á lograr vencer por fin la resistencia del elemento.

En vano; despues de una desesperada y última tentativa, el hombre y el animal exhaustos, estenuados, como cuerpos muertos se dejaron arrastrar rodando aguas abajo.

Vueltos de una primera sensacion de espanto, intentaron los peones socorrer á Andrés.

Uno de ellos se azotó.

Menos feliz ó menos hábil que el primero, al caer á lo hondo, soltó las riendas de su montura, fué llevado por el agua, varias vezes se le vió en la superficie, desapareció otras tantas, allá, léjos, después.... nada!....

Una esperanza quedaba al otro: enlazar á Andrés, ver si podía sacarlo así á la orilla.

Aunando la accion al pensamiento, sin

perder un instante, armó, revoleó y tiró....

Inútilmente: el cuerpo se hundía en los remolinos, la distancia era mucha, la armada no alcanzaba.

A la altura de un brusco recodo del arroyo sin embargo, y cuando aquel hombre desalentado ya, tristemente se resignaba á ver morir ahogado á su patron, arrojado este fuera del cauce por el empuje mismo de las aguas, fué á chocar contra la costa y allí, en las ansias de la agonía, manoteando, acertó á enredar los dedos en una mata de juncos.

Largo rato permaneció así, desfalleciente, como muerto, adherido á la mata salvadora por la simple accion mecánica de sus músculos crispados.

Luego, recobrando á medias el sentido, con la conciencia vaga y confusa aun del peligro que corría, instintivamente y como á tientas, empezó á arrastrar el cuerpo entre los juncos, en un esfuerzo supremo, llegó á izarse hasta lo seco.

La noche entretanto había caido; una

de esas noches de pampero, diáfana como una chapa de cristal en blanca y oscilante reverberacion de las estrellas.

Chorreando el agua de sus ropas y duro hasta los tuétanos de frio, se encontró Andrés separado de los otros por el arroyo, solo y á pié.

Ignorando el abnegado fin de uno de aquellos infelizes, y el ardor, el ímprobo empeño de su compañero por salvarlo, en un irreflexivo arranque, indignado, lo primero que cruzó por su cabeza fué volverse arroyo arriba, ponerse al habla con su gente y tratando á todos de cobardes y de mandrias, obligarlos á hacer lo que había hecho él...

Canallas, les enseñaría á ser hombres!....

Pero el temor de que alguno de ellos pereciera lo contuvo, la idea de que iba acaso á provocar la muerte estéril de un hombre, á sacrificar la vida de un semejante en aras de un sentimiento de venganza egoista y ruin.

Qué auxilio podían prestarle, el carruage, si es que conseguian pasarlo, un caballo?

Bah! tenía alientos todavía para irse á pié hasta la estancia, de nadie necesitaba llegaría antes así!....

Agachado, divisando, miró atentamente en torno suyo, trató de orientarse por el curso del arroyo y, adivinando más bien el rumbo en que quedaba su casa, con ese tino único del criollo, resueltamente cortó campo.

Pero agudos sufrimientos lo atormentaban al andar, repentinas contracciones paralizaban el ejercicio de sus piernas.

Acompañados de una insoportable sensacion de ardor en la epidermis, fuertes calambres lo atacaban, le ganaban la cintura, las espaldas, el estómago, los brazos, los sentía hasta en la punta de los dedos.

Por momentos, retorcido todo entero de dolor, incapaz de dar un paso más, era obligado á detenerse.

Su ánimo no desmayaba sin embar-

go. Así que la violencia del espasmo había pasado y no obstante las matas espinosas, la paja brava y el cardo que le hacían pedazos los piés, redoblando sus esfuerzos, se volvía á poner en marcha.

De pronto, á corta distancia de él, oyó el ruido de un cencerro. Debía ser una tropilla. Iba á poder hacerse de un caballo....

Guiado por el sonido se acercó. Era en efecto una de las tropillas de la estancia, habían dejado maneada la madrina.

Fácilmente, habiendo parado á mano un animal embozalado, hizo riendas del cabestro y montó en pelos.

Acaso sin ese azar providencial, desesperado y postrado al fin por la fatiga, habría concluido Andrés por dejarse morir en medio del campo con una maldicion en los lábios....

XXXI

Al tumulto de los ladridos, de esos ladridos ensañados y furiosos de los perros de campo cuando se acerca gente, los peones, desconfiando que algo estraordinario sucedía, se levantaron.

Varios bultos salieron, se asomaron de los ranchos, silenciosamente, entre la sombra, á ver....

Y mientras en la puerta de la habitacion del mayordomo una luz aparecía, Andrés, rodeado de la jauria, como llevándose todo por delante, pasó de galope

y fué á sujetar en la misma entrada de su casa:

—«Vd., señor!» esclamó, al reconocerlo, acercándose Villalba.

Y sorprendido de verlo así: «qué le ha pasado?» preguntó.

—«Nada, qué me ha de pasar.... que su gente es más amarga que los zapallos cimarrones, que me he azotado al arroyo y que me he salvado gracias á ramas....

—Pero, cómo?

—Eso, vaya y pregúnteles á ellos....

A ver,» prosiguió, brutalmente, después de un corto instante de silencio, «qué está mirándolo á uno ahí con la boca abierta.... muévase y abra, que no me encuentro dispuesto á pasar aquí la noche.»

Sin atinar en su asombro á esplicarse lo que todo aquello significaba, el mayordomo azorado corrió á su casa, trajo un manojo de llaves y abrió:

—«Hágame encender luz arriba y,

vd., tenga la bondad de esperarme» díjole Andrés al entrar.

Subió un momento después.

En cinco minutos se cambió de ropa y bajó de nuevo al comedor donde Villalba lo aguardaba.

—Qué novedades tiene que comunicarme?» inquirió de éste.

La hora tanto y tan ardientemente anhelada por él había llegado. Le sería dado saber por fin.

Y sin embargo, allí, en aquel instante, pendiente de las palabras de aquel hombre, cuyos labios iban á rasgar el velo de sus angustiosas dudas, una estraña cobardía, un miedo, una aprension agena al duro temple de su alma, bruscamente lo acometió.

Habría querido, contra las impulsiones de su propia voluntad, persistir en su cruel incertidumbre, prolongar una situacion que mirara antes como un tormento insoportable, diferir, dejar para más tarde, postegar al dia siguiente, indefinidamen-

te, acaso, las revelaciones de las que hacía depender ahora su suerte, su porvenir, su vida entera y que acababa de provocar con su pregunta.

Y la voz, al formularla, le temblaba y sentía y oía al hablar los latidos vertiginosos de su corazon, como un redoble en el pecho, la trepidacion de una máquina lanzada á todo vapor.

Sencillamente el otro, en su tranquilidad de empleado viejo, acostumbrado á rendir cuenta del ejercicio de sus funciones, empezó á ocuparse de la estancia, de la marcha del establecimiento, del estado de las haciendas y de los campos.

La paricion de otoño en las ovejas dejaba algo que desear; tenía señalados unos ocho mil corderos, apenas; pero había vuelto á echar los padres en Abril, estando en ese entonces el carneraje alentado todo y con ganas de trabajar, lo que le hacía esperar un resultado mejor para la primavera.

El frio del otro invierno los había atrasado muy mucho en Octubre.

Lo mismo la del vacuno, se anunciaba bien por hallarse los campos muy lindos y la hacienda gorda.

Algunas vacas andaban ya con ternerito.

El creía que, salvo el caso de un temporal, Santa Rosa ó San Francisco, con la ayuda de Dios el año iba á ser bueno.

Paseándose intranquilo, detiniéndose por momentos frente á la chimenea, los ojos en las claras llamaradas del fuego que acababa de encender Villalba, Andrés sumido en la preocupacion esclusiva y profunda de su espíritu, escuchaba al empleado sin atender, sin comprender lo que este le decía.

Las palabras llegaban hasta él en la accion puramente maquinal de sus sentidos. Iban á herir su tímpano como un ruido indiferente y vago, como suena en el oído el tumulto confuso de una calle durante las horas de ajitacion y de labor.

Y sabiendo que trataba Villalba de la estancia, que se ocupaba en hablar de los

intereses cuya guarda estaba á este encomendada, mal habría podido decir en el estado de obsesion moral que lo embargaba, si era favorable ó adverso lo que su mayordomo le anunciaba.

Bruscamente, interrumpiéndolo:

—«Y, nada nuevo entre su gente?» oyó con asombro que él mismo apesar suyo preguntaba, como si saliera su voz de lo profundo de un pozo, como si una fuerza prodijiosa, alguien en él que no era él, ciega y fatalmente lo impulsara.

Un instante, recapacitando, tratando de recordar, el otro guardó silencio:

—«Nada, señor; no ha habido cambio alguno en el personal. Todos, interesados y mensuales, siguen prestando como antes sus servicios.»

Acaso no era tiempo todavía?....

Mentalmente contó Andrés los meses, los dias, recordó la hora de siesta de una de esas tardes ardientes de Noviembre, el año anterior, en el puesto, cuando por primera vez tuvo á Donata.

Estaban, ahora, á fines de Agosto, sin embargo....

Y las ideas se agolparon á su mente; mil suposiciones diversas y contrarias.

Le había mentido por ventura, se había finjido en cinta de él, ella misma al anunciárselo se equivocaba, como se equivocan las mugeres en presencia de ese eterno misterio de la fecundacion?

Alarmada, por temor al padre, algo insensato habia ideado, alguna yerba, alguna droga, algun brebage, había tomado haciéndose abortar?

Una china vieja vivía allí cerca, fuera del alambrado, una especie de partera ó curandera; nada imposible que hubiese ido á verla Donata, que, en su estúpida ignorancia, hubiese cometido por consejo de aquella algun monstruoso atentado.

O era que Villalba, preocupado solo de la cuestion de dinero, de hablar de ovejas y de vacas, descuidaba, omitía decirle, lo que se hallaba á mil leguas de pensar, aquel imbécil, que pudiera interesarle?

Perplejo, sin saber qué creer ni qué pensar, se estraviaban sus ideas, su cabeza se perdía en un dédalo de conjeturas, y esperimentando entonces la necesidad de quedarse solo, despidió á su mayordomo.

Pero este, al retirarse y cerca ya de la puerta, con el gesto de quien de pronto recuerda algo, se volvió:

—«Ah! señor,» esclamó, «olvidaba decirle que ño Regino se nos va.

—Por qué?» tuvo apenas fuerza para articular Andrés estremecido, sintiendo que lo que aun le quedaba de sangre en el cuerpo afluía como una oleada á su cerebro.

—«Porque anda en la mala el pobre.

La hija hizo una trastada; se la embarazaron, libró ahora dias y ha muerto de sobreparto.»

Un golpe de maza asestado á traicion no habría hecho en Andrés el efecto de estas palabras.

Estupefacto, fulo, inmóvil, toda cor-

riente de vida pareció haberse agotado en su organismo.

Sin ni siquiera llegar á sospecharlo, el mayordomo tranquilamente siguió hablando:

—«Desde entonces anda sin sombra el viejo; vd. sabe señor que es hombre aseado en sus cosas.... El bochorno por un lado y por el otro, el mucho apego que le tenía á la muchacha....

Quiere salir del pago; dice que aquí no se resuelve á estar y que se va para afuera con la nietita.

—Vive, entonces?

—La criatura? Sí, señor: Ña Felipa, la partera, es quien la tiene desde que murió la madre.

—Y, no sabe ño Regino quien es el padre?» interrogó Andrés, vibrando la voz en su garganta, encendiéndosele el rostro, relampagueándole los ojos en un cambio repentino, algo como una resurreccion instantanea á la plenitud de la existencia.

—«No señor, creo que lo ignora, que nunca se lo quiso decir la hija.

Algun cachafaz, algun diablo, á la cuenta.... No ha de andar lejos que sea el mismo peoncito que tenía.»

Y conçluyendo de formular su pensamiento:

«Si estas patron son como hacienda,» agregó Villalba con gesto de hombre convencido, «conforme cualquiera las atropella, ahí no más se echan.

—El padre de esa criatura soy yo, sépalo vd., sépanlo todos, imbéciles! vociferó Andrés fuera de sí, diciendo á gritos su paternidad, como haciendo alarde de proclamarla á voz en cuello y como si al desvanecer así las sombras acumuladas en torno de la cuna de su hija, hubiese querido á la vez acallar de un golpe las murmuraciones de los otros, poner una mordaza á aquella chusma.

«Mañana mismo, temprano, al amanecer, mande vd. atar mi carruaje y que inmediatamente me traigan á mi hija en él.

Conmovido por el intenso sacudimiento que acababa de sufrir, vaga, estraviada la mirada, los músculos contraídos, los labios tiesos, desencajado el semblante, con el gesto anonadado de quien ha visto caer un rayo junto á él, largo rato se dejó estar Andrés de pié en el medio del cuarto, una vez que hubo salido el mayordomo.

Insensiblemente se dirigió luego á la escalera y subió.

Un temblor lo estremeció, una repentina sensacion de chucho al penetrar en la atmósfera glacial de su aposento. . . . .

Tiritaba friolento, helado el cuerpo, mientras como al calor de una hoguera sentía que se le abrazaba la cabeza.

Volvió los ojos hacia el lado de la estufa, se acercó, se agachó, en un ademan de autómata dió fuego á la leña que en aquella había sido preparada y, de nuevo puesto en pié, empezó á andar con paso desigual y vacilante por la pieza.

Iba y venía encojiéndose, doblado en

dos, dando diente contra diente. Se tanteaba nerviosamente el pecho, las espaldas, la cintura, paseaba sus dedos sobre los brazos en cruz, se llevaba las manos á la frente, se la apretaba como queriendo impedir que saltara en mil pedazos, hachada por el dolor.

Lo aturdía un zumbido ensordecedor en las orejas, el repique simultaneo de mil campanas, las ideas se revolvían en su cabeza como barridas por un soplo de remolino: su hija, el arroyo, Donata, el frio, todo se ajitaba, se mezclaba, fugaz, informe, confundido, sin que, en la inconciencia que poco á poco lo invadía, atinara Andrés á abarcar una sola nocion distinta de los hechos.

Al fin, semejante á un hombre que, agobiado bajo el peso de la carga que sus espaldas no pueden resistir, tropieza y rueda por el suelo, tambaleando, fué á dar contra la cama y cayó abrumado sobre ella.

Incapaz ya de pensar, de sentir, de su-

frir, inerte, un sueño de plomo cerró sus ojos.

Y como si la frágil corteza de la carne, pequeña para tanto, débil para resistir la violencia de tamaños sacudimientos, se hubiera roto en él, como si la tremenda crísis por que acababa de pasar Andrés, sus angustias, sus quebrantos, su zozobra, hubiesen determinado un desequilibrio mortal en su organismo, la vida sensacional pareció abolida de aquel cuerpo; habríase dicho, en las contracciones repentinas y fugazes de su musculatura, que apenas la otra, la vegetativa persistía, tal cual persiste en el cadáver de los ajusticiados largo rato aun después de la ejecucion.

XXXII

El sol de la mañana siguiente, alto ya, al entrar por la ventana, dando de lleno sobre la cara de Andrés, lo despertó.

Sobresaltado, incorporándose, volvió este una vaga mirada en torno suyo.

Dónde estaba, qué hacía allí, cómo se encontraba entre aquellas cuatro paredes que contemplaba sorprendido, cuyo interior desconocía en el vivo golpe de luz que lastimaba sus ojos?

Oprimiéndose la sien con las dos ma-

nos, trató de recordar, de coordinar sus pensamientos, de penetrar en un esfuerzo, en una brusca tension intelectual, aquel enigma.

Pero un ruido estraño llegó hasta él; desapacible, displiscente, semejante al rechino lejano de un eje de carreta.

De pronto, comprendiendo, recobrando como por encanto una entera conciencia de la realidad, saltó de la cama, abrió la puerta, bajó corriendo la escalera y penetró en el comedor donde una mujer vieja, amulatada, vestida de trapos chillones de zaraza, caminaba de un lado á otro sacudiendo un envoltorio entre sus brazos:

—«Aquí tiene á su nena, señor,» esclamó al ver entrar á Andrés y adelantándose á él y cuadrándosele por delante: «qué le parece,» agregó con gesto alegre y complacido, mientras le ponía bajo los ojos á la débil criatura «es alhaja o no la mozita?»

Eso era su hija, aquel paquete informe

de carne hinchada, amoratada, la abertura que miraba allí, en el medio, redonda, húmeda, encarnada como la boca de una llaga, era una boca, unos ojos aquellas dos placas turbias, opacas, incoloras, sin espresion ni vida, una voz, un llanto humano, aquel maullido! . . .

Con la espresion en el semblante, mezcla de asombro, de tristeza y confusion, de quien de pronto sufre un hondo desencanto, Andrés contempló á su hija.

Hubo una lucha en él. Una curiosidad viva, irresistible, una invencible atraccion lo fascinaba, lo empujaba á mirar apesar suyo, sin poder dejar de hacerlo, á tener clavados sus dos ojos sobre aquel cuerpo de recien nacida, raquítico y miserable, mientras, instintivamente, una secreta repugnaneia, un sentimiento de inconfesa repulsion lo retraía.

Vencido al fin, subyugado por la fuerza de la sangre, acercó su rostro al de la niñita y, lloroso, enternecido,

dándole un largo beso en la frente, «mi hija, mi hijita!...» murmuró con un mundo de caricias en la voz. «Venga, señora, suba conmigo,» dijo después á la partera, bruscamente, pasándose el pañuelo por los ojos.

Quiso desde luego instalar á su hijita, darle su propio cuarto, su cama, rodearla de todo el bienestar de que él gozaba, con un apuro, con una instancia aprensiva y solícita de padre inquieto ya por la salud de sus hijos, temeroso de algun mal, de alguna enfermedad, de algun peligro, de uno de esos mil diversos accidentes que amenazan de continuo la vida de los niños.

Él mismo encendió la chimenea, pobrecita! el frío podía haberle hecho daño....., abrió los armarios, puso á disposicion de la partera toda la ropa.

Qué otra cosa era menester, qué más se necesitaba?

En su completa inesperiencia de hombre, de hombre soltero y libre, desligado

de todo vínculo de familia, ofuscado se azoraba, no sabía, nada se le ocurría.

Qué entendía de muchachos él!..jamás se había preocupado de esas historias...

Y le entraba un afan, una afliccion, y sentía un sordo despecho contra él mismo, como si hubiese sido un delito su ignorancia.

Pero, muerta Donata, pensó, era indispensable un ama, tratar de encontrarla por allí, en último caso, mandarla traer de Buenos Aires.

Cómo aquella infeliz vivía sin madre?

Se lo dijo á la partera:

« No se aflija, señor, pierda cuidao que no se ha de morir de la nesesidad, » repuso esta.

« Ya voy viendo, » agregó familiarmente, con un aire de magestuosa suficiencia, « que no es muy prático usté.....

Si estos angelitos, patron, de risien nasidos, son como los chingolos, con una nada se mantienen.....

Cuándo nunca es bueno, tampoco, en los prinsipios, darles otra cosa que agüita tibia, hasta que se limpée bien la máquina!

Y á chupon no más lo voy criando dende que fayesió la finada, ánima bendita, Dios la haiga perdonao! »

Había acostado á la chiquita sobre el sofá; se ocupaba en acomodar el cuarto, mudó las sábanas, echó mano de un alto de servilletas para pañales y, mientras atareada iba y venía, con esa locuazidad criolla, peculiar á las comadres de campo, seguía hablando:

« Acordaron tarde en yamarme. Ño Regino no más tuvo la culpa; estaba como abombao el hombre....

Conforme me costié en la noche de mi casa, ya vide que ibamos á andar mal. La criatura venía muy enteramente demorosa.

Ahí mesmo sebé un mate de mansaniya, le dí una frotasion de asaite po el empaine á la enferma y un sahumerio de asucar ardida en los bajos.

Pero, de ande, ni por esas! . . . los pujos eran al ñudo, la finada, que en pas descanse, crujiendo como arpa vieja, pedía á gritos, por la vírgen, que le sacaran aqueyo.

Maliseando que estuviese la chica atravesada, porque á mí señor naides me va á enseñar lo que son estos tragines,— no ve que he lidiao tantísimo en mi vida! . . .—le acomodé á la paciente un poncho cruzao por las caderas y comensé á sacudirla juerte, boca arriba en la cama.

Dejuro, eso había sido no más!

A los tirones, se enderesó el angelito y ya asomó la moyera y ya se refaló y ya lo resebí tambien y le cabecié el ombligo. . . . »

El llanto de la muchachita, un lamento desesperado y continuo, algo como el balido afanoso de los corderos guachos, interrumpió á ña Felipa en su relato:

« Venga mi sol, no yore, » dijo esta acercándose al sofá y alzándo á la niñita.

Sobre sus dos manos abiertas la acostó de boca, empezó á hamacarla, á subirla y á bajarla con el movimiento de quien tantéa el peso de una cosa, sin por eso conseguir que la criatura se aquietara :

—« Qué tendrá ? » interrogó Andrés alarmado, siguiendo con afan las manipulaciones de la curandera.

« Estará enferma, le parece ?

—Qué enferma va estar ! Es flato.

Vea, patron, me ha de haser trair unas hojitas de hinojo, de ahí de la quinta no más ; un poco de leche y un calentador.»

Así que tuvo todo á mano y que hubo preparado la bebida, tomó un frasco vacío de agua florida y la echó en él.

Ávidamente la niñita, entonces, adhirió sus labios al rollo de trapo que, en la forma de un pezon de mujer, cerraba la boca del frasco y, pocos momentos después, calmado su apetito, con la inconciencia de las flores cuando har-

tas de luz cierran su cáliz al declinar el sol, un sueño profundo la embargaba:

« Pués, como le iba disiendo, señor, » prosiguió ña Felipa reanùdando el hilo de su narracion, aparesía que con el favor de Dios y la Vírgen íbamos á salir de transes al fin.

Pero lo que acontesió jué que la finada, de puro inorante la pobre, dende que no estaba güena toavía, se apió descalsa una ocasion, con lisencia de vd., para dir á haser del cuerpo una deligensia y como que era consiguiente, ahí mesmo la agarró un pasmo.

En balde fué que los dos con ño Regino la acostasemos á ver de que sudara en la camá, en balde unos untos de asaite caliente que le dimos, y hasta la mesma reis del quiebrarao, que no hay como eso patron pa las alsaduras de sangre.

Todo, todito jué en balde; Dios no quiso que viviera y fenesió á los tres dias.

—Por qué no llamaron médico? No está tan lejos el pueblo, bien podía haberlo hecho ño Regino, en lugar de dejar morir á su hija como un perro....

—Médico, dise, y pa qué, cuándo estábamos por remediar nada con que se ayegara un dotor! » esclamó entonces ña Felipa, sensiblemente lastimada en su amor propio por la pregunta de Andrés.

Y, como hablando sola:

« Güenos alarifes son los médicos; pa saquiarlo al pobre y mandarlo más antes á la sepoltura es pa lo que sirven, masones, condenaos! »

Y en manos de aquella bestia estaba su hija, y él, el padre, lo toleraría, se conformaría á dejarla asi, espuesta á que, lejos de todo centro de recurso y entregada á los cuidados de una vieja ignorante y bruta, el dia menos pensado se la llevara Dios!

Era necesario impedirlo á todo trance, sacar de allí á la chiquilina....

Se la llevaría, se volvería con ella á

Buenos Aires, donde había médicos siquiera, y donde fácil le sería encontrar quien se encargara de cuidarla.

De pronto, recordó Andrés á la tía Pepa, una parienta suya, una hermana de la madre, que había manifestado siempre tener por él el más profundo cariño; ese cariño de la mujer vieja y soltera que no pudiendo derramarse sobre la cabeza del hijo, cae de rechazo en los sobrinos.

FIN DE LA PRIMERA PARTE

SEGUNDA PARTE

XXXIII

Dos años después próximamente, en uno de esos dias blancos de primavera, cuando la luz del sol se derrama como un inmenso riego y la savia fermenta en las fibras de las plantas, y en ese otro parto, al fin de esa otra gestacion, revientan las yemas de los brotes, Andrés, recostado en un sillon, junto á la entrada de la casa, acababa de cerrar el libro cuyas hojas recorría.

Sus grandes ojos azules no mostraban ya el resplandor triste y sombrío que, cual un reflejo fiel del estado de su alma, los

cruzara en otro tiempo alterando la ingénita espresion de su mirada y, como al través de un agua muerta se ve el fondo, en la serena trasparencia de aquellos ojos habría podido penetrarse el misterio encerrado en aquella alma.

Su hija se había acercado, agitada, ella, nerviosa, conmovida, ofreciendo en su actitud un singular contraste con la inalterada calma de su padre.

En su carita trigueña de higo de tuna, perfecta como un perfil de Meissonnier, sus ojos brillaban encendidos por la cólera, unos ojos grandes y azules tambien, de un azul de záfiro en la engarzadura negra de las pestañas:

—«Papá, papá mío!

—Mi hija querida, qué le pasa, qué dice vd?»

Era una triste y lamentable historia:

Mariquita—su juguete predilecto, su muñeca—tenía frio; ella la había acostado en la cama; estaba haciendo «nono» y no estaba sucia, era mentira, estaba limpia;

pero Tiyita decía que estaba sucia, y era «mu» mala Tiyita, y la quería lavar con jabon á la pobre Mariquita, y ella no quería y Tiyita sí quería, y ella se había enojado y le había dicho á Tiyita que no y no y no!... y venía á contarle á Papá para que tambien Papá se enojara y le hiciera «nana» á Tiyita con el látigo del caballo de Papá.....

Todo un cuadro, una escena, una parodía de humanas tribulaciones, una trájica esplosion de precoz maternidad, un proceso intentado contra la tía Pepa por sevicias y malos tratamientos á la menor de cautchuc.

Andrés entretanto, embelesado, no se cansaba de contemplar á la niñita.

Su hija, su Andréa en quien todo lo cifraba, su hija, cuya sola aparicion, cuyo solo nacimiento había bastado á revelarle, á él viejo y descreído, á él cansado de vivir, el secreto de otra vida, de otra existencia desconocida y nueva; esa en la que tambien se sufre porque el destino es sufrir, pero se hace y se deja sufriendo y se goza dejando.

Ella, la dulce criatura que le había enseñado á amar y á perdonar, á no ver sinó lo bueno en los demás, á buscar solo lo honrado y lo puro de los otros, como buscan los pulmones el oxíjeno del aire.

Ella, en fin, su genio bienhechor, la hechizera cuyo májico poder de encantamiento había tenido el prodigioso don de trasformarlo, de convertir sus odios en un amor infinito, amor á los hombres, á los animales, á las cosas, á él, al mundo, á todo!

«Venga mi ricura,» esclamó por fin levantándose al ver que Andréa, llenos los ojos de lágrimas y la boca de pucheros, esperaba acongojada y ansiosa el fallo reparador de la justicia.

Y alzándola en sus brazos y cubriéndola de besos:

«Tiene muchísima razon vd; es una pícara su tía, venga vamos á ponernos furiosos con ella!»

En vano alegaba la tía Pepa el deplorable y lastimoso estado en que yacía Mariquita, overa de ollin por habérsele

ocurrido á su dueña meterla en el caño de la chimenéa, al jugar con ella á las escondidas; en vano exhortaba al padre á no ceder, redoblaba sus esfuerzos en encarecer las *negras* consecuencias de un acto de criminal debilidad; en vano convertido á la razon por la sana dialéctica de la tía, intentó Andrés revestirse de energía y amonestar á la niñita.

Fué necesario, al fin, que humillara la cerviz ante el poder soberano, que afectara reñir á la culpable, que fingiese castigarla, que solemnemente jurara esta no atentar en lo futuro contra la persona sagrada de la muñeca, protestando renunciar á su proyecto, el más bárbaro suplicio en el sentir de Andréa, el refinamiento más perverso de crueldad que pudiera concebir la mente humana. Si lo sabría ella, infeliz... todas las mañanas la lavaban!

—«Mal hecho, Andrés, muy mal hecho,» insistía la tía Pepa, con esa rara sensatez de las mujeres para las cosas pequeñas de la vida, «ya te pesará después, cuando sea grande!

Acuérdate de lo que te digo: esta criatura va á ser víctima de su carácter, desgraciada por su genio, y tú y nadie más que tú tendrá la culpa.

—Pero, si es tan buena mi pobre hija!

—No sostengo yo lo contrario, es cierto, tiene un corazon de ángel la pobrecita, lo que no impide que estés haciendo de ella una muchachita insoportable de mal criada.

—Qué, quiere que la rete, que la maltrate, que sea un tirano con ella?

—Dios me libre, angelito! no digo eso, sinó que por el bien mismo de tu hijita, haces mal en prestarte ciegamente á todos sus caprichos y en consentirla así.

—Mire qué noticia, como si no lo supiera uno!...

Sabe que es magnífica vd. tía!» «Asegúremela contra incendios, garántame que no se me va á morir y ya verá como la enderezo yo, como hasta capaz soy de bajarle los calzones y de pegarle una soba en el culito....

Pero mientras eso no suceda y mi hija sea mortal y me vea espuesto yo á perderla, se lo he dicho muchas vezes y se lo repito ahora: pedirme que use de rigor con ella es pedirme algo imposible.

Déjela que haga y deshaga, mi tía vieja, no sea mala!» decía mimosamente Andrés, buscando atraerse á la tía Pepa, «que tire y rompa, y tizne á la muñeca y á vd y á mí tambien, si se le antoja, que todo eso poco importa.

Déjela que haga su gusto en vida mientras pueda, déjela gozar que para sufrir le sobra tiempo!....» acababa por esclamar con una espresion de dolorosa y honda melancolía en el semblante.

XXXIV

Y era eso, en medio de la felizidad de que gozaba, una alarma, una sorda aprension, un miedo estraño, un vago y confuso terror al afrontar con la mente el porvenir, las mil vicisitudes del destino.

Pensaba en la triste condicion de la mujer, marcada al nacer por el dedo de la fatalidad, débil de espíritu y de cuerpo, inferior al hombre en la escala de los seres, dominada por él, relegada por la esencia misma de su naturaleza al segundo plan de la existencia.

Y los viejos oráculos de Andrés, sus

grandes maestros, Voltaire, Rousseau, Buchner, Schopenhauer, llegaban de nuevo á posesionarse de su espíritu, á reaccionar en él bajo la influencia de su antiguo escepticismo, del que no le había sido dado emanciparse por completo, del que algo había quedado en el fondo de su ser, como algo, algun vestigio queda siempre de todas las dolencias que labran profundamente el organismo.

Qué suerte correría su pobre Andréa, pagaría su deuda sufriendo ella tambien?

Su pureza, su gracia, su hermosura, todos esos pasageros bienes de la edad florida, con que la naturaleza parece complacerse en enriquecer á la mujer á espensas de todo el resto de su vida, de qué le servirían?

Algun ser digno, acreedor á poseerlos, algun hombre leal, honrado, bueno, iría á cruzarse por acaso en mitad de su camino?

La larga y pesada cadena de padeci-

mientos que constituyen la herencia de las madres, los dolores salvajes del parto, los azarosos cuidados de la infancia, tendrían un premio por ventura, una justa y merecida recompensa en la consideracion y el afecto del marido, en el cariño y el respeto de los hijos?

Y sí, movida por el genio egoista y avaro de la especie, dispuesto siempre á posponer el bien del individuo al logro de sus fines, ciega y fatalmente se dejara arrebatar por la pasion, llegara á darse toda entera sin condiciones ni reservas, qué sería de ella después, qué quedaría de su grande, de su noble y sublime sacrificio, tarde ó temprano desamparada y sola, condenada á apurar la hiel de los desengaños, abandonada por esa fuerza inexorable y cruel?

Nada; ni aun la satisfaccion de un apetito carnal torpe y grosero.

Pero, dependía de él que así no fuera, estaba en su mano el evitarlo, la educacion, el ejemplo algo importaban, el tierno y solícito interés, la prédica amorosa y constante de los padres, tenían virtud bastante

á contrariar la influencia misteriosa de leyes eternas y fatales?

No. Antes que los intereses aislados y transitorios de sus miembros, estaba el interés absoluto de la especie, su derecho primordial á conservarse, su voluntad inquebrantable de existir, netamente acusada en el móvil inconciente y secreto de las pasiones humanas, en el ascendiente irresistible de la juventud y la belleza, armas supremas, de defensa en la sempiterna lucha de la naturaleza por la vida.

De dónde, pues, esas teorías brutales y monstruosas, esa titulada moral del libre arbitrio, esa pretendida traicion de la mujer á una fé que no había debido, que no había podido jurar, cómo, con qué sombra ó apariencia de razon declararla responsable de culpas que no eran tales y que, aun cuando lo fuesen, no eran suyas, por qué hacerla igual al hombre, por qué atribuirle derechos que no era apta á ejercitar, por qué imponerle obligaciones cuya carga la agobiaban?

La limitacion estrecha de sus facultades,

los escasos alcanzes de su inteligencia incapaz de penetrar en el dominio profundo de la ciencia, rebelde á las concepciones sublimes de las artes, la pobreza de su ser moral, refractario á todas las altas nociones de justicia y de deber, el aspecto mismo de su cuerpo, su falta de nervio y de vigor, la molicie de sus formas, la delicadeza de sus lineas, la suavidad de su piel, la morbidez de su carne, no revelaban claramente su destino, la mision que la naturaleza le había dado. no estaban diciendo á gritos que era un ser consagrado al amor esencialmente, casi un simple instrumento de placer, creado en vista de la propagacion sucesiva y creciente de especie?

Ah! cuanto más sensatos y más sábios eran los pueblos del Oriente, cuánto mejor, más llevadera la suerte de la mujer bajo esas leyes, traduccion fiel de las leyes naturales!

Libres de la carga de su propia libertad, sometidas al hombre ciegamente, dedicadas solo á la crianza de sus hijos, á las tareas familiares del hogar, su intervencion en las cosas del mundo no llegaba más allá, su

vida entera se concretaba al espacio encerrado entre los muros impenetrables del harem, y por eso precisamente eran menos desgraciadas, hallaban como cumplir su destino único en la tierra, tenían un dueño, un amo, un señor encargado de velar por ellas, dispuesto siempre á protegerlas.

Y, sinceramente, llegaba Andrés hasta hacer con Schopenhauer una calorosa apología, una defensa ardiente de la poligamia como institucion humana, á encarecer su bondad, á suprimir con su auxilio una inmensa parte de los males inveterados en el organismo de las naciones cristianas.

La prostitucion, esa asquerosa llaga del cuerpo social; la ilejitimidad de los hijos, esa irritante injusticia; el celibato de la mujer, esa absurda esterilizacion de fuerzas en las clases superiores, esa inhumana condena al más bárbaro de los presidios en las clases proletarias: cientos de miles de infelizes desheredadas de la suerte, obligadas á arrastrar, para ellas y sus bastardos, una vida miserable de privaciones y trabajos.

Insensiblemente se dejaba luego llevar

en el vuelo de sus ideas, se trasportaba con el pensamiento al sagrario de los hogares musulmanes, invocaba el testimonio unánime de las mujeres europeas que habían sido admitidas á penetrar en esas moradas encantadas del amor sensual, cuya descripcion hacía soñar con el paraiso de Mahoma.

Él mismo recordaba haberse sentido estrañamente impresionado al contemplar una noche á una de las mujeres del Khedive.

Era en el teatro del Cairo; ocupaba un asiento de orquesta, sobre el proscenio.

De pronto, oyó un rumor sordo y confuso, un prolongado *frou frou* de vestidos de mujer. Dió vuelta y, entre las sombras de una fila de palos enrejados, creyó ver como grupos de espectros blancos que se agitaban.

La curiosidad lo llevó naturalmente á dirijir el anteojo hacia ese lado, alcanzando á distinguir entonces en el primer *avant-scène* de la derecha, cerca de él, las formas de una espléndida mujer.

Era jóven, alta, blanca, de ojos negros, en el pelo, en el cuello, en las orejas, llevaba gruesas piedras de brillantes, y de la magestad serena y suave de su rostro, parecía irradiar como una luz de luna...

Quién sabe si la dicha, si es que dicha había en vivir, no estaba allí!....

Quién sabe si no habría valido más para su Andréa ver la luz en ese suelo, bajo la influencia de esas costumbres, al amparo de esas leyes!...

Quién sabe!...

(El vano empeño del hombre por descifrar la incógnita de su existencia, ese escollo inconmovible y mudo ante el cual está escrito que ha de estrellarse la inteligencia humana; su estéril, su eterna lucha contra lo imposible, se renovaba entonces en Andrés, y, en el inmenso y prolongado esfuerzo, enardecido, afanoso por saber, desesperado de ignorar, su cabeza se perturbaba, sus ideas, como las ideas de un loco, se agitaban sin órden ni hilacion, se entrecruzaban dolorosas

como chuzas que le clavaran en la sien.

Maldecía en esas horas de ofuscacion y de estravío, renegaba de su suerte que lo había hecho padre.

Por él, obligado ahora á vivir en obsequio de su hija, reatado á la existencia por ese nuevo vínculo de hierro, sin ni siquiera ser dueño de su bulto, libre de acabar por agujerearse el craneo.....

Por ella, la infeliz! condenada á recorrer la *vía crucis* de su sexo.

Y un sentimiento desnatural y salvaje lo invadía, emanado de la intensidad misma de su afecto, y llegando á imaginarse convencido de que mil vezes preferible á todo es el reposo absoluto de la tumba, en bien de la niñita, él, su padre, iba por momentos hasta anhelar su fin....

Estraña, curiosa aberracion! y temblaba, sin embargo, en presencia del más remoto asomo de peligro para la vida de su hija, y se estremecía por ella, horrorizado á la idea sola de la muerte, ese

enemigo implacable y traidor que no se ve, emboscado entre las sombras del futuro, pero cuya presencia se siente y se adivina, como se siente el abismo al atravesar el mar, como se adivina el precipicio al cruzar de noche el camino de la montaña.

XXXV

Una palabra, una gracia, una caricia de su hijita, no tardaba en llevar de nuevo la tranquilidad y la calma al espíritu de Andrés, desvaneciendo como por encanto esas nubes pasageras, tristes vestigios de una época sombría y dolorosa.

Se sentía como purificado en presencia de la niñita, capaz de todas las virtudes, accesible á la bondad, inclinado á la indulgencia.

Una inconciente necesidad emanaba del fondo de su alma, como un deseo imperioso, imprescindible de personificar en

alguien, de encarnar en una entidad estraña y superior la causa de todo el bienestar de que gozaba.

Bastaba acaso buscarla, resignarse á tener su esplicacion en las alternativas, en los azares de la vida, en el destino, en la suerte?

El helado vacío de esas palabras producía en él una aflijente impresion de soledad y desamparo, como si vagara perdido entre tinieblas.

Lo que el azar hacía hoy, podía deshacerlo mañana.... Ay de él! de su hija, ay! de su felizidad entonces!

Y ante la horrible amenaza, un secreto sentimiento lo asaltaba, hecho de egoismo de debilidad, de cobardía, y queriendo creer y temiendo no llegar á conseguirlo, obstinadamente se empeñaba en cerrar los ojos á la importuna luz de su razon.

Contra todo, apesar de todo y porque sí, se esforzaba por remontarse en alas de una fé ficticia hasta la nocion de Dios.

XXXVI

Todo, por otra parte, le sonreía.

Su situacion cada día era más propicia; los quebrantos sufridos en su fortuna, el vacío dejado en ella por los gastos insensatos de una vida de desórden, poco á poco se colmaba.

En el tiempo trascurrido había logrado chancelar la hipoteca de su estancia.

Con el aumento de las haciendas en ese año y el producto de las lanas que estaba almacenando ya, esperaba poder dejar asegurada la fortuna de su Andréa

y, libre de preocupaciones enojosas, consagrarse por completo á la educacion y porvenir de la chiquita.

Quién sabe.....! después, más tarde, iría á Europa.... se establecería en París, la pondría en el *Sacré-cœur*.

Pero como si entre las leyes ocultas que gobiernan el universo existiera una, bárbara, monstruosa, esclusivamente destinada á castigar por el delito de haber gozado alguna vez, el sueño acariciado por Andrés no debía tardar en disiparse convertido en una ironía sangrienta del destino.

XXXVII

Un calor sofocante había reinado todo el día.

Al ocultarse el sol y mientras soltaban del tendal las últimas ovejas esquiladas, se vió aparecer allá, en el horizonte, una mole enorme de sombras.

Parecía venir rodando por el campo, imponente, fantástica, monstruosa.

Súbitos resplandores la atravesaban, como llamaradas entre la espesa humareda de alguna inmensa quemazon.

Cambiaba de color. Era oscura primero, casi negra; luego azul, luego gris, de un gris sucio y terroso al acercarse.

De pronto, silbó el viento, los árboles crujieron, se sacudieron, una nube de hojas voló entre una nube de polvo; gruesas gotas salpicaron el suelo, sonaron como tiros en el techo de hierro del galpon, acribillado un momento después por la descarga incesante y furiosa de la lluvia.

Poniéndose los ponchos, tapándose con mantas, con jergas, con cueros de carnero, los peones, interesados y mensuales, á un grito de Andrés corrieron al palenque y subieron á caballo.

Él mismo montó dando el ejemplo y salió á escape, hecho ahora á esa vida, á esas fatigas, habituado á no escusar el continjente de su persona, á ser el primero siempre en los trabajos, ávido de lucro, dominado por la idea del oro, por una ciega ambicion de acumular, de aumentar indefinidamente su caudal.

Corrió á los puestos, á las haciendas,

abandonadas durante la esquila al cuidado de mujeres y muchachos, espuestas á que el azote del viento las dispersara, á que el frio matara las ovejas despojadas de su manto protector.

Empleó la tarde entera en dirijir á los peones, acudiendo él personalmente de un lado á otro, juntando puntas de animales estraviados, arreando las majadas, haciéndolas rodear entre las pajas y dándoles así un abrigo para el caso de que el viento se llamara al Sud y la tormenta se trocara en temporal.

Por fin, después de haber impartido las órdenes que su esperiencia y su práctica le sujerían, de noche ya, con el caballo rendido de cansancio y fatigado él mismo, llegó de vuelta á la estancia.

XXXVIII

La tia Pepa lo esperaba á comer con la niñita.

Fué, de parte de esta, un coro de lamentos, de esclamaciones y preguntas, al verlo entrar así, todo mojado:

«Probrecito Papá, pobrecito! Tenés frio, tenés nana?

Se movía, de un lado para otro, se ajitaba, se empeñaba en traer la ropa, los botines, todo el ajuar de sus muñecas para que su padre se cambiara.

En la mesa, quiso por fuerza sentarse sobre las rodillas de Andrés, comer en su

mismo plato, darle ella misma los bocados, volviéndose á cada instante, pasándole las manitos por la cara, por la barba, besándole los ojos, llenándolo de caricias con esa gracia esquisita y suave, con esa delicadeza encantadora inherente á la mujer en los primeros años de la infancia.

Nunca se había mostrado Andréa tan estremosa con su padre, nunca su afecto instintivo de criatura había tenido mayores ni más francas efusiones.

«Es tarde ya y la noche se ha puesto destemplada y fría.

Llévesela á dormir, señora, acuéstela, no sea que se nos vaya á enfermar, que el cambio brusco de la temperatura le haga daño....»

Y, tomando entre sus manos la cabeza de la niñita después que hubo cargado á esta la tía Pepa y besándola en la frente con inefable fruicion:

«Buenas noches mi angelito querido mi tesoro, Dios me escuche y te conservé», esclamó Andrés enternecido, suspirando

Retirado al escritorio, del que había hecho su aposento desde el nacimiento de Andréa, largo rato, apesar del cansancio que sentía, revolviéndose en la cama, desasosegado, calenturiento, en vano trató de conciliar el sueño.

(Era un triste presagio lo que asi lo conmovía, una de esas intuiciones misteriosas, la voz del corazon que no engaña anunciándole alguna desgracia, alguna horrible desgracia?

Pero ... qué ... qué le podía suceder á él ... qué motivos tenía para alarmarse, para recelar del porvenir?

No vivía feliz, rico, á cubierto de la miseria por lo menos, tranquilo y contento al lado de su hija, gozando al verla crecer sana, fuerte, linda, ufano de sus encantos, soberbio, orgulloso de decirse padre de aquel ángel?

Si, cierto . . . era cierto todo eso ... pero ... pero podía dejar de serlo! ...

Y, en el estado de eretismo nervioso que había llegado á apoderarse de él, el

mismo sordo malestar, su temor, sus aprensiones de siempre lo asaltaron, el vago y confuso terror latente en él, que llegaba por momentos á amargarle hasta los besos y cariños de su hijita.

En un esfuerzo sin embargo, trató de reaccionar contra esas locas ideas, se las reprochaba como una vergonzosa cobardía, se decía que era nimio, absurdo lo que pensaba, como se dice á los niños que no es nadie el cuco que los asusta.

Se apocaba, se deprimía, empeñado en persuadirse.

Cuándo era que había visto él mas allá de sus narizes, cuándo había atinado á prever nada?

Bastaba que en las mil inseguridades en las mil alternativas de la existencia se anticipara á los sucesos, predijera algo, un acontecimiento, un hecho cualquiera del dominio físico ó moral, para que saliesen erradas sus conjeturas, y resultase lo contrario precisamente de lo que había pensado ó calculado.

Temía que su hija se enfermara, se muriera?

No podía adquirir más cierto indicio de que iba á vivir sana largos años.....

Sí, eran realmente insensatos y pueriles sus sobresaltos!....

En medio de la oscuridad y del silencio de la noche, oía el golpe sordo de la lluvia chocando contra los vidrios, el silbido triste del viento al deslizarse rozando las paredes de la casa y las altas aristas del techo de pizarra.

Pensó en el contratiempo de la tormenta, tan luego al concluir la esquila, en el agua que seguía; debía ser fría, la sentía venir del lado del sud....

Miles de ovejas podían quedar tendidas en el campo, podían ser enormes los perjuicios.

Era eso á no dudarlo, lo que lo tenía afectado y mal dispuesto.... sí, esa y no otra en el fondo la razon de su desvelo.

Una pérdida, una contrariedad cual-

quiera en sus negocios lo impresionaba ahora como si se tratase de una cuestion de vida ó muerte...

Era estúpido, rídiculo afectarse por miserias semejantes...

Bah! unos cuantos miles de pesos más ó menos... no sería por eso ni más, ni menos feliz su Andréa.

XXXIX

Repentinamente, horas después, sintió que golpeaban á su puerta; se despertó en sobre salto:

—«Andrés, Andrés!

—Qué... éntre, señora... qué hay?»

La tia Pepa acababa de abrir.

Pálida, turbada, demudado el semblante, se había acercado con una luz en la mano:

—No sé lo que tiene la chiquita, Andrés...

—La chiquita... cómo... qué dice... esplíquese, hable señora... qué hay?

—Se ha puesto ronca de pronto, muy ronca... yo no se lo que será...»

De un salto, sin dejarla continuar, se tiró Andrés de la cama, arrebató la luz de manos de la señora y fuera de sí, aturdido, enagenado, sin comprender, sin discernir otra cosa sinó que su hija estaba enferma, subió de á cuatro los escalones.

La encontró en la cama, sentadita, llorando.

Respiraba difícil, fatigosamente, como si el aire pasara al través de un velo por su garganta. La atacaban accesos bruscos de tos, de una tos dura y seca que parecía desgarrarle el pecho.

—«Qué es eso, mi hijita!» esclamó Andrés precipitándose sobre ella, « díme dónde te duele dónde tienes nana?

—Nana!...

—Pero, dónde es la nana, mi hija,

díme dónde?» insistía arrodillado delante de la cama, palpando nerviosamente la cabeza, la frente, las manos de la niñita.

—«Nana, nana», repetía esta con voz alterada y ronca, percibiéndose apenas sus palabras.

Como si una horrible vision hiriera sus sentidos, como si hubiese visto escrita en aquel instante la sentencia de muerte de su hija, un grito desgarrador salió de boca del padre.

Era crup aquello, sí, era el crup lo que la niñita tenía....

Qué otra cosa significaba esa ronquera esa tos, ese embarazo de la respiracion, todo ese cuadro de síntomas declarándose así, traidoramente en medio de la noche!....

«Vaya tía, vaya corriendo, despierte al mayordomo, digale que se levante, que lo necesito, que venga ahora..... ya, ya....» esclamó Andrés empujando á la señora hacia la puerta.

Él mismo corrió á su cuarto, rejistró los bolsillos de su pantalon que había

dejado sobre una silla al desnudarse, sacó sus llaves, abrió la alacena del botiquin, revolvió un momento con mano incierta y trémula los frascos, los cajones, hasta dar al fin con unos envoltorios de papel que sacó y llevó consigo.

Sí, era eso lo que le habían dicho, lo que mandaban los médicos... un vomitivo, un vomitivo de hemético.... darlo inmediatamente, sin perder un solo instante...

—«Tome mi hijita, beba lo que le dá Papá» dijo con palabra suplicante, acercando el medicamento á la boca de la niñita, así que lo hubo preparado en una copa.

—No, no quiero....

—Es muy rico, mi hija... es papa...

—No, no, caca,» hizo ella después de haber humedecido sus labios en el líquido, «caca... pú..., no quiero» repetía retorciéndose deshecha en llanto, con la voz más apagada cada vez, multiplicando sus esfuerzos en aspirar el aire que le faltaba.

Sin esperar más, el padre la acostó de espaldas; resueltamente la agarró de los dos brazos y manteniéndola así con una mano, inmóvil, apesar de la viva resistencia que oponía, la obligó con la otra á tragar el vomitivo, derramándoselo por fuerza en la boca.

La tía Pepa, de vuelta ya, entró seguida del mayordomo:

—«Haga atar», dijo á este Andrés, «vaya vd. mismo al pueblito y traiga un médico.

Lleve si es necesario á toda su gente, mate la caballada, pero no me salga diciendo después que se ha perdido...

Quiero que corra, que vuele, que vaya y vuelva á rajacincha....

Oiga», agregó llamando al otro que había salido ya á cumplir la órden, «adelante un chasque para ganar tiempo, díga al médico que mi hija se me muere, que creo que es crup lo que tiene, que cobre lo que quiera por su viaje, pero que venga... que venga inmediatamente....que se lo pido por Dios!

XL

Fueron mortales para Andrés las horas que trascurrieron.

Pasado el primer momento de nerviosa escitacion, provocado en él por la inminencia misma del peligro, su valor, su firmeza de hombre, poco á poco lo abandonaron, se sentía desfallecer en una zozobra invencible, y amilanado y cobarde en presencia de aquel cuerpo de criatura enferma, un desaliento profundo lo invadió.

No, no había remedio, toda esperanza era vana, el crup no perdonaba, nadie escapaba de sus garras....

Recordaba ejemplos de familias conocidas, personas de su relacion, amigos suyos cuyos hijos habian muerto de esa horrible enfermedad, este, aquél, diez, cien, uno entre otros, amante, idólatra de los suyos... ..y había enterrado á dos de sus crituras ese, el mismo dia.

Ah! si era cierto que había un Dios y si así castigaba Dios á los buenos, qué derecho tenía él, Andrés, para atreverse á esperar la proteccion del cielo!

Su hijita se le iba á morir, debía morirse, era fatal, lo sentía, lo sabía....

A la luz vacilante del velador, en aquella pieza que horas antes encerraba para Andrés toda la dicha de la vida, como una sombra delante de la cama de la niñita iba y venía.

Febriciente, en la impaciencia de la espera consultaba el reloj á cada paso.

Villalba debía haber pasado ya el arroyo, seguido la huella, dejado á tras mano la pulpería..... Como no fuese á errar el rumbo con aquella noche infame!.....

La violencia del dolor lo embargaba por momentos, se llevaba las manos al cuello como queriendo arrancarse la opresion que anudaba su garganta, los ojos se le llenaban de lágrimas, tenía que hacer esfuerzos sobrehumanos para contenerse, para reprimir un deseo loco de estallar, de ponerse á llorar á gritos, como una muger, como una criatura.

El medicamento, sin embargo, parecía haber provocado una reaccion favorable; la respiracion era menos afanosa, la tos había cesado, en una calma relativa pudo la niñita adormecerse.

Pero un cambio repentino no tardó en sobrevenir; un recrudecimiento del mal se declaró al amanecer, después de algunas horas de reposo, cuando alucinado el padre por esa aparente mejoría, recobraba la esperanza, se decía que eran infundados, insensatos sus temores, que en un esceso de amoroso celo, había visto alzarse el fantasma helado de la muerte allí donde existía solo un riesgo remoto y pasajero, una

indisposicion sin importancia, acaso un simple enfriamiento debido á la perturbacion atmosférica de la víspera.

Lentas, interminables, las horas sin embargo se sucedían; daban las nueve en el reloj del comedor y el médico no llegaba.

Vanamente, desde una de las ventanas altas, clavaba Andrés los ojos en el camino, esperaba alcanzar á distinguir el carruage á la distancia.

El carruage.... el médico... talvez era eso la salvacion para su Andréa!..

Pero nada... nadie... siempre nadie en el horizonte incierto y nebuloso, velado por la caida incesante de la lluvia.

La chiquita, entretanto, sensiblemente se agravaba.

Su embarazo al respirar se traducía ahora en un trabajo violento, empeñoso, al que parecían concurrir todos los músculos del cuello.

No obstante la energía desplegada, el aire penetraba de una manera pesada, len-

ta. Se producía á su paso un silbido prolongado y ronco, lastimoso de oir, algo como un estremo llamado á la vida que se escapaba, mientras en las convulsiones de la tos, de una tos catarral, sin timbre, sofocante, la criatura desesperadamente se agitaba.

En esa muda actitud que acaban por provocar los grandes males cuando se está en la impotencia de remediarlos, contemplaba Andrés á su hijita.

Una sorda irritacion lo sublevaba, sentía despertarse en él un furor reconcentrado y ciego.

Habría querido que eso que le mataba á su Andréa, la enfermedad cobarde, y traidora revistiese una forma humana, material, fuese un hombre, una fiera, alguien, en fin, contra quien le quedara por lo menos el derecho, el recurso supremo de la defensa, á quien poder herir, matar, él á su vez.

Pero nada le era dado hacer..... nada .... se encontraba desarmado, vencido de antemano en aquella lucha terrible y desi-

gual... Solo un milagro, solo Dios podía salvarla.

Dios... pero, dónde estaba ese Dios, el Dios de misericordia y de bondad, el Dios omnipotente que miraba impasible tamañas iniquidades!

Él.... oh! él había sido un bellaco, un miserable, que purgara sus culpas, que el cielo lo castigara, era justicia!

Pero ella la pobrecita, qué había hecho .... ella la inocente, que ni tiempo de vivir había tenido!

Verla sufrir, verla morir, y resignarse... era espantoso!

No, no... imposible... algo debía haber, ... algo ... algun remedio se conocía que curara, que calmara por lo menos; la ciencia en suma no era una palabra hueca, una ironía!...

Corrió á su cuarto, abrió la biblioteca, sacó un libro de medicina: *Bouchut, maladies des enfants*, recorrió el índice, buscó el articulo: *Crup*, y ávidamente empezó á leer:

Leía una, dos, tres vezes el mismo párrafo, sin saber, sin entender lo que leía, sin que una sola idea se fijara en su cabeza.

Las letras, las palabras, los renglones, pasaban en confusa procesion por delante de sus ojos, sin dejar rastro en él, como pasa la luz por los ojos de los ciegos.

En una enorme tension intelectual trataba de aplicar sus facultades, concentraba sus esfuerzos de atencion, se empeñaba en penetrar el sentido de términos nuevos para él, vozes técnicas que hallaba á cada paso y que eran como manchas de tinta que le hubiesen derramado sobre el papel.

Ofuscado, loco, iba á tirar el libro lejos de sí, cuando, bruscamente, la palabra trementina allí escrita, despertó en él, una reminiscencia.

Sí, estaba seguro, recordaba perfectamente, era una receta contra el crup, había guardado el recorte del diario, debía tenerlo.

Registró, revolvió largo rato los cajo-

nes del escritorio; en uno de ellos halló por fin lo que buscaba.

Era, en efecto, una prescripcion dirijida á combatir los estragos de la enfermedad.

Se aconsejaba quemar una mezcla de alquitran y trementina en la habitacion del enfermo; se aseguraba que el efecto era instantaneo, la curacion segura y radical.

Cortos momentos después, el líquido ardía en un brasero junto á la cama de Andréa.

Sordamente, al través de la espesa y fétida humareda que despedía, el ruido de la respiracion de la niñita, el silbido característico del mal se dejaba percibir lamentable, estertoroso.

Habríase dicho que algun horrible y misterioso atentado se consumaba dentro de las paredes de aquel cuarto.

Pero Andrés y la tía Pepa que, sobrecogidos y mudos de dolor, esperaban tras de la puerta entornada, oyeron de pronto como si en las ansias mortales de la

asfixia, el pecho de la desgraciada criatura estallara hecho pedazos.

Después, un silencio.... un silencio profundo.... nada!

«Mi hija.... mi hijita.... muerta, ha muerto!» gritó el padre precipitándose á la ventana y abriéndola de par en par, mientras la tía Pepa corría hacia la cama de la chiquita.

Hinchadas las facciones, lívida, los ojos fijos y vidriosos, sin el sudor que brotaba á gotas de su frente y el agitado ritmo de su aliento superficial y corto, se habría creído que en efecto la criatura era un cadáver:

«No, no te asustes... Por Dios! Andrés! ten calma... no está muerta... vive, respira!...»

La masa de humo, barrida por el viento, se disipaba.

Andrés, de pié, frente á la cama, había clavado la mirada sobre su hija, una mirada dura, siniestra los ojos desmesuradamente abiertos, las pupilas enormemente dilatadas; una mirada inmóvil de loco.

Quiso hablar; un sonido inarticulado, como un salvaje alarido salió solo de su garganta.

De un tiron, se arrancó la corbata, se abrió el cuello de la camisa y bruscamente, haciendo crisis el estado de parasismo nervioso en que se hallaba, cayó, se desplomó de rodillas, ocultando el rostro en las almohadas, sollozando.

XLI

El médico llegó por fin; un muchacho provinciano, pobre, de esos que, recien salidos de la Facultad de Buenos Aires, sin relaciones en la capital, se resignan á buscar en los pueblos de campo un refugio pasagero contra el hambre, á principiar por ahí.

Examinó detenidamente á Andréa, las manifestaciones locales de la enfermedad, el aspecto de la garganta, cubierta en parte, sobre su fondo inflamado y rojo,

por una tela blanquizca, semejante al pellejo que se desprende de una quemadura; el pulso, la fiebre, el estado general de la chiquita y, sin perder un instante, con gesto á la vez resuelto y tranquilo:

—«Necesito que Vd. me ayude, señor; vamos á hacerle una pequeña curacion.

—Es crup?

—Mucho me lo temo,» dijo echando mano de un paquete que había llevado consigo.

Pero notando luego la impresion que sus palabras acababan de producir sobre el ánimo del padre y queriendo cambiar, atenuar, cuando menos, el alcanze que tenían:

«Oh! no lo afirmo de una manera absoluta... bien puedo equivocarme.

El crup, por otra parte, no siempre es mortal; se sana de eso como de cualquier otra enfermedad...

Vea señor, me la va á tener de la cabezita; fuerte, que no se mueva,» agregó,

concluyendo de poner los remedios sobre la mesa de luz.

Así que Andres hubo hecho lo que el médico le decía, manteniendo este abierta la boca de la niñita y apretándole la lengua con el índice de la mano izquierda, empezó con la derecha á revolverle un pincel en la garganta.

Varias vezes lo metió dentro de uno de los frascos, repitió otras tantas la operacion, agachado, mirando, con pulso sereno y fijo, sin lástima, brutal, cruelmente.

Un líquido hediondo y viscoso, una bocanada de flemas sanguinolentas, chorreó al fin de la boca de Andréa en una arcada.

Terminada la curacion cuyo efecto inmediato fué una aparente tregua del mal, quiso el médico conocer lo que desde un principio había sucedido, el precedente estado de salud de la chiquita, los síntomas que había esperimentado, si se le había hecho algun remedio; y, una vez

en posesion de estos datos, determinó el tratamiento, dió sus instrucciones á la tía, llegando á constituirse él mismo en enfermero.

XLII

El resto del día se siguió sin alteracion notable en el estado de Andréa.

La fiebre persistía, elevada, intensa; la debilidad, la ronquera, la sofocacion de la voz eran constantes, llegando á ratos hasta una afonía completa.

La niñita lloraba, hablaba, se quejaba; nada se percibía, ningun sonido hería el oído.

Pero estos accidentes se modificaban en los golpes de tos. La voz volvía, la respiracion se despejaba, un alivio

coincidía con la remocion de las secreciones catarrales que Andréa tragaba ó arrojaba por la boca.

De tiempo en tiempo, le cauterizaba el médico la garganta, la obligaba á tomar una cucharada de bebida, un segundo vomitivo fué ordenado; la accion de la naturaleza era así secundada por el ausilio de la ciencia.

Pálido, abatido, desfigurado, acusando haber sufrido en pocas horas lo que solo es posible sufrir en largos años, permanecía Andrés al lado de su hija, sin apartarse de ella un solo instante, sin querer salir del cuarto, rehusando alimentarse, reposar, dormir.

La tía Pepa empeñada en persuadirlo, en consolarlo, lo exhortaba.

Qué ganaba con aflijirse así; sanaría por eso la chiquita?

Él mismo podía enfermarse y sería mil vezes peor. Por ella, pues, ya que no en obsequio propio, debía mostrarse razonable.

Invocaba la opinion del médico, apelaba á su testimonio. Las criaturas no se criaban sin tener enfermedades, sin sufrir ellas tambien.

Cómo había de ser!..... alguna vez había de tocarle á la pobrecita, quién no pasaba trabajos en la vida. Dios los mandaba, no había más que conformarse!....

Al fin, ante las repetidas instancias de la señora, consintió Andrés en beber un poco de caldo.

Salió luego por pedido del médico, á tomar un momento el aire con este, á fumar juntos un cigarro.

El cielo había empezado á despejarse; el pampero soplaba fresco y seco; las nubes, apuradas, se cortaban, corrían unas tras otras como queriendo alcanzarse; iban al este, á las sombras, á la noche, mientras el sol, brillando en el ocaso, parecía mirarlas soberbio de su triunfo.

De vez en cuando, el médico y Andrés, cambiaban una palabra.

Era una pregunta del padre, del padre que poseido de la idea de un desenlaze fatal, estraña contradiccion! buscaba sin embargo pábulo á su esperanza, á una esperanza que no tenía, como, aun al pié del cadalso, mira el condenado á muerte si le llega su perdon.

Duraba mucho el crup, en cuánto tiempo mataba, y ese alivio, esos desahogos repentinos que se observaban en la respiracion, debía ser bueno, eso?... qué significaban, denotaban una disminucion del mal, podían ser considerados como un síntoma propicio, ó eran otras tantas engañosas alternativas durante el curso de la cruel enfermedad?

En la embarazosa situacion en que se encontraba, midiendo el alcanze de sus palabras, haciendo sus salvedades, sus reservas, trataba el médico de reanimar el abatido espíritu de Andrés.

Sin ocultar el estado grave de la niñita, afirmaba que no era un caso desesperado, que podía esta sanar, la fiebre

declinar de un momento á otro, que esas bruscas remisiones de la sofocacion eran provocadas á vezes por la espulsion total de las falsas membranas de la laringe y de la traquea, y que una creciente y franca mejoría solía desde entonces declararse.

El silencio caía de nuevo, pesado y triste. Ambos continuaban caminando, haciendo crujir bajo sus piés la tosquilla de los caminos;

—« Cómo va la nenita, patron?» preguntó una voz á espaldas de ambos.

Era Villalba. Humildemente se había detenido á la distancia, descubierto.

—« Como el diablo, por morirse....

—No ha de querer Dios!...

Sabe que hemos andado medio mal, patron, causa de la tormenta?» agregó al cabo de un momento con gesto embarazado y zurdo, revolviendo el sombrero entre sus manos, «han sido con demasía las pérdidas; el tendal de ovejas muertas ha quedado por el campo....el agua tan

por demás fria y los pobres animales recien pelados, por fuerza tenían que engarrotarse....

Para peor, una punta grande de vacas ha enderezado á los alambres y se ha azotado al arroyo, ahogándose muchas de ellas.

—Y eso, á mí qué me importa, qué me lo viene á decir? á ver como no se mueren todas!...»

Imbécil!... como para ocuparse de vacas estaba él....

XLIII

Fué en la mañana siguiente, después de una noche cruel de sufrimientos y en presencia de los progresos cada vez mayores de la enfermedad, que el médico se resolvió á operar á Andréa.

La fiebre, sin embargo, había cedido; sucediéndose á intervalos más distantes cada vez, habían cesado los accesos de la tos.

No era ya, al respirar, el silbido largo y ronco que se dejaba oir, así á la entrada, como á la salida del aire, y si bien

en el movimiento inspiratorio un lijero ruido persistía, la espiracion se hacía en silencio. En la nueva faz que revestía la enfermedad, la niñita parecía descansar profundamente dormida.

Pero esos síntomas, halagadores para el padre, lejos de tranquilizar al médico, fueron á sus ojos seguro pronóstico de un fin cercano; esa calma, esa quietud, la postracion, la modorra que precede en ciertos casos á la muerte.

Y cuando, poco después, vió que la enferma con dificultad era arrancada á la especie de letargo en que yacía, que una insensibilidad completa se operaba en determinadas partes de su cuerpo y que, abultadas y duras las venas del pescuezo, una rojez lívida coloreaba su rostro, como si la presion del aire le faltara, como si el vacío se operara en torno suyo, sin perder un minuto, llamó al padre:

—«Es de todo punto necesario, indispensable, señor,» le dijo, «que su hijita sufra una operacion.

La única salvacion posible para ella depende del éxito de este recurso estremo.

Vd. es hombre, pero vd. es padre..... vaya, retírese y mande á alguien que me ayude, será mejor, créamelo..... por vd., por mí mismo se lo aconsejo, se lo pido.

—Dejarla á mi hija, yo! No doctor, no me pida eso, no puedo es imposible!» repuso Andrés sacudiendo tristemente la cabeza, mientras en las frias inflexiones de su voz, una voluntad inquebrantable, una estoica resolucion se descubría:

«Esté tranquilo, por lo demás..... no me ha de faltar valor» agregó «vd. lo ha dicho: soy hombre.....»

Comprendiendo el médico que habría sido vana tarea empeñarse en disuadirlo, pero temiendo, no obstante la entereza de que se mostraba animado, que en aquella dura prueba flaqueara su corazon de padre:

—«Convendría que viniese otra perso-

na más, que hiciese vd. llamar á su encargado.

Con las señoras no debe uno contar en estos casos.»

XLIV

Fué acostada Andréa sobre una mesa, boca arriba, volviendo la espalda á la luz de la ventana.

El médico le había apoyado la cabesita sobre una almohada, tanteando la altura, apretando la lana, esponjándola luego un poco más.

Parado á la izquierda de la niñita y mientras recomendaba á Ándrés y á Villalba situados hacia el lado opuesto, que trataran de impedir todo movimiento en aquella, se apoderó de un instrumento

entre los varios que al alcanze de su mano se veían sobre la mesa: dos pequeñas hojas de acero, una especie de tenaza, un tubo encorvado de metal.

Inclinado sobre Andréa, con los dedos de la mano izquierda empezó á palparle el pescuezo, como buscando algo, como queriendo fijarlo, asegurarlo; los detuvo, y delicadamente entonces, en medio del índice y del pulgar, pegó un tajo.

Unas cuantas gotas de sangre brotaron, de sangre espesa y subida de color, casi negra.

Abiertos los labios de la herida y por entre los tejidos blancos de los tendones que se descubrían en el fondo, iba el médico á seguir cortando, cuando una conmocion violenta de la criatura, algo una postrera tentativa de su naturaleza en busca de aire, toda entera la sacudió:

—« Ténganla fuerte, no me la dejen mover! »

Y, sin soltar el cuello de la niñita y sin apartar el instrumento de la herida, no

obstante el momento de vacilacion que se siguió, resueltamente acabó de abrir.

Fué como cuando el agua se sume, un ruido áspero y gordo al penetrar el aire por entre sangre y cuajarones de flemas.... Fué á la vez como un prodigio sobre humano, como un milagro de resurreccion.

Debatiéndose en las convulsiones de la asfixia, la niñita se moría....

Pocos segundos después la tirantez de las venas, la hinchazon de los miembros, el tinte azulado de la piel, todos los síntomas de una segura y próxima agonía habían cesado; un soplo nuevo de vida entraba por aquella boca artificial.

A duras penas pudo soportar Andrés hasta el fin la vista de aquel horrible espectáculo. La desgraciada criatura le hacía el efecto de un cordero degollado.

Y, mientras el médico terminaba su dolorosa tarea, envolvía un pedazo de tela trasparente en derredor del cuello de la niñita, vacilante, desfalleciente, bambo-

leándose como un borracho, el padre salió del cuarto.

Apoyado á la puerta, á las paredes, agarrado del pasamano de la escalera, trastornada, perdida la cabeza, bajó, se encontró sin saber cómo en su aposento, solo:

« Sálvala, sálvala, » esclamó caído de rodillas, entrecruzando los dedos de las manos sobre el pecho, alzando suplicante la mirada, corriendo el llanto de sus ojos, « Dios, Dios mio, Dios eterno..... sí, creo en tí, creo en todo, con tal de que me la salves!....»

XLV

Y Dios no se la salvó.

La enfermedad, el agente misterioso, el adversario implacable siguió avanzando terreno, la infeccion secundaria invadiendo el organismo de la desdichada criatura, pudriéndola en vida el vírus ponzoñoso de la difteria.

Y todo fué en vano: los recursos, los remedios, los paliativos supremos de la ciencia, el ardiente empeño del médico, el amoroso anhelo del padre, el fervor

religioso de la tía, todo el arsenal humano, todo!... fué á estrellarse contra el escollo de lo desconocido, de lo imposible... Tres dias después de haber caído enferma, Andréa dejo de sufrir.

Como si se hubiesen secado de súbito en Andrés las fuentes del sentimiento, como si el dolor lo hubiese vuelto de piedra, ni una lágrima lloraron sus ojos, ni una queja salió de sus labios, ni una contraccion arrugó su frente; impasible la vió morir, la veía muerta.

El médico, compadecido, hizo por llevárselo de allí.

Se rehusó secamente. Quiso que lo dejaran solo, lo pidió, lo exigió y junto al lecho de su Andréa, que la tía Pepa bañada en llanto había sembrado de flores, se dejó quedar sobre una silla, inmóvil, abrumado, anonadado....

De noche y tarde ya, abandonó su asiento.

Con el frio y sereno aplomo que comunican las grandes, las supremas resolu-

ciones, había dado algunos pasos en direccion al otro estremo de la pieza, cuando un brusco resplandor penetró por la ventana, rojo, siniestro, contrastando estrañamente con la luz blanca de la luna.

Se detuvo Andrés y miró: el galpon de la lana estaba ardiendo. Anchas bocas de fuego reventaban por el techo, por las puertas; las llamas, seperteando, lamían el esterior de los muros como azotados de intento con un líquido inflamable.

Poco á poco el edificio entero se abrasaba, era una enorme hoguera, y á su luz, allá, detrás del monte, por las abras de los caminos, habría podido alcanzarse á distinguir un bulto, como la sombra de un hombre que se venga y huye.

Andrés, él, nada vió, ni un músculo de su rostro se contrajo en presencia de aquella escena de ruina y destruccion.

Imperturbable, siguió andando, llegó hasta descolgar de la pared un cuchillo

de caza, un objeto de precio una obra de arte que, junto con otras armas antíguas, tenía allí, en una panoplia.

Volvió, se sentó, se desprendió la ropa, se alzó la falda de la camisa, y tranquilamente, reflexivamente, sin fluctuar, sin pestañear, se abrió la barriga en cruz, de abajo arriba y de un lado á otro, toda. . . .

Pero los segundos, los minutos se sucedían y la muerte así mismo no llegaba. Parecía mirar con asco esa otra presa, harta, satisfecha de su presa.

Entonces, con rabia, arrojando el arma :

« Vida perra, puta. . . . » rugió Andrés, « yo te he de arrancar de cuajo!. . . .»

Y recojiéndose las tripas y envolviéndoselas en torno de las manos, violentamente, como quien rompe una piola, pegó un tiron.

Un chorro de sangre y de escrementos saltó, le ensució la cara, la ropa, fué á salpicar sobre la cama el cadáver de su

hija, mientras él, boqueando, rodaba por el suelo. . . .

El tumulto, abajo, se dejaba oír, los gritos de la peonada por apagar el incendio.

La negra espiral de humo, llevada por la brisa, se desplegaba en el cielo como un inmenso crespon.

FIN

3 2044 024 478 984

THE BORROWER WILL BE CHARGED AN OVERDUE FEE IF THIS BOOK IS NOT RETURNED TO THE LIBRARY ON OR BEFORE THE LAST DATE STAMPED BELOW. NON-RECEIPT OF OVERDUE NOTICES DOES NOT EXEMPT THE BORROWER FROM OVERDUE FEES.

WIDENER
APR 9 1995
BOOK DUE

WIDENER
APR 9 1995
BOOK DUE

WIDENER
APR 1 9 1995
BOOK DUE

WIDENER
SEP 1 0 1999
BOOK DUE

WIDENER
OCT 1 7 1996
BOOK DUE

CANCELLED
MAY 1 9 1995
MAY 2 4 1995
CANCELLED